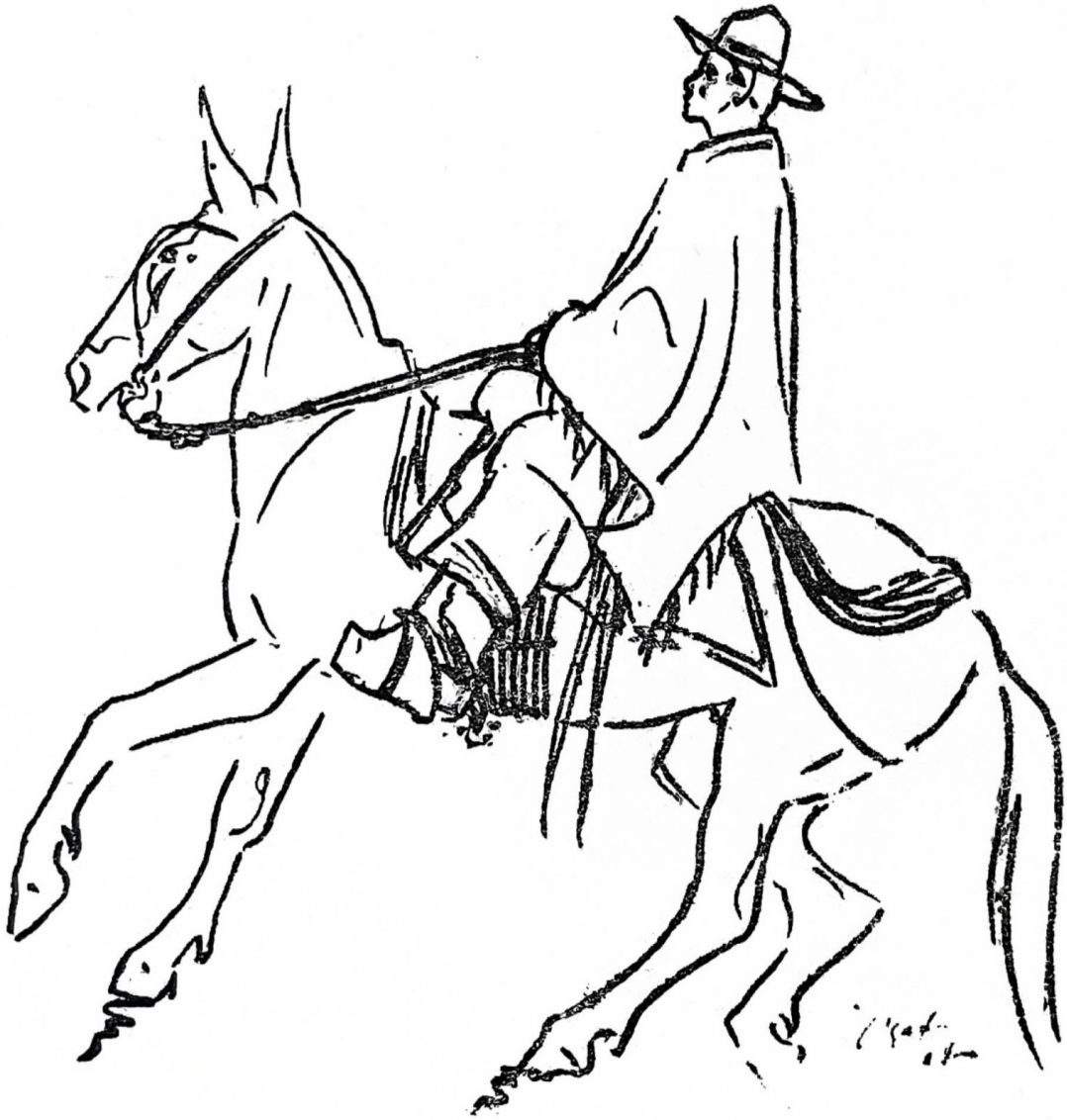
LIRIO FERNANDEZ

EL CURA DE TRANSITO



EDICIONES LA REJA
BUENOS AIRES

OBRAS DEL AUTOR

"Potros azules", Poemas, Editó Vehil, 1950.
"Puma ciego" Novela, Distribuyó Emecé, 1951.
"Melitón Bazán", Novela, Editó Emecé, 1952.
"Tierra olvidada", Editó Poseidón, 1953.

PRÓXIMAMENTE:

"Las venas rotas", Novela.
"Minac lavira" (Aguas claras y profundas), Poemas.

LIRIO FERNANDEZ

EL CURA DE TRANSITO

Novela

Con un dibujo de Osvaldo Gasparini

EDICIONES LA REJA
BUENOS AIRES

1

Vistos desde la altura pampeana de Pocho, los breves valles de Tránsito y San Lorenzo mostrábanse limitados circularmente por la serranía, sugiriendo un fantástico tazón de altos bordes irregulares, o un gran coliseo de alfombra verde tajeada y sangradora de cromo bruñido en los ríos Mina Clavero, Panaholma y Los Sauces que agrietaban el fondo de la fingida conca creando, allá abajo, otra visión de cielo claro y profundo.

En la lujuriante fronda los pájaros repicaban cristales de selvática marimba y en altísimo planeo veíanse cóndores y águilas, alas tensas bajo el sol meridiano que en el extremo noroeste del valle caía sobre *un villorrio de ranchos miserables*, calentando lomos de hombres y perros, conjurados éstos por el tufo de la carne asada cuyos despojos originaron frecuentes riñas.

La quietud de la siesta no era total en aquel sitio entonces. Con las puntas del pañuelo de cabeza entre los dientes, iba hacia el bajo una mujer con su cántaro en busca de agua del río. Algunos chiquilines pastores reposaban, después de divertirse en el churcal[1], mientras sus vaquitas criollas, guampudas y de pequeñas ubres, ramoneaban en la sombra. Reducidos por las maneas y las sogas cortas bajo el alero de los árboles, los caballos de los trabajadores meneaban crines ahuyentando el mosquerío. Entre nubes de polvo que envolvieron a la samaritana del cántaro, una majada y su serranito boyero dábanse prisa, deseosos de alcanzar pronto la frescura balsámica del siempre ofrecido cauce serrano.

[1] De churqui, arbusto.

Después del almuerzo frugal, gustado en compañía de sus colaboradores gratuitos al pie de lo que iba a convertirse en humilde templo pueblerino, el párroco verticalizó su *maciza talla mediana, mostrando la parte baja del hábito raído torpemente atada en la cintura con un pañuelo color sangre, los toscos botines y el acordeonado pantalón cubiertos de cal, los antebrazos al aire y el sombrero de anchas alas echado a la nuca.*

Desperezóse el cura para combatir el letargo propio de la hora aplastante, la digestión y las consecuencias del intenso trabajo cumplido durante la mañana. *Su fisonomía sonriente, aunque de facciones fieras, era atractiva y dulce a la vez. A las pocas palabras cautivaba y ganaba los corazones. Lo que para muchos es más difícil, empezar la conversación con el desconocido, para él no era sino llano y fácil. Era en él todo un arte que puso al servicio de su personal apostolado. Aun en las expresiones y palabras que en los serranos aparecían duras, él las tenía en sí tan mitigadas y las decía en tal forma, que daban gracia y donosidad a su lenguaje. Era la piedra preciosa recubierta a las veces de algunas brusquedades. Tratábase de un hombre morocho y de labios pronunciados y expresivos, pómulos salientes de genuino criollo, ojos claros vivísimos, apantalladas orejas grandes, cutis marcado por la viruela y, pese a su exterior de corteza de quebracho, irradiaba la gran simpatía* que usó, en el paupérrimo escenario montañés, como vehículo de expresiones orales de neto sabor terruñero, picarescamente intencionadas, chispeantes algunas veces, crudas y violentas otras, o dulces y sugestivas, según lo exigiera la situación, pero todas ellas signadas por su extraordinaria inteligencia.

En aquel momento su luciente mirar de gato se llenaba de sueños y temores en la contemplación de la obra, cuyas paredes crecían sin otras interrupciones que las obligadas por la comida y el descanso.

Como un autómata tomó del atiborrado bolsillo del pantalón la chuspa[2] de vejiga para servirse tabaco y una

[2] Tabaquera o monedero.

hoja de chala y armar el *cigarro que siempre semejaba un largo canuto.*

Empeñábase en levantar el templo *en un zona serrana de habitantes que habían vivido en medio de las antiguas montoneras, contrayendo hábitos vanddlicos a las órdenes de El Chacho, Guayama, Gaucho y otros de desbordada notoriedad.* Encontró buena voluntad en los pobladores, a quienes puso previamente a prueba en el corte del apretado churcal y los árboles, algunos de éstos de opulentas ramazones, que ocupaban el solar.

Luego, unos echaron los cimientos mientras los otros cortaban y cocían ladrillos calle por medio, en una manzana arbolada y semi limpia de arbustos silvestres, primera faz de la futura plaza pública.

Dominado por una de sus frecuentes abstracciones, en tanto los demás seguían nutriéndose, él apretó las cejas como dos cerdosos palos tranqueros que atajaban la tropilla de hechos recientes amotinados en la memoria. Rememoró su lucha inicial en aquel extenso curato que le confiaran tres años atrás, cuando él cumplía treinta de edad. Pensó en las amarguras cosechadas en San Pedro, su sede parroquial, donde rompió afanes en la indiferencia de los lugareños a quienes, pese a todo, dotó de una capilla y un camino a través del Altautina, ambos heroicamente logrados.

La colaboración de Tránsito fué amplia, pero temía que en una de sus frecuentes ausencias, obligadas por lejanos pedidos de confesión y jiras de limosneo en busca de fondos para proseguir las obras iniciadas y dar comienzo a otras, se cansaran como se habían cansado los de San Pedro. Por eso afanábase por servirles buena alimentación "regada" con mesura; también se medía en sus relaciones con ellos, procurándoles gratísimos instantes con el chispear de sus ocurrencias y el aderezo verbal de sucedidos que finaban en una edificante moraleja, cuando no les ponía broche moderadamente picaresco.

En aquellos hombres simples se había hecho necesidad que cada comida diera fin con un relato del sacerdote.

Sólo eso esperaban a la hora de armar el pitillo, justamente cuando, con la boina encajada hasta cubrir parte de las orejas, el delgado, altísimo y cabezón sacristán, en quien un chusco hizo impacto consagratorio llamándole "Poste con nido", terminaba de preparar el mate.

Poste con nido, o Poste, simplemente, amaba a su párroco, sometiéndose a la bonhomía y natural gracejo de quien, en sus relaciones con los humildes, desbordaba su misión específica en un torrente de generoso amor fraternal.

—Sirvasé . . . —díjole Poste ofreciéndole la fragante infusión de yerba mate y suico[3].

El cura parecía no oír, pero al punto se volvió como tocado por la inquisición ocular de su ayudante.

—¿Me ojeabas, Poste? —preguntando, le sonreía bondadosamente desde su mirar pardo clarito.

—Parece que anduviera pesaroso, padre.

—No, hijo . . . —y agregó elevando el tono para llamar la atención de la rueda:— Pensaba en un sucedido . . . En el Chaco fué la cosa y al hombre se le puso fiero el asunto, pero fiero y todo tuvo que amarlo.

La curiosidad del corro se posó en sus labios como moscas en un tajo abierto.

—Donaciano era el nombre del valiente . . . Donaciano Lemos, sí, pues —decía soslayando al grupo para saber que ya había canalizado la atención paisana.

—¿Yo lo conozco ese cuento, señor? —preguntóle el ingenuo sacristán.

—No, Poste. —Con displicente gesto hizo notar que no deseaba proseguir.

—Si lo regatea, el sucedido es más churo[4] —insistió el ayudante del cura.

Después de una pausa intervino, rezongando con tono áspero Gervasio Roldán, cuyos ojos redondos y pequeños se empeñaban en juntarse en el nacimiento de una nariz

[3] Hierba aromática.
[4] Hermoso.

recta y larga, detalle físico que le valiera el mote con que lo distinguían, pues era más conocido por Zorro.

—¡Dejá que se lo guarde —afirmó aquel hombre ocultando su verdadero sentir.

El cura lo observaba calladamente. Reconocía en él un alma buena, pero también muy recelosa y agresiva de tremendo inadaptado en quien el contradecir y ofender fueron únicos modos de expresión.

Tiempo atrás, Roldán había sido buscado sin éxito por la policía encarnada en el comisario don Tobías. Se le acusó de carnear reses ajenas y también se sabía que delinquió para curar el hambre de sus hijos. Más tarde dióse a bajar de la sierra visitando una pulpería[5] de las afueras, donde afirmaba provocativamente que acabaría con el comisario y el sacerdote. Conocedor de dicha amenaza, el propio tonsurado fué a sorprenderlo allá..

—*¿Qué venís a buscar aquí, cura de mierda?* —le gritó de mala manera, avanzando hacia él.

—*¡A vos, borracho!* —Una luz extraña llenó los ojos del cura que había replicado reciamente— *¡Te encuentro chupando y comiendo y supongo que tus hijos y tu mujer estarán tan hartos como vos!*

Después de un serio conato de pelea, *el párroco logró conducirlo a un ranchito en que la pobreza reinaba en forma impresionante.*

—¡Ya me parecía! *¿No sentís vergüenza, zorro Roldán? Vos gastando chirolas*[6] *en el vicio y tu gente aquí, casi muerta de hambre. ¡No tenés perdón, bandido!*

—Por traerles la manduca es que me persiguen.

—¿Y por eso bajás al boliche[7] provocando a la justicia? ¡Ale! De tu gente me ocuparé yo. Y vos, vení conmigo, que platicaremos donde no nos amuelen.

Aquella misma tarde Roldán entró al villorrio protegido por el sacerdote; el comisario intentó echarle mano

[5] Almacén de campaña.
[6] Monedas.
[7] Comercio de poca monta.

en momentos en que era asilado en la ruinosa capilla de terrón de que disponían entonces . . .

—¿No nos dice ese cuento, señor? —suplicóle uno de los circunstantes, volviéndolo de la pausa motivada por el recalcitrante Zorro.

—Sí, que lo contaré. A ustedes les gusta el sucedido así como al mamón le tira la teta y a mí me place muy mucho platicar de cosas que algo dicen.

Sentándose con cierto aparato elaboró una pausa estratégica, chasqueando el regusto del mate servido cerca del fogón, dentro del cordial corralito criollo. Ató el cigarro con una tirilla cortada de la misma hoja que envolvía el tabaco, encendiendo éste en el humeante tizón que le acercaron a prisa, para despejar el camino al relato que estaba a punto de salir como rebaño en busca de los cerros.

Y, amadrinados[8] por la voluta azulosa del tabaco negro, puntearon las frases iniciales del prometido cuento . . .

2

—He dicho que el sucedido nos viene de allá, del Chaco, donde supo haber un tal Lemos, hombre de copas y naipes tomar, a quien el diablo conducía derecera a los infiernos. Lemos se unió a una moza que, al decir de los que la han visto, era como un cielo de amanecer rosado en esta linda sierra. Tuvieron un hijo y Donaciano fué su nombre, pero no le hacía, pues era tan mazamorrero[9] como si se llamara Juan o José. Lemos siguió empinando el codo y trataba como un salvaje a su compañera, castigándola toda vez que volvía envinado. Pero la pobre china[10] penaba sin bramar, poniendo toda el alma en su

[8] Tras la yegua madrina.
[9] Que come mazamorra.
[10] Mujer.

hijito... Y ahora verán: llegando la fe de edad del chiquilín a los once años, el mal padre lo hizo tomar tragos fuertes, para sacarlo macho, decía. La mujer se enojó muy mucho porque le enviciaban a su hijo y Lemos la azotó entonces, con tanta crueldad, que al muchacho se le subió el indio a la cabeza y dióse a buscar con un cuchillo las tripas de su tata[11], pero éste lo acostó de un azote, como a potro golpeado entre las orejas. Después el hombre desenterró los fuertes[12] que tenía bajo un algarrobito y se fué al boliche. Tal acontecer era anuncio de larga ausencia y la madre pensó y repensó... Debía salvar a su hijo y para salvarlo se marchó del rancho, tapando varias leguas de monte por la costa del río Paraná, hasta la casa de un hermano que antes le ofreciera ayuda. Así defendía al hijo despreciando la riqueza y el amor; amor, sí, caballeros, porque ella quería al macho fuerte que la cimbreaba a chirlos. Con aquel tío se hizo hombre el cachorro. Tiempo después el protector se ajustó el aparejo[13], para irse por el único camino que no tiene retorno, con la carga de poquitos pecados. Podría decirse que se cortaba al sobrepaso ligerón de la mula marchadora que vuelve a la querencia, pues murió como mueren los justos: al amor de Dios...

El chaludo[14] que fumaba el cura respondió a sucesivas pitadas con chijetazos de aire frío y otra vez pusieron el tizón a su alcance. Los oyentes se solidarizaron con los que sufrían en aquel relato, urdido posiblemente en el momento para los niños grandes que escuchaban. El cura iba hacia una solución moralizadora, procurando tomar posiciones justas para ponerle broche cuando el suspenso fuera mayor.

—Y hete aquí lo que ocurre —prosiguió.— El mozo trabajaba parejo como andar de pasuco[15], pero vivían po-

[11] Padre, de taita, voz quichua.
[12] Monedas de un peso.
[13] Gruesa manta de junco.
[14] Cigarro de chala.
[15] Marchador, de sobrepaso.

bres y él no quiso tomar mujer para que su madre la llevara más aliviadita. Andando el tiempo ella se enfermó tupido.La médica no sabía qué hacer y como tocado por un santo, el buen hijo dispuso llevarla al pueblo a costa de cualquier sacrificio. En aquel estado la mujer no pudo jinetear. Tampoco tenía ni un miserable sulky. Entonces Donaciano tomó la piel de una vaca que había cuereado tiempo atrás, puso a la doliente en ella y a la rastra se la llevó al río donde, con lezna y tientos levantó los costados del cuero, hasta hacer una especie de bote medio redondo.

Y como la mentalidad campesina capta mejor el símil ofrecido por el ambiente que modelara sus costumbres, dijo:

—Justo: aquella piel quedó, mismo como el zapallo que dividimos en dos partes para cocerlo al rescoldo y que después comemos con leche de cabra, dejando la cáscara limpia.

—Ajá —afirmó Roldán, cuyo interés le había impedido, hasta el momento, "echar una contra"— Io lo usé pa' vadear el Carcarañá a un patrón que tuve n'el Entre Ríos. Esa es lo que iaman la pelota[16].

—Justamente. Bien, hijos míos: Donaciano metió a su madre en la pelota y la echó al bravísimo río Paraná, tirándose él también, pues nadaba como un pez. Tuvo que bracear tupido porque la corriente lo llevaba a un remanso peligroso, pero pudo al fin ganar el canal del medio, donde la gran correntada lo ayudaría aguas abajo.

Y se dió a pechar aquella pelota en busca del pueblo y del doctor que curara a su querida enferma. Lejos, muy lejos estaba la población, pero su voluntad no sabía de renuncios. En eso sintió una mordida, tal vez de dorado o palometa. Tuvo miedo, es verdad, sabiendo que si un cardumen de pirañas lo atacara no la contaría, pues sólo le hubieran dejado los güesos y ya se sabe que los güesos no cuentan nada. Son como mujer muda.

[16] Se usaba para vadear vías de agua.

Brevemente sonrieron los paisanos, pues él ya los había echado al agua tras la pelota, la enferma y el guapo mozo que lidiaba con la muerte en el tremendo Paraná.

—Donaciano seguía empujando hasta con la cabeza y las uñas aquel medio zapallo al que confiara el ser más amado. Aun no divisaba el caserío cuando volvieron a morderlo, esta ocasión en un pie. Mas él seguía, seguía luchando. Se puso de espalda para mirar la mordedura y vió que perdía sangre. Entonces sí, sintió helor de muerte, caballeros, temeroso de quedarse seco y tener que abandonar la pelota con todo y su querida carga. Más adelante perdía fuerza y ganaba angustia, pero de pronto se le agrandaron el corazón y el coraje porque ya divisaba la población, aunque dudaba que su resistencia le diera para llegar allá. La desesperación y el cariño a la madre y el miedo a morir ahogado también, se juntaron para pechar la pelota. Unas tres cuadras tenía que cubrir para que sus hermanos los hombres lo salvaran. Para peor de males el cuero, ablandado por la humedad, perdía su forma. Estaba cerquita ya y no tuvo fuerzas para salir de la correntada del canal, hacia la costa. En ese momento pegó un grito horrible al ver un bote en que dos sabaleros[17] pescaban. El renuncio fué mayor, entregándose al río por siempre jamás... Cuando se hundía sintió que le apretaban la cabeza, sospechando en tal agonía que un gran dorado o un yacaré[18] lo estaban mordiendo...

El cura alargó una pausa mientras el corro fogonero hesitaba apretado por la angustia de aquel final.

—¿Y el río lo ienó de agua, na'más? —preguntó uno, a media voz sobrecogida.

—Y qué hai sío de la madre? —agregó Roldán extrañamente contenido.

—Ahora van a ver... Resultó que los pescadores del bote llegaron a tiempo y mientras uno lo agarraba del pelo a Donaciano cuando se hundía, el otro sujetó la

[17] Pescadores de sábalos.
[18] Cocodrilo americano.

pelota . . . —Todos se movieron en sus asientos, como liberados de un peso agobiante— La hazaña del mozo se ha comentado mucho y diz que él se despertó en la cama del hospital. En otra cuja[19] vió a su madre, muy mejorada ya y entre ambos había un hombre nevado por los añares[20] que lo miraba cariñosamente.

—¿Era el padre? —preguntaron.

—¡Qué iba a ser el bandido! —respondió otro de los oyentes con indignación.

—No, el padre no sería . . .

Los fascinados criollos encimaban sus pareceres como si de hechos familiares se tratara.

—Sí, que era. Pero resultó que al conocer la hazaña del hijo y rejuntarse otra vez con los suyos, juró no volver a la bebida. Y en el hogar común fueron harto felices. Después murió Lemos y el muchacho que hasta muriendo pechara la pelota sin aflojarle, se vió rico, poderoso y noble y se casó y tuvo varios hijos que chivateaban[21] como buenos criados de agüela . . .

Un soplo dichoso borró la amargura de los semblantes, cómo si se vieran libres al fin de la ansiedad que, por boca de aquel admirable catador de hombres, atenaceara sus almas.

—Lindo fué el cuento, señor . . .

—Todo esto ha de decirles que si la mujer no se escapara del rancho para salvar al hijo, éste seguiría el rastro pecador del tata y que si el mozo no pechara la pelota en una situación tan bárbara, tendría que llorar a su madre muerta, pasando a ser un infeliz desheredado más. En esta vida no debemos ser viles[22], hijos, ni dejarnos ganar la punta por la adversidad y debemos pechar siempre, así como Donaciano pechó la pelota. Por eso no aflojé yo cuando me vi solo y mi alma haciendo la capilla en San Pedro. ¡Hay que pechar la pelota! me dije

[19] Cama o cuna.
[20] Añares es cantidad de años.
[21] Jugaban.
[22] Cobardes, flojos.

entonces, pues bien sé que el diablo gusta llevarse a los que reculan . . .

El cura se puso de pie dando fin al relato, pero los hombres permanecieron en sus sitios, rumiando las palabras finales que el relator procuró destacar. El zorro Roldán bajando las comisuras de los labios observaba al párroco, quien a su vez le sonreía dando luz a su cara tosca con aquellos ojos claros que siempre iban más allá.

—¡Pero si este cura no da puntada sin hacer el ñudo antes! —protestó Roldán poniéndose de pie— Digamé: ¿ese sucedido es verdá o jué invención súia?

—¿Por qué decís eso, hijo?

—¡Qué hijo ni que . . . ! —replicábale— Usté nos hace un cuento justito pa' mandarnos pechar la pelota y en la ocasión la pelota es esa iglesia que levantamos pa' usté!

—¡Ui, ji, ji! —El clarín gutural indígena encendió la alegría del corro.

—¡Aguante ese chirlo, señor Grabiel!

Este reía a todo trapo y replicó luego:

—¡Caracho, que me fregó Roldán!

—Usté ventajea ahora como cuando jué pa' ievarme a la capíia y luego a los ejercicios de Córdoba.

—Sólo quise evitarte la prisión y ayudar a tu gente. *Además, habías dicho que me rajarías de una puteada cuando me vieras. Recuerdo que con el cuchillo me apuntaste la panza.*

—*Y se amparó poniéndome al Señor ante los ojos. ¡No jué usté quien me pudo, sino el ladero que ievaba en la cruz!*

—Mirá, Zorro cascarudo[23]: te sé más empacado[24] que mula mañera, pero igual te quiero porque sos un fiel amigo . . . —afirmó el sacerdote poniéndole ambas manos en los hombros, como charreteras de emoción hombruna.

—¡Salga! —protestó cuerpeando, el chúcaro— ¡No me gusta que me soben como a tiento[25]!

[23] Escarabajo, rabioso, tozudo.
[24] De paca. Se niega a andar.
[25] Tira delgada de cuero.

El párroco se encaminó luego a la obra, gozoso, estirando los labios hacia sus grandes pantallas acústicas, haciendo murmurar risueñamente a uno de los laborantes honorarios:

—Las orejas tienen visita . . .

Se entregaron a la tarea con nuevos bríos y aquella tarde de labor fué divertida con alusiones a la reciente disputa y a la pelota pechada.

3

Como obedeciendo al pregón de los alberos que poco antes anunciaran en los churcales la proximidad del nuevo día serrano, invadía la modesta casa parroquial el claror del amanecer.

A la luz del farol el cura despachaba su correspondencia, repitiendo lo que hacía toda alborada que no lo sorprendiera tapando leguas en la serranía, o metiéndose en las provincias de San Luis y La Rioja, a las que llevaba su ardoroso ministerio, quemando sin límites y sin pausa sus energías.

El se alejaba confiándose en Manuel Moyano, pulcro y honradísimo hombre de grandes bigotes cosmetizados. Tratábase del ecónomo honorario de las muchas obras que planeaba y cumplía con fabulosa multiplicidad un sacerdote *de sotana remendada y descolorida y faz ruda, como hecha a martillo.*

Precisamente, en aquel momento hacía su entrada el administrador.

—Le escribo a la comisión municipal de Las Rosas.

—¿Es que prepara otro trabajo? —asombróse el administrativo, estirado el detonante rojo del chaleco, dividido por la cadena del reloj.

—*En Las Rosas me quieren echar un pial*[26] *empleando doscientos pesos fuertes en el arreglo del camino a San Javier.* Si me descuido, esos fregados hasta me van a poner el tramojo.[27] Vos sabés que tengo donado el solar para la capilla de aquel pueblo y los muy pillos municipales tampoco lo ignoran. Pero los voy a fregar quitándoles ciento cincuenta pesos. *Si en el camino ponen los cincuenta restantes quedará tan malo como con los doscientos, pues para que les quede bien precisan más de dos mil. Al mismo tiempo les hago ver que camino tienen, pero iglesia no, qué caray!* Pues el pial lo tira este cura y se me van a zafar, sólo siendo brujos!

—Usted dice que les saca, pero no le aflojarán.

—Van a aflojar porque *yo sé dónde tienen las mataduras esos viejos pecadores.* Así que debemos arremangarnos y estar listos para la labor en Las Rosas.

—No le discuto . . . pero sí he de pedirle avenencia para que descanse. Piense que en poco tiempo ha hecho capillas, escuelas, caminos, canales de riego, acequias y otras cosas más.

—El número no le hace; lo que importa es la necesidad y la necesidad es muy mucho mayor que lo realizado. Ya te platiqué que *necesito corrales para encerrar mis majadas. En capillas y escuelas puedo hablar con grandes y chicos desde más cerca y derecho al alma.* ¡Y son tan nobles mis queridos paisanos! —Y agregó, llenándose de sincera gratitud: —A veces se me presentan como . . . —En un breve silencio buscó el símil realista a que era tan afecto. —Oí, Moyano: me dieron un casal de conejos blancos que, para multiplicarse, cavaron en el piso su cueva, a la que asoman las jetitas rosadas, tembladoras como el culantrillo . . .

—¿Cómo aparea la gente y los conejos, señor?

—Porque cuando les platico, mis feligreses asoman así sus almas para mirarme desde la cueva de los ojos y allí

[26] Suerte de lazo. De peal, traba de pantalones y polainas antiguas.
[27] Trangallo, trabanco.

se están, sencillos, buenos, serviciales. *Estoy seguro de que reuniéndolos en su corral a los de Las Rosas lograré más caminos, más escuelas y riego para los tablones de tierra sembrada, obras de más valor para ellos, que el uso de doscientos pesos fuertes para rellenar pozos en un mal camino que siempre quedará intransitable.* Pero pasemos a platicar de lo que urge ahora. ¿Conseguiste techo para las escuelitas de esta villa?

—Uno lo ofrece don Tobías, el comisario y el otro, a la salida para Mina Clavero, lo presta doña Aída.

—Me nombraron dos maestros y vamos a ver si los convencemos para que *eduquen sin decir que la letra con sangre entra. El castigo en la escuela sólo hace criaturas amaestradas, como ocurre con los animales.* —Hablaba mientras abría un sobre de oficio, cuyo texto le hizo protestar: —*¡Están locos al insistir que yo les comunique el movimiento demográfico! Mucha tarea tenemos aquí mientras esos fregados pitan y se rascan en las oficinas de Córdoba. ¡Qué manden un empleado si quieren saber cuántos nacen y cuántos se cortan*[28] *en el departamento, qué caray!* No tienen en cuenta que este curato *campea en cuatrocientas leguas cuadradas.*

Tenía su sede parroquial en el extremo sur, en San Pedro, donde, *pese al clima negativo logró construir una capilla y hacer el camino a través del Altautina que al otro lado enlaza con el que va a Pocho, y otras mejoras importantes.* Luego, en Tránsito halló la ubicación céntrica que acortaba sus andanzas a los cuatro vientos y optó por trasladarse a tan modesta villa. Justamente, aquellos días llegaron al pueblo rumores de que el gran curato sería dividido en tres partes, reservándosele al cura la zona vallense elegida por él, novedad que infundió renovadas energías a todos y mayor impulso a la edificación de la iglesia.

Antes de salir rumbo a las sierras *para limosnear, comprometer a la gente que iría en la primera tanda a los*

[28] Los que mueren.

Ejercicios espirituales de Córdoba y buscar colaboradores que le ayudaran a bajar palos a la cincha desde lejanos montes, jinete de su mula zaina pasó por la obra, en compañía de Moyano.

Trabajaban cumpliendo empeñosamente las directivas dejadas por don Fidel, el profesional de Mina Clavero. Roldán era uno de los más aplicados pero, de acuerdo a su costumbre, empeñábase en no mostrar interés por la presencia del "enemigo" que lo había sacado del boliche, limitándose en aquel momento a decirle a un camarada de tareas:

—Moiano no es mala persona, pero fastidea tupido sobándose el bigote puntudo como guampa[29] de toro cimarrón.

Ya había recorrido muchas leguas visitando vecinos y disminuyendo la bolsa de algunos pudientes; también logró ejercitantes decididos a ir a Córdoba y colaboradores para el arrastre de la madera dedicada al techado del templo.

Poníase el sol cuando bebieron la mula y él en el arroyo. Después se encaminó a una vivienda que tenía a la vista. Pensaba pernoctar allí, pero dió con las puertas cerradas y los interiores a oscuras. "Pa' no ser molestoso ató largo" la mula en el pastizal y sacando la manta del fuste y una galleta dura de la alforja, se echó en un hueco abierto al norte de una parva, abrigándose los pies en la paja. Con papilla de galleta puso sordina a los reclamos del estómago vacío, tapóse con su pesado poncho puyo[30] y antes de dormirse hizo balance del limosneo. Llevaba abundantes pesos en su chuspa, le habían donado una majada y algunas reses para vender y muchos prometieron tomar parte en el peregrinaje espiritual a través de la Pampa de Achala. Otros, en cambio, colaborarían en el traslado de las vigas a Tránsito.

[29] Asta, cuerno.
[30] Tipo de poncho.

Y así, aquél desprolijo y hambriento sacerdote de cara llena de cicatrices, labios carnosos, pómulos prominentes, orejas grandes y ojos pardo clarito de mirar de ángel o de tigre, se durmió sonriéndose feliz.

Y cuando la gente del nidal campero se reintegraba a la actividad, la mula atada denunció la presencia del sacerdote. Lo hallaron durmiendo aún en el pajal.

—¿Qu'es que hace, padre?

—Despertar de un lindo sueño, Nicanor Carranza —respondióle desperezándose, al tiempo que boca afuera echaba un sonoro bostezo—. ¿Y tu gente, cómo la lleva?

—Güenos todos, señor. Vimos la mula y mi mujer quedó asandolé su churrasquito.

—Dios te lo pague, que anoche me socorrí con sólo una galleta. Pero vamos allá —dijo, poniéndose de pie para quitarse las briznas de la ropa y el pelo.

El cura entró a la cocina atacada de humo, donde lo aguardaba un suculento trozo de charqui[31]. Había allí cuatro muchachitos de mirar muy grande por el respeto y el incisivo tufo de la carne tostada. Más allá veía cuatro perros, uno por cada cachorro humano. Su hambre era mucha, pero los ojos codiciadores de los pequeños tenían más fuerza que su necesidad, y, contra la protesta de los grandes hizo sentar a los chicos a su frente y comenzó a repartir, bocado por bocado, por riguroso turno.

El mate cumplía luego con lo suyo, cuando apareció el vacilante anciano don Filemón en la puerta de la cocina, preguntando:

—¿Y ánde 'tá ese curita ladino?

—Aquí, pues —respondióle acudiendo a él para saludarle.

—Ción, tatagüelo... —solicitaron los chicos de bocas engrasadas arrodillándose ante el viejo.

—Agora ha'i ser el cura quien los bendiga.

—Ya lo hice, señor, para todos ustedes. Bendígalos usted como jefe de familia y como hombre señero que tan-

[31] Carne deshidratada.

to vivió y tanto ha sufrido. ¡Y a mí también, qué caracho, como si fuera un chico. —Haciendo un amplio gesto de desenfado se prosternó entre los chiquilines.

Un hálito de emoción viboreó en las vértebras de los testigos probando que, con su modo de conmover el alma del hombre, el cura se metía con mayor profundidad en la bucólica quebradeña, aun a costa del propio renunciamiento.

En aquel instante vieron pasar un grupo de jinetes con rumbo al sur, índice de que acudían al arrastre de la madera. Don Nica y el cura montaron para ir allá.

Cerca de cincuenta hombres se habían reunido en el lugar de la cita y *haciendo punta el padre Gabriel ató el lazo a la cabeza de una gran viga, cinchándola cuesta abajo. En uno de los pasajes, el talud era tan inclinado que produjo el deslizamiento del madero tumbando violentamente a la mula después de golpearle una pata.* Lo inesperado del suceso no le permitió al párraco abrir las piernas y "echar una parada"[32] digna de buen jinete. Por eso *la mula lo apretó contra las piedras y al levantarse el cuadrúpedo la extremidad del cura quedó trazando un patético zig-zag.* También apreciaron que la zaina tenía una pata rota, con salida del hueso, cerca del vaso.

—¡No se mueva que 'tá quebrao, padre! —gritó Nicanor.

Cruzándose muy pocas palabras los paisanos se pusieron en acción. Mientras unos le enderezaban la pierna, otros se disponían a cortar palos para hacer una angarilla. Dos hombres condujeron el animal quebrado fuera de la vista del cura. Su destino inmediato estaba escrito ya.

El accidentado se sentó para observar con estupor su pierna inútil. Pálido y sudoroso, sufría agudo dolor que quiso dominar con una ocurrencia refiriéndose al cigarro de chala[33] encendido que le alcanzaron en aquel momento.

[32] Caer de pie.
[33] Espata de maíz.

—Aiudesé pitando, señor...

—Gracias, Timoteo, pero armale otro a la mula, que va más jodida que yo...

Condujeron al cura al rancho de los Carranza, donde el anciano Filemón lo atendió inmediatamente, dirigiendo a su hijo y a otros ayudantes que tiraban de los lazos sujetos a la parte alta del muslo y el pie del herido, para poner los huesos en su sitio, aplicar después las tablillas y atarlas con tiras de cuero crudo para impedir el desplazamiento de las fracturas. En las zonas desamparadas por los científicos, el empirismo de algunos viejos criollos era admirable, dando, casi siempre, muy buenos frutos.

El sacerdote sufría sin quejas la tensión de los cueros y los profundos tactos practicados por Filemón.

Bajo la corona de su pelambre revuelto apretó los dientes, destacando los músculos de las quijadas recias y se cubría de transpiración mientras las cuentas gigantes de su rosario deslizándose bajo el pulgar para desaparecer en el puño contraído y tembloroso.

Los paisanos actuaban concentrados, como en un rito y alucinadamente copiaban las contracciones faciales del sufrido y admirado paciente.

4

El sacerdote fué retenido poco menos que a la fuerza por Carranza durante quince días y puede decirse que aquel rancho se convirtió entonces en punto neurálgico de una ansiedad generalizada. Humildes y poderosos hicieron acto de presencia allá; entre éstos estuvo un serrano rico llamado Egisto Murúa, quien llevó una mula rosilla de tiro destinada al cura, pues tuvo noticias del sacrificio de la zaina que él mismo le obsequiara antes.

La situación presentábase propicia al párroco y éste

la aprovechó favoreciendo sus obras, ya que iban a visitarlo las personas que él pensaba ver posteriormente, para *cargarlas llevándoles música, porque sólo cargando se conseguía algo.* Su presencia doliente hacía más eficaces los ruegos y la cosecha piadosa fué magnífica.

El discutidor Roldán rechazó la idea de ir a verlo, por motivos aparentemente acordes con su recalcitrancia.

Al cabo de unos días el padre Gabriel insistió en regresar a Tránsito para no interrumpir el ritmo de la labor iniciada que, según su modo de expresarse entre los feligreses, *valía muy mucho más que una pata rota.*

Su tenaz insistencia se hizo orden al fin y los serranos dispusieron obedecerle. De la villa y sus alrededores, han ido muchos voluntarios a congregarse en lo de don Filemón "justo cuando la estreia boiera[34] le ganara campo al cielo", que era como decir, entre los lugareños, ajustándose a la estación, a poco más de la hora dos. Formarían una caravana tras la angarilla, turnándose para transportarla a hombro.

Entonces, sí, Roldán acudió, empeñándose en ser él uno de los primeros en conducir al herido.

—¡Vel'áhi! Me llevan como en un trono —comentó el cura cuando lo pusieron en las andas dispuestas para el caso.

Aunque sufría punzadas dolorosas, el sacerdote era feliz en aquel trance amargo, es verdad, pero que también le dió la certeza de haber hecho, ampliamente suyo, el corazón de una feligresía que le compensaba las penurias padecidas en San Pedro. Bajo esa sensación alargaba los labios apretados hacia las orejas, fruncía *su máscara de quebracho* y las broncíneas patas de gallo prematuras que le surcaban la piel a los lados de los ojos, y sus pupilas se empañaban. Veíasele como al niño que se empeña en no llorar.

Tuvo que sobreponerse a la propia emoción para dirigirse a la mujer de don Nica que tendía los brazos como

[34] Venus, lucero.

alas sobre los cachorros adheridos a la pollera, mientras lo observaba lagrimeando:

—¡No iorés, que no me ievan n'un retobo 'e cuero[35], qué caracho!

Rendido por el dilatado trajín en una senda fragosa, avanzaba el cortejo como en un viaje al camposanto, pues fué común llevar a los finados en angarillas. El trayecto era pesadísimo y los paisanos que conducían la peana cuidábanse de no posar el pie sobre los guijarros, evitando así peligrosos sacudones al paciente que se entretenía consumiendo pitillos de chala y desgranando refranes y dichos de la región para restar importancia al suceso e infundir ánimo a sus amigos.

—Sendero con más vueltas que dolor de tripas con cólico —comentó.

—Usté habla desde áhi arriba . . . pero aquí abajo 'ta la cosa! —protestóle Roldán.

—¿Vas a alegarme que este camino es bueno, Zorro?

—Es pior que malo.

—¿Y no sería decente tupido andar por una senda arregladita y cuidada?

—¡Ta que lo . . . ! —exclamó Roldán, deteniendo su marcha y la de sus compañeros—. ¿No les dije que este cura no da la puntada sin hacer el ñudo antes?

—¿Y por qué, ah? —preguntóle el hijo de don Filemón.

—Capaz jué de haberse echao adrede la mula encima pa' quebrarse él y hacernos componer este camino.

Fué coreada por todos la fuerte carcajada del párroco.

—¡Callate, cascarudo con rabia! Hablaste de fatigoso porque llevás una legua andando, sin cederle a otro la manija. ¿O te vas creyendo que ese palo es de tu pertenencia?

—Si io dejo, usté v'a decir que anduve avilantao[36] y no le vo'a dar ese gusto, qué tanto!

[35] Un cuero cosido en torno al yacente. Ataúd.
[36] Flojo, acobardado.

—Pero hablemos seriamene, Zorro: ¿de verdad crees que me quebré para que me compongan este camino? —Insistió el párroco, propiciando la disputa.

—¡Oh, no amuele ahora y deje que nos sigamos iendo! —replicó con acritud el rebelde y, acomodándose la manta en el hombro, agregó a medio tono: —Si se le pone habrá que componer el camino, pues con tal flaire no hay más remedio que pechar la pelota . . .

Habían entrado al pueblo y al pasar ante la futura iglesia, que progresara muchísimo, el sacerdote detuvo bruscamente al cortejo.

—¡Párense, caracho! Yo dejé las maderas en Altautina y veo que ya están aquí y que colocaron las vigas del techo. ¿Fué obra de milagro?

—Milagro, sí. Apenitas usted se ha dolido de esa pierna, Roldán juntó gente para traer todo del monte —informó Moyano.

—¡Lo que nos hizo sudar! —Poste alargaba más su figura coronada por la cabeza y la boina metida hasta las orejas.

El cura se sentía feliz, pero sostuvo su posición contrincante frente al paisano.

—¿Por qué hiciste eso, Roldán, si yo quería traerlas en persona?

—Pues por eso. Usté hace y trabaja y luego pensará que lo dejamos solo, como lo dejaron en San Pedro. Ahora tiene la madera aquí y sépase que ninguno jué maturrango[37] echándose la mula encima pa' que le arreglen un camino.

Estaba francamente mejor, negándose a que llamaran un médico, pues el entablillado fué muy eficaz, impidiendo que las quebraduras se movieran del lugar en que las colocara don Filemón.

Días después recibió la visita del anciano Carranza y su hijo Nica. Don Filemón palpó la fractura.

[37] Mal jinete, torpe.

—Todo va lindo, gracias a Dios.

—¿No me puso ese pie mirando para atrás? —y luego acentuó la broma:— Cuídese de que las dos patas miren para el lado de los ojos, sino nunca voy a saber para qué lado es que rumbeo...

El viejo captó inmediatamente la intención traviesa del cura y Nica, aunque también lo había entendido, respondió bromeando, en defensa de aquel padre que era su orgullo:

—¿Usté cree que pa' componer güesos mi tata es sonso?

—¿Sonso, dijiste? *¿Pero es que en Tránsito todavía nos queda algún sonso?* —preguntó el cura con fingido aire ingenuo.

El anciano lo soslayaba picarescamente y, ya en tren de divertirse, respondióle:

—*N'este vaie, tiempo va que nos himos quedao sin sonsos.*

—¿Por qué, don Filemón?

—*Porque al que nace sonso lo hacemos cura...*

—Deje las muletas y estese juicioso —rezongó el sacristán.

—Va un mes de bramadero[38] y me urge quitarme el bozal, querido Poste, pues poco falta *para que vamos a los Ejercicios de Córdoba.*

—Precisa mes y medio de estarse quieto.

—Cuarenta y cinco días es cuenta larga y apenas si yo la entiendo... Pero, en fin... ahora te doy el gusto —concedió, sentándose—. Subime la pierna a la silla.

En la mesa había sobres abiertos, de los que apartó algunos, entregando los otros a su ayudante.

—¿Hay una carta del doctor Ramón?

—Fué mi compañero y gran amigo de Seminario. Dice que quiere venir otra vez, pero sólo, sin la langosta de sus amistades, que mucho nos amolaron en otra ocasión. Esos amigos se alojarán en Mina Clavero y él viene aquí.

[38] Palenque.

—¿Nuevamente le va a dar su pieza?

—Es lo que cuadra hacer, Poste. Yo me acomodo en cualquier lado.

El disgusto contenido pareció alargar más la figura del sacristán de hombros caídos y estrechos. Cada vez que se contrariaba, como en este momento, Poste entreabría la boca estirándola hacia arriba y hacia abajo, dando la impresión de que se proponía pintar la entrada del nido de hornero simulado por su gran cabeza.

5

Le dijeron que preparaban los últimos ladrillos para una dependencia lateral del templo y como su maravillante capacidad activa estaba más allá de los propios dolores no se rebeló contra la quietud impuesta por el celo de sus cuidadores, ordenando que le ayudaran a subir a la mula rosilla regalada por don Egisto Murúa en sustitución de la zaina.

Quería ver si, de verdad, la obra había adelantado como para presuponer su inauguración a breve plazo, aunque ella se realizara en forma parcial y precaria.

Los afanosos trabajadores voluntarios se interrumpieron, asombrándose al verlo con las muletas atravesadas en el fuste de la montura y la extremidad rota colgando como muerta en el rústico nicho fabricado por don Filemón.

El párroco saludó jubilosamente y le respondieron coreando una muy sincera alegría. Pero uno de los hombres se cerró en fosco silencio: era el tozudo Roldán.

Examinó lo hecho en su ausencia, que rebasaba todo lo previsto. En el interior la felicidad ablandaba sus facciones recias, suponiéndose en el nuevo altar, en el púlpito o en el atrio, entre quienes le llevarían tufonadas de cocinas hollinosas y sugerencias de corrales de pisos levantados por la acumulación de sirria caprina.

Volviendo al exterior, se detuvo ante la cancha de pisar barro para ladrillos dirigida por Roldán. Miró con gratitud y cariño a éste y ya no pudo resistir más la tentación de hacer. Espoleando la montada la hizo andar en el picadero al ritmo de noria de las otras bestias. El Zorro se llenaba de mal humor al ver que los grumos de lodo ponían notas color bayo en la sotana.

A poco andar, el pechazo de una mula pisadora casi tiró al sacerdote sobre el sucio amasijo. Entonces Roldán dió suelta a sus contenidos nervios.

—Oiga, señor: ¿porque no se alivea en las casas y más tarde se viene aquí a hacerse el guapo? ¡Qué tanto fregar!

El cura ponía atención en aquel hombre agresivo que siempre le habló después de quebrarse el ala del sombrero, agitando ante él el puño cerrado cuyo pulgar simulaba oprimir el mango de un puñal y poniendo el pie en avance, como si pisara la raya en un visteo[39] feroz. En tal actitud Roldán encendía sus ojos zorrunos.

—No tenés piedad conmigo . . . —replicóle el padre Gabriel estudiadamente—. Y eso que estoy en el Calvario, con la cruz de unas tablillas atadas con cueros. ¿No ves que debo usar muletas?

—No iore como chicharra de un ala —le interrumpió atrayendo la curiosidad de todos—. Usté ventajea iorando.

—¿Por qué decís eso?

—Nos hai dicho que el Señor cargaba la cruz El solito y su alma n'ese Calvario que nos menta tupido.

—¿Y de áhi?

—Que El iba solo con una cruz de arrobas a l'espalda y a usté, con todo y las muletas y esas tablas, los ieva la mula.

—No tenés piedad . . . —gimió propiciando la nueva réplica del serrano que era feliz diciendo la última palabra cuando discutía.

—A'más, el Señor tenía hambre y sed de agua cuando le dieron vinagre pa' tomar. A usté, en cambio, lo tratan

[39] Esgrima gaucha, a cuchillo.

como a criao de agüela[40]; igualito que a parejero[41]: a máiz, pasto verde y rasqueta. —Y agregó ajustándose bruscamente el cinto, al tiempo que sacaba el pie de la raya dando fin a la pelea:— ¡Ia lo sabe pa' otra vez!

Silenciosamente abandonaba el cura el pisadero de barro, pero el guiño que dedicó a Moyano y a otros, decía que interiormente vestía de fiesta.

En aquel momento llegó a la obra un jinete clavando los garrones[42] de su andadura.

—¿Qué ocurre, Serapio?

—La agüela vieja, padrecito... —se detuvo al verlo en tan pésimas condiciones físicas.

—¿Se siente mala, la señora mayor?

—Mi tata la ve cargando alforjas pa'l viaje largo... Pero usté anda muy mucho amolao por esa quebradura.

—Vamos a la casa, Serapio —dijo queriendo apartarse de sus cuidadores.

—¡Cometa hechurías[43] de chico y luego venganós con que hay que pechar la pelota! —rezongó Roldán.

Minutos más tarde, con la pierna entablillada, el grueso poncho, las muletas y el breviario en el pañuelo rojo atado a la cintura, iba en la rosilla ladereando al serranito que fuera en su busca.

La distancia era considerable y debieron cubrirla cautelosamente para atenuar molestias.

Algún dormilón de vuelo torpe les cortó la senda. Después un zorro quiso pasar, cruzándolos a "contra mano", pero el animal se volvió, con el consiguiente alivio supersticioso del serrano.

—¡Animal de mal agüero! —murmuró éste.

—No hagas juicio a las cosas herejes, Serapio...

Seguían andando en un tenaz vencer cerros. La luna les aclaraba el camino cuando las cabalgaduras se dieron

[40] Muy mimado.
[41] Caballo de carrera, criollo.
[42] Corvejones.
[43] Travesuras.

a amusgar las orejas y resoplar con inquietud, avanzando sólo al sentir las espuelas mordiéndoles los ijares.

—Hay liones[44] —dijo el muchacho.

En aquel momento el furioso bramar de pumas en pelea llenó la senda.

—Es una leona alzada[45] —afirmó el padre Gabriel mientras tironeaba las riendas porque la mula quería volverse.

Quebrando ramazones de arbustos aparecieron, media cuadra más allá, dos pumas peleando. Uno de ellos se echó sobre su contrincante y fué recibido panza arriba, como los gatos. Un minuto duró la lucha bárbara y el tironear de riendas de los jinetes para contener las cabalgaduras. Después huyó uno de los pumas, volviéndose el otro hacia el maullido áspero de la hembra que, monte adentro, aguardaba.

Echaron pie a tierra en el nido criollo. Ante una puerta iluminada, como presagiando la nota de dolor, estaban los componentes de la familia. El cura creyó que habían llegado tarde, y apoyándose en las muletas avanzó moviendo la entablilladura como un badajo. Cumplidos los saludos premiosos de circunstancias entró al rancho... y en la cama ha visto una viejita, posiblemente centenaria, o poco menos, con la boca chorreando sangre del asado que comía.

—*¡Ahora sí, que me han fregado!* —exclamó en actitud perpleja— *¿Y para ver cómo mordés un churrasco me has hecho venir a estas horas?*

En un silencio espectante, el párroco se encorvaba sobre los palos moviendo la cabeza con isocronía de péndulo.

—Se amejoró y dijo que quería morirse churrasqueando, padre —justificó un pariente.

—Dios no quiso que me corte, señor... —decía la anciana en un mohín lleno de arrugas y jugo de carne.

—*Pues en castigo, ¡ale, mañera! Levantesé y hágame unos mates.*

[44] Leones, pumas.
[45] En celo.

—Van pa' dos cosechas que no me alevanto, padrecito.
—Ahora lo harás. ¡Ale, mañera!
—Sólo si es un milagro . . . —decía ella.
—*¡Cébeme el mate que le pido, pues!* —ordenóle severamente.

Aunque con dificultad, la anciana se levantó. Los parientes doblaron las rodillas, como en presencia de una espeluznante expresión del más allá, pero el sacerdote los detuvo a tiempo.

—No es milagro, que sólo eran mañas —y agregó luego con dulzura:— Traigan ustedes las cosas que voy a matear yo solo con esta viejita reguapa.

6

CUMPLIDA la confesión, el cura decidió darse un reposo hasta el alba y dedicar el resto del día a *caer como langosta, llevando música a los ranchos de los alrededores.*

—Viéndome lisiado no se niegan . . . —decíase.

La promesa de un buen limosneo lo tentaba a seguir andando, pero el sol le ardía, sobre todo en la pierna rota, congestionada por las ataduras. Además, la rosilla que le dió Murúa mostrábase muy débil para las agobiadoras incursiones que con frecuencia realizaba él. Veía al animal a punto de aplastarse y dejarlo a pie donde el famoso maleante conocido por Gaucho llenaba de temor a los lugareños.

Decidió volver al camino, para dar a la bestia un resuello en la pulpería. Aquel negocio era el imprescindible "alto" de arrieros, troperos y cuanto jinete por allí pasaba, material humano muy aparente para dar gusto a su audaz proselitismo.

Precauciosamente dejaba que el cuadrúpedo imprimiera el tren de marcha y aquel despacioso andar le permitió lucir sus conocimientos de rastreador.

Una huella, recién triscada por centenares de cascos, le

dijo que el arria había pasado por allí, con las mulas cubiertas por los grandes aparejos de junco, sobre los que oscilaban equilibrados tercios de mercancías, constatando que marchaba en perfecta fila india. Pero más adelante vió que el rastro hacía una pronunciada curva, perdiendo, asimismo, toda regularidad, como si un fenómeno de la senda trastornara las cargueras. Entonces su abatida cabalgadura dióse a resoplar, echando las orejas adelante y atrás y, haciendo el mismo rodeo, pasó nerviosamente, esquivando un sitio signado por garras felinas. Las uñas delanteras de una leona se habían hundido allí; las traseras también, pero a mayor distancia que la normal, comprobando que la puma alzada, oída la noche anterior, se había estirado voluptuosamente bajo el león que, a los lados y en menor terreno clavó sus extremidades rampantes para afirmar la ardiente cópula.

—¡Vade retro! —dijo a media voz, dominando el corcovo de la carne jineteada por su férrea voluntad.

Poco después, bajando una cuesta vió la pulpería, y el cruzar el arroyito del bajo su imaginación pudo reconstruir la noche del arria: cenizas del fogón vigilado por el heroico marucho[46], el lugar en que habían hecho el corral con aparejos y carga, para encerrar las cargueras en pos de la yegua madrina maneada y echarles los ponchos a la cabeza a fin de aquietarlas al ceñirles los voluminosos aparejos. Una frágil huella le probó que la madrina llevaba cría al pie para encelar las mulas.

—¡Ave María!

—¡Sin pecao! —respondió mirando al exterior el comerciante— ¡Pero si es el señor Gabriel en persona!

Los paisanos salieron inmediatamente a la puerta.

—¡El cura 'taba impedido por una costalada que lo quebró, pues! —gritó uno de los parroquianos mientras iba hacia el exterior.

La extremidad entablillada, las muletas en cruz en el fuste delantero, la mula sumida y cubierta de sudor, y

[46] Muchachito servidor, peoncito.

el sacerdote demacrado y terroso, impresionaron a los hombres, haciendo que algunos sombreros aludos se despegaran respetuosamente de las cabezas.

—*¡Vengo a traerles música, compañeros!* Esta vez será música en cuatro patas —agregó, señalando las muletas— Pero aunque en cuatro patas, no se anden creyendo que voy a rebuznar, como los burros, ¿ah?

Sus ocurrencias, dedicadas a los paisanos, eran la íntima llave que abría las almas, con más razón en aquel momento, por su presencia dolorosa.

—Comídanse a darme una ayuda, pues —pidió mientras desataba los palos de andar.

Un mozo atendió la mula y con apoyo de las muletas él fué al negocio, rodeado de afectuosa curiosidad.

—¿Qué andás haciendo aquí, Andrés Avelino? —preguntó a un tipo de recia estampa nativa.

—¿Me conoce, señor?

—Sos de los Borregos de Panaholma.

—Usté nunca me halló en mis pagos.

—Pero te vi pasar por San Pedro cuando yo edificaba la iglesia. Me topaste trabajando solo y mi alma, y no te comediste a echarme una ayuda.

—Iba con prisa y no pude pararme, señor Gabriel.

—Y esos amigos que te laderean iban con vos.

—Porque trabajan a mis órdenes.

—Lo sé. Y ya vamos a platicar tupido cuando te mandes a mudar a la quebrada de San Lorenzo, después que yo te case con la niña María Eduarda.

—¿Le han dicho que pienso casarme y poblar allá?

—Lo supe en Panaholma y me alegró la noticia, porque en San Lorenzo nos vas a ser útil a todos.

—¡A usté no se le escapa una, señor Gabriel!

—Alguna cosita se me ha de ir... Pero ahora dejame decirle a ese muchacho que está junto a la chinita que tiene su multiplico[47] en brazos, que a él lo vi en Pocho.

—Así es, señor — —aceptó, asombrado, el aludido.

[47] Hijo.

—Las cosas que veo una vez no se me despintan más.

El fondero se acercó a ellos cuando se sentaban en torno a una mesa larga.

—¿Va a comer, señor cura?

—Traigo un pito en el tripero[48] y allí se está pita que pita.

—Anoche paró el arria aquí y hoy día tuve mucha gente. Hay sopa pa' estos dos y un pedazo de asao pa' usté —dijo el hombre antes de volver la espalda.

—Oí, Andrés, una cosa que no quiero olvidar: hay noticias de que sos honrado y como junté una punta de reses para vender en Mendoza, quiero saber si te animás a llevarlas.

—Tengo voluntá de servirlo, señor Gabriel.

—Después que vamos a los ejercicios de Córdoba te hablo del asunto.

—¿Y quién le platicó que pienso ir al retiro?

—Vos no me ayudaste en San Pedro, pero en esta tanda de peregrinos vas a formar.

—Haga de cuenta que no voy.

—Esa es una cuenta falsa.

—¿Me obligaría a acompañarlo?

—¿Obligar, decís? Yo nunca hago tal cosa. Pero calculo que irás porque . . . Fijate que en Villa Dolores supe que una mujer lamentaba cosas que tu novia no sabe.

—Estoy seguro de que usté no se las va a contar, señor Gabriel.

—Podés jurarlo.

—Bien dicen que pial que usté tire no sabe fallar. Pues, sí: hablé bromeando, porque pienso ir con usté, señor.

Volvió el fondero con dos humeantes tazones de sopa que puso ante la joven pareja serrana; después sirvió al sacerdote una presa de asado frío.

El cura estaba hambriento y la presencia de la carne le llenó la boca de pregusto y agua, pero cuando la mujer se disponía a manducar protestó él:

[48] Los intestinos.

—Erraste el pique, pulpero. La carne es para esta chinita —dijo, poniendo el plato ante la serrana.

—Qué molestía, padre... Si era súia.

—A vos ,te carece comer para dos. ¿O te venís creyendo que quien tuvo cría soy yo? —arrebozada graciosamente su generosidad para restarle trascendencia.

—Sírvasé, señor: un poco 'e cemita[49] que ievo demás en la alforja —ofrecióle Andrés.

—¿Torta con chicharrones, ah? Me diste en el gusto. Esto lo repartiremos en tres: los padres del niño y yo.

Hubo una pausa tendida por la admiración y otra para consumir la sopa sonoramente.

—¿Te acordaste de tu promesa, Romero? —preguntó el párroco limpiándose la boca.

—Sí, pues. He'i dir n'esta tanda y estos amigos que me acompañan, también.

—Así se cumple con Dios, Romero.

Invitó a los hombres a armar un cigarro, mientras él iba al otro lado de la mesa, colocándose a espaldas del joven matrimonio.

—Lindo cachorrito... —expresó bondadosamente acariciendo al pequeño— ¿Lo bautizaste?

—Sí, señor y se iama como el tata.

—Ulogio Polanco soy —afirmó el serrano.

—Justo. De los Polanco que hay por El Matadero y Los Gigantes. ¿No te acordás que me lo dijiste en Pocho, cuando te negaste a confesar?

—No lo hice ni lo haré ahora, pues rumbeo pa' San Vicente al punto.

No te hablo de confesión. Pero sí, te digo que tendrás tiempo para volver a Tránsito y acompañarme a los Ejercicios. —Y agregó, como quien no da mayor gravitación al asunto:— Antes de romperme la pata, fuí a Los Gigantes en un viajecito de reventar caballos, para asistir a una viejita, viuda, ella. Diz que estaba mal, pero mejoró muy mucho después de besar esta cruz... La pobre señora

[49] Pan serrano. Suele hacerse con chicharrones.

me preguntó si conocía a su hijo, un mozo chúcaro que por una reyerta con un hermano se fué del hogar...

—¿Era mama? —preguntó Eulogio nerviosamente.

—Sí, pero tranquilizate, que anteayer me mandó un chasqui[50] diciendo que estaba fuerte, como para ir a los Ejercicios a pagar una promesa.

—¡Io no vo'a dir, señor! —porfiaba Eulogio.

—Nunca se puede decir eso, muchacho... —Cambiando de tema, estudiadamente, agregó:— Dios te dió un buen cachorro... —Sus pupilas brillaban al posar la cruz en la boca del niño, diciendo:— Tu mamagüela lo besó cuando anduvo por cortarse... Besalo vos también a Cristo...

Un profundo silencio envolvía la escena. La mano de Eulogio temblaba al quitar el chaludo de los labios. Luego el cura bendijo y rogó con voz opaca, honda y un poco trémula:

—Dios te guarde, chiquilín, y seas poderoso o seas pobre, que El te haga bendecido por los que a tu vera vivan.

La emoción de los padres era trascendental en aquel instante que mantuvo en suspenso a los testigos. El cura despegó los ojos de la cruz para soslayar a Eulogio.

—¡Fijate! Si parece contento porque lo ha besado tu niño —afirmó, mirando de frente al mozo que recibía el choque de las pupilas claras y fuertes como un mandato ineludible— Dios es bueno, Eulogio Polanco, pero castiga a los que no creen y sabe darles chirlos donde más les duele...

La madrecita, saturada de temores abstractos en que había un entrevero de fe y superstición, colgó el mirar dilatado en su marido. A la sugerida orden del sacerdote se plegaba la medrosa súplica de la madre. "Castiga donde más duele", afirmó, y lo que más dolía era su hijito.

El momento psicológico esperado estaba a punto y comprendiéndolo así, el cura dijo con toda naturalidad, disponiéndose a retomar su asiento:

[50] Mensajero.

—De hoy en quince días *hacemos rodeo para que todos nos vamos a Córdoba, tapando la Pampa de Achala para tomar retiro en la Compañía.* También irán las mujeres, pero la tuya no, porque está criando.

Si el recurso compulsivo empleado le fallara, él usaría otros, pues era conocedor de todos los senderos para llegar a quienes quería ver en sus corrales.

La rosilla volvió a la senda con mayor voluntad porque iba hacia sus viejos pagos de Murúa, donde el cura fué cordialmente recibido.

—Vengo a negociarle la mula, señor. Usted me dará un animal de más aguante; un poco se lo pago con este bicho y el resto se lo paga usted —díjole risueñamente.

—Tengo un macho malacara que le servirá tupido. Pensé ievarseló, pero antes tuve que amansarlo. Andesé con tiento con él, que es porfiao y pateador al estribo, ¿ah?

Muletas, tablillas y cura se ubicaron al atardecer en la mesa bien servida. El más necesitado era el sacerdote, cosa que le valió no desprenderse del alimento, ni siquiera compartirlo.

Después de recabar bendiciones, el hermano, la cuñada y los sobrinos del dueño, se retiraron a descansar.

—¿Otro aguardiente, señor?

—No, don Egisto. Con dos copitas tuve de sobra. ¿Sabe que es trago del fuerte y ya me jinetea los sesos? Si le platico ahora soy capaz de decirle bolazos[51].

—Usté no los dice nunca.

—Ocasiones sí, los suelto y también largo alguna verdad dura como piedra bola —replicó de manera encubiertamente agresiva que alertó al orgulloso serrano.

Era indudable que no actuaba ante don Egisto con la sencillez puesta en el trato con la gente humilde.

—Tenía que verlo pa' ievarle el macho y al mesmo

[51] Incongruencia, mentira.

tiempo decirle que no iré en esta tanda, a Córdoba, porque estoy atorao de quehaceres... —y agregó, sin dar sitio a la réplica:— En cambio le doy el malacara, cincuenta pesos fuertes y la mula rosíia pa' que la negocie.

—Eso ayudará a los menesterosos que han de ir y también a las familias humildes a las que les llevo el hombre. Quienes necesitarán muy mucho van a ser los de Gervasio Roldán.

—¿Usté convenció a ese bicho idioso, señor Gabriel?

—El Zorro no es malo; resulta como el fruto del tunal: espinitas por fuera...

—¡Ese es higo de tuna de corazón agrio!

—No, don Egisto. Roldán muerde el freno según la mano; es igual que la guitarra: todo es cuestión de dedo para que suene bien.

—¡Qué va a sonar bien! Y ia que al cruce viene, dispensemé, señor; cada vuelta que usté sale a las sierras, dispone de techos honrados...

—Suelo detenerme en lo de Roldán y crea que lo hago con gusto —interrumpió.

—¿En la casa de un perdulario, padre?

—Fíjese que fuí allá por culpa de Jesucristo... *Nos han enseñado que El comía con los pecadores para conquistarlos* —tras la contundente cita, prosiguió:— Quien se sienta libre de pecado, que arroje la primera piedra... ¿Usted se anima a tirarla?

—El que viene tirandolás es usté, señor...

—Ha de ser por causa del aguardiente... aunque más bien lo achaco a una chinita que lo sirvió a usted y luego tuvo que irse, echada como perro de esta casa.

—¿Lo dice por la Trini?

—De Trinidad Gómez se trata. La vi con un hijo en brazos en Panaholma. Pero este cuero da para mucha lonja[52], que vamos a sobar otro día usted y yo, para sacarnos tientos del corazón. Hoy me urge más la suerte de Roldán. Ya sabe que desde el comienzo de la iglesia

[52] Cuero descarnado y pelado.

está trabajando como burro sin cobrar una chirola. Cierto es que resulta cabeza dura y que por no dar el brazo a torcer le cuesta arrocinarse, pero con él voy a conseguir uno de mis mejores deseos. Usted tiene que ayudarme, don Egisto.

—¿Qué puedo hacer io?

—Vea: en el camino a San Lorenzo, a poco de vadear el río, hay unas cuadras de tierra suya, con un cerco de pirca[53] que envejece porque no le enciman las piedras que se caen. Pues bien: don Egisto Murúa me dará una mano allí.

—Dígame cómo.

—Necesito que le entregue esa parcela a Roldán como mediero. Para saber si ese hombre ha de hacerse útil vamos a abrirle un lugar honrado entre nosotros.

—Roldán no trabajará la tierra, señor.

—Pues afirmaría que sí, con ayuda de su mujer.

—Con ese hombre no quiero tratos. ¿Cómo lo he de tratar, aparcereando, si él me carneó dos reses? Vea, padre... —El hombre pensó un momento, tal vez recordando la fechoría que hiciera con Trinidad Gómez— La tierra se la doy a usté y así es usté quien dispone de su destino.

—No, don Murúa. Tantos pesos necesito para las obras que si me la regala soy capaz de venderla, y entonces Roldán se quedaría sin salvación. Me empaqué como mula en el capricho de amansar al chúcaro. Además, con la propuesta que le hago, usted y yo haremos justicia a la gente humilde. Ya sabe que para placer personal nunca pido nada. Con mi viejo hábito y hasta con la pata rota sé ayudar al hombre desdichado. Y ése es un modo de servir a Dios.

[53] Obra de piedra encimada en seco.

VALIDO de las muletas el cura fué al patio para quemar las tablillas que le tuvieron la pierna inarticulada. Un rato después se divertía porque los conejos mostraban los movedizos hocicos en las bocas de las cuevas y desaparecían asustados por las llamas.

—¿Qué hace? —preguntó Poste viniendo de la calle con el macho malacara.

—Meterle fuego a unas maderas que me amolaron tupido.

—Deles las gracias y no las desprecie, señor —repúsole el sacristán atiplando el disgusto que traía.

—Es verdad: gracias a ellas y a don Filemón, que me las colocó maestramente. Pero no te dilates y ensillá ese animal.

—¿Se le puso, ah? —gritó, casi, el servidor.

—Querido Poste, *no toleré parientes, ni ama de llaves a mi lado, para evitar que me anden rezongando y me pongan maneas que yo no soporto* . . . —Hablaba con suavidad, pero la fuerza luminosa de sus pupilas claras hacíase más intensa.

Y otra vez la figura larga del sacristán pareció estirarse en la protesta muda cerrando los ojos y abriendo, con el óvalo de los labios, la entrada al nido.

—Ponemc en las alforjas las provisiones que ibas a llevar hoy a la mujer de Roldán —ordenó, luego de seguir en silencio las maniobras que hacía Poste para esquivar las patadas que el brioso mulo le dirigía a las manos cuando le ajustaba la cincha— Yo tengo que ver a esa china.

—Está bien . . . ¡Ah! He visto con don Moiano un curita en la obra.

—Será el nuevo teniente. Ponelo en la piecita y entregale al administrador la plata que nos mandaron los municipales de Las Rosas.

—Io no la tengo —contestó enfurruñado.

—Querés ser pateador como el malacara, Postecito. —Despegó una mano de la muleta para apoyarla cariñosamente en un hombro del sacristán—. Los pesos bolivianos que te digo los dejé bajo la almohada. Ahora date prisa con las alforjas; luego me ayudás a subir y quedate tranquilo, pues voy a ser juicioso y prudente como escuelero aplicado.

—Usté sabe ser un santo —decíale la compañera de Roldán.

—No, hija; son regustos que me doy . . . Pero dejá las ponderaciones y oíme: Escondé la provista, como siempre, para que él no se sienta molestoso. Alimentá a tus hijos y vos has de comer para dos, cosa de que le alcance a ese que pronto nacerá —dijo, señalándole el vientre— ¿Para cuándo?

—En la otra luna será la nacencia.

—Bueno; que sea con bien. Y vamos a lo interesante: me llevo al Zorro a Córdoba en esta tanda, y vos, en tanto, te cambiás a la tierra que don Egisto les ofrece; para eso les está terminando el rancho y también cerrará los portillos en la pirca vieja. El sacristán ha de darte una mano. Pedile a él lo que te haga falta.

—¿Pero cómo le hago acetar a Grevasio el cambeo. señor?

—Defendete diciendo que obedeciste una orden mía y que si es cosa de andar a palos que me los vaya a dar a mí. Otra cosa: los Ejercicios, las penitencias y el duro viaje te devolverán un hombre hambriento y cansado. Justo ese día Poste te va a traer una cabrillona y un poco de vino. Al ver la carne asada y el tinto él hocicará sin remedio.

—Y si ni asín tiene avenencia? ¡Vea que se me v'a dir!

—Roldán es un cascarudo que ataca como ciego y se arrepiente al pronto. Dejalo que se vaya. Un decir afirma que la mujer tira más que una yunta de bueyes. Vos tenés esa yunta y cuatro cuarteadores de fierro en tus hijos.

Disciplinando sus músculos dejó una de las muletas, sustituyéndola con un bastón de palo, y así cubrió cientos de kilómetros en su maravilloso macho malacara, recordando promesas a los ejercitantes y, sobre todo, *consiguiendo recursos para solventar necesidades caseras a los humildes jefes de familia que él llevaría a Córdoba en una cabalgata de treinta leguas, para recluirlos durante una semana en los claustros de la Compañía*..

Tres jornadas insumía la marcha y otras tres la vuelta, acampando bajo los cielos crudos de la estación, sufriendo los penetrantes soplos del páramo de Achala, a más de dos mil metros de altitud. Pero ningún obstáculo arredraba al padre Gabriel y al aproximarse la fecha de la salida sentíase más eufórico.

Tan inagotable actividad asombró al nuevo teniente quien, como toda la feligresía, veíase arreado por voluntad tan avasalladora.

—¡Es más que admirable! Yo diría que es milagroso lo que está realizando usted —le dijo el curita llenándose de entusiasmo.

—No hay tal milagro, sino buena voluntad. Pero hablemos de otra cosa. Estos días he visto cómo trabajás y de vos es que quiero platicarte. Reconozco que no lo hacés muy mal. Tenés errores grandes en el trato, pero ya te los curarás a medida que te adentres en el alma simple de serranos que serán dóciles o tortuosos, según los busques.

—Prometo seguir su ejemplo hasta donde me alcancen las fuerzas, padre.

—Siendo así, oíme: *cuando alguno te acose no le des patadas, como hiciste ayer con el fastidioso Maneco. Las patadas hacen mataduras y no remedian nada. Cuando los pícaros te amuelen, vos seguí adelante, adelante siempre, aunque debas abrirte camino con el anca, que es como se abren lugar las mulas serranas.* Nunca olvides que a nosotros nos hacen sacerdotes con buena base de disciplina y que debemos vencer las corcoveadas temperamentales. Venimos con mucha teoría y con mucha prác-

tica que, cuando se aplica en estos lugares... ¡otra cosa es con guitarra! Y si te aconsejé que no patearas, ahora te digo que has de clavar las espuelas en tu misma carne; esa es, porque da el ejemplo haciendo punta, la mejor forma de clavarlas en los pecadores; Cristo lo hizo así. Tené en cuenta que el sacerdocio no debe ni puede ser uniforme, que una cosa es ejercer en las ciudades, donde todo te lo dan hecho, y otra muy distinta es actuar en sitios como éste, donde todo hay que hacerlo. Y allá como aquí, la primera urgencia del sacerdote ha de ser ganar el lado de las casas a quienes lo escuchan y lo ven hacer, sobre todo esto último. Procurá imitarlo a Cristo, que buscó buenos entre los humildes y hasta entre los pecadores. Y hacé de tu corazón un estuche para la alhajita que hallarás en los desheredados: la natural bondad del hombre que, aunque muchos afirmen que es malo, yo puedo decirte que no lo es. Sólo suele hacerlo malo la desigualdad, la injusticia. Todo es cuestión de no atacarlo. Vos procurá porque tenés más luces, ordenarle las cosas, quitarle escollos del camino y no manejar derechos a patadas. Respetalo y te respetará. Procediendo así, el día que abras el estuche del corazón repasando tus recuerdos, te va a sorprender hallar, entre el rodeo de los humildes, algunos camellos que sólo tu sacrificio redimió, haciéndolos pasar por el ojo de una aguja...

El teniente escuchaba el oráculo de sotana raída y exterior recio y mirar suave que por momentos se llenaba de destellos interiores. Pero el oráculo, hombre de indomable acción, echó un manotazo ante sí, como descorriendo una cortina.

—Basta ya, muchacho, que no conviene gastarse en pláticas. Siempre es hora de entrar en acción, porque siempre hay algo que hacer o iniciar...

Amanecía aquella jornada de Junio. De los cuatro vientos, como condensaciones de las sombras, comenzaron a llegar los ejercitantes para congregarse en la plaza.

Veíanse alforjas llenas de chifles, mates, yerba, azúcar,

pavas, quesillos, arrope, tortas, jergones y espesos ponchos puyos arrollados en los fustes del recado o a los tientos de los bastos llaneros[54].

Mostraba la gente una expresión dubitativa, impuesta por la gran aventura que se iniciaba allí, en una pseudo plaza pública del *villorrio serrano de ranchos miserables.*

—Te quedás con el teniente, Postecito, y en mi ausencia socorré a la china de Roldán y a los otros, según te dije. Además, en Panaholma están los Gómez y con ellos aquella muchacha que sirvió a don Egisto Murúa. Traémela a la Trini Gómez con su hijo y los dejás a cargo de doña Aída, que por atenderla no irá en la tanda. Procurá también que a don Segundo no le falte ninguna cosa.

—A don Segundo lo he visto en la plaza, dispuesto a ir con usté.

—El pobre está enfermo y se me va a quedar en el camino. Decile que se vuelva a las casas. Otra cosa: es probable que en mi ausencia llegue el doctor Ramón.

—Ya me dijo que le dea su cuarto... y usté, como si fuera perro...

—¡No me detengas rezongando, Poste! —interrumpió nerviosamente— ¿Cuántos músicos conseguiste?

—Benavídez con otros dos guitarreros más, dos charangos[55], un acordeón, un bombo y el violín del cieguito Romero. Como usté lo mandó, yo voy a quemar bombas de estruendo con licencia del comisario don Tobías. Muchos jinetes subirán, bochincheando un trecho con la caravana. Los mayores van a gritar y gritarán los chicos y ante tanto bochinche hasta los perros han de hacer su gasto.

Renqueando aún, el cura escuchaba a Poste dirigiéndose a la plaza con el malacara llevado del cabestro.

Un centenar de hombres y mujeres lo aguardaban ya y paseó su vista de lince sobre ellos, constatando que todos habían cumplido su promesa. Allá estaban el tropero

[54] Almohadillas del arnés bonaerense de montar.
[55] Instrumento musical rústico, de cuerdas.

y sus amigos, cerca de Eulogio; en otro lugar los serranos que viera en la pulpería, Nicanor Carranza y su mujer, Roldán nervioso y movedizo como siempre.

Siguiendo la mirada de Eulogio pudo ver a la viejita de Polanco y acercándose a aquel, ordenó:

—Vení, muchacho. Me vas a hacer el servicio de atenderme en el viaje a una chinita rechura [56].

Eulogio mostróse sorprendido ante su madre.

—Este mozo recaba su perdón y quiere que usted lo bendiga, señora . . .

—¿Perdón, dice? ¡Jesús, si no hay porque, pues! Bendecirlo sí, hijito . . .

El silencio se llenó con un beso filial y corazones marchando a ritmo presuroso.

—¡Flor de escudero se lleva! —dijo el cura acariciando a la anciana, y para dar a la escena una salida menos asfixiante agregó:— ¿Me deja que le haga una hechuría, doña Duviges?

—Diga, pues, señor.

—La voy a besar, ¿sabe?

—¡Afiguresé! —fingía la anciana modosamente— ¡Qué dirá el finao Facundo desde el cielo!

—En la frente y encimado al beso de Eulogio, va el mío.

Después recorrió la plaza dejando en cada ejercitante el saludo, su gratitud y el ejemplo de su tonificante accionar.

—Oiga, padre —detúvole uno de los hombres.

—No, usted no puede ir, don Segundo. Cuando se componga me acompañará. Quédesé aquí y rece por los que nos vamos.

—Sólo su presencia me apoya y tengo miedo a la soledad, padre.

En voz baja le habló el sacerdote, haciendo que él se retire aparentemente animoso.

Mientras esto ocurría, la caravana mixta ordenábase en

[56] Relinda.

la calle. Poste y el teniente esperaban la orden para iniciar la bulla.

Y levantando el poncho, como lo hacían los patrones de las tropas, el párroco indicó el instante supremo de la primera emoción: el comienzo de la ruda andanza.

El se puso a la cabeza, tan feliz en su malacara, como rey que saluda a su pueblo desde la carroza.

Gritos, chillidos de los chiquilines, música, guturales alaridos de indígena, cohetes y ladrar de perros sacados de quicio.

Poste levantaba su agudo grito y el teniente, contagiado por aquel disloque colectivo, también lo hizo a voz plena.

No perdía detalle para "dar golpe" aquel cura que llevaba su feligresía rumbo a la Pampa de Achala.

8

Los peregrinos sentían esa vaguedad ansiosa que producen las rutas acechantes. En la pampa corrían el albur de ser capturados por la niebla, el huracán, la lluvia, el granizo y la nieve, o tostarse al tremendo sol reflejado en las nubes bajas en función de prismas.

Pese a la comezón de los callos que le mordían las masas glúteas y al complejo de la pierna en vías de curación, el cura se movía incansablemente, sumándose a la actividad de todos en un rosario, imponiéndose a los revoltosos, o alentando a los débiles con el chispear de sus palabras.

En la cola del desfile, a dos cuadras de los punteros, le brincó en el corazón una jota cordobesa cantada por algunos rezagados.

—¡Son buenos bandidos, ustedes! —recriminó amablemente—. Se cortan del arreo para potrear a gusto, ¿ah?

—Vamos así de puros humildosos, porque semos la cola . . . —respondiéronle con socarronería.

—Pero con tal atraso ustedes son una cola cortada y me dejan la tropa chupina...[57] —Dió así con la ocurrencia precisa para no amargarles aquel retozo espiritual que les hacía más breve el camino— De no ir ahora bajo el ala de Cristo, yo cantaría también. —Y agregó, tomando el chifle[58] de aguardiente de la alforja—. Más aunque no cantemos una jotita, vamos a matar el bicho con un trago.

Anduvo un poco con ellos, conversándoles mientras les hacía tomar contacto con la columna.

—¡Usté no se rinde, padre! Va y viene y con eso hace tres veces una ruta de treinta leguas!

—Quien cubre ese camino es el macho malacara que me lleva a mí.

—Flor de animal, ¿no?...

—¿Cuál de los dos, che Zoilo? ¿El de arriba o el de abajo?

—El de abajo, señor.

Cumpliéndose la tercera jornada de peregrinación con sus lógicas peripecias y necesidades sufridas, pisaban ya los aledaños de la Capital.

En el caserío suburbano produjo sensación aquel pintoresco desfile de gente serrana polvorienta y un poco cohibida. En el centro de la población el espectáculo cobró inusitadas proporciones, dándole mayor jerarquía militante al cura gaucho, cuyas mentas circulaban ya en los corrillos religiosos muy ponderativamente. También reconocían en él los pobladores, al heroico curita que no huyera de la ciudad durante la horrible epidemia de cólera. *El pánico general había sido entonces tan grande que produjo la enloquecida fuga en masa de los pobladores hacia las afueras, abandonando familiares enfermos, a quienes dejaban a mano un recipiente con agua para que calmaran su sed. Muy pocos han sido los que atendían*

[57] Rabona.
[58] Cantimplora de asta de buey.

enfermos y menos aun quienes se prestaban a enterrar los cientos de cadáveres que en los interiores de las casas y en las calles esperaban sepultura. Confesiones, entierros colectivos, cremaciones y atención de heridos, ocuparon muchos días de aquel curita Gabriel que escribió, con su espíritu de sacrificio, una inolvidable página de heroismo.

El cura no admitía cabos sueltos en su intrincado hacer. Luego de guardar su "majada" confiándola a los responsables de la obra espiritual, *se dedicó a conducir a la quinta Santa Ana los ciento veinte animales utilizados en la peregrinación. Personalmente los atendería, procurando que las cabalgaduras estuvieran "puestas como guitarra" a la hora del regreso.*

Renqueando un poco todavía, dedicó a sus feligreses unas horas, ocupando el resto de cada día en cumplimentar a sus superiores, en visitar a sus ex camaradas de estudio en el Seminario de Loreto y en diversas gestiones en favor de su parroquia. Quería apresurar el envío de dos maestros acordados a sus nuevas escuelitas y preparar el terreno para otras realizaciones de gran envergadura.

—¡Caracho! Ya me olvidaba de estos fregados de la Estadística —dijo luego de abrir un maletín llevado en la alforja.

De inmediato se puso a escribir al jefe de la Oficina Demográfica *comunicándole que vivía en el Seminario Conciliar, donde, si algo tiene que hacer el Señor Jefe con este Cura, le buscará antes de tres días, pues en dicho término regresará a su Curato.* La contestación airada del funcionario no se hizo esperar, acusándolo de descortés; y la contra réplica llegó, como rebotada, a manos del jefe: *Me hace dos cargos injustos; que soy descortés y que tengo obligación de dar los datos pedidos.* El había contestado a la primera circular en forma terminante. No hubo, pues, descortesía. Y en cuanto al deber contraído, comunicó que la pertinente nota del Obispo aconsejaba *que cumpliera en cuanto le fuera posible, que hiciera lo que pueda al respecto, de donde resulta que "no tengo ninguna obligación para con el Señor Jefe de Estadísti-*

ca". Y agregaba al final: *Hubiera deseado cumplir, pero no me es posible hacerlo. Y me permito sugerir al Señor Jefe, que el fin deseado se consigue poniendo en mi curato un encargado, a quien daré yo los datos y haré que en las distintas capillas hagan cosa igual.*

El cura procuraba liberarse de una tarea que, quitándole tiempo, ponía trabas a sus muchas ocupaciones.

El ambiente pueblerino de Tránsito fué alborotado por la llegada de una comitiva de jinetes distinguidos veraneantes de Mina Clavero, en compañía del doctor Ramón.

El párroco estaba en Córdoba con sus ejercitantes y, ya ubicado el huesped por Poste, visitaron ellos la iglesia, donde se trabajaba a prisa para sorprender al cura con la posible inauguración parcial. Varias señoras cordobesas dedicáronse, orientadas por el sacristán, a hacer limosna entre los más necesitados; caridad del rico que da ostentosamente, usando su posición como una pinza, cosa que irritaba mucho al padre Gabriel.

Aquellos días don Egisto Murúa se ocupó personalmente de poner en condiciones el campo para Gervasio Roldán. El montañés prepotente era muy católico y temía al sacerdote, cuyo talento lo llevaba, según su expresión, "como chancho al río". Al ir a visitarlo, para cambiar la mula rosilla por el malacara, el tonsurado dejó caer una grave advertencia que se le alojó en los nervios. Por esa razón Murúa se propuso congraciarse, secundándole sin retaceos en lo referente a Roldán, creído de que con su ayuda borraría el atropello cometido con la peona Trini Gómez, que él arrojara encinta para eludir compromisos.

Regresaban los ejercitantes a Tránsito con el andar lento y la formación india de las arrias de mulas. Al promediar la segunda jornada de camino, el fuerte viento frío les mordía las carnes en el páramo de Achala. Los

entendidos no perdieron de vista aquel plafón que, en el sur, les mostraba cúmulos grises de tono claro y revueltas entrañas.

—Granizo no es... —sentenció un anciano dándoles paz, pues una granizada a campo abierto hubiera sido de terribles consecuencias.

—Puede ser garrotíio y de yapa, una nevazón grande... —aseguró Andrés—. ¡Jesús, María y José!... —musitaban las hembras.

—*Año de nieves, año de bienes* —consoló otro anciano.

Se dieron prisa a fin de alcanzar las barrancas en busca de abrigo. Las mujeres se cobijaron, apiñadas en una breve gruta natural y los hombres se tendieron a la entrada de la misma. Mantas, jergas, ponchos, caronas y alforjas fueron utilizados en la emergencia. El cura, Roldán y varios jóvenes se turnaban en la ronda de las cabalgaduras en libertad.

El frío aumentaba despiadadamente y la gruta comenzó a llenarse de lamentos. El párroco sentía el dolor de su pierna y también la desesperación de todos. Pero no hubo más alivio que esperar el amanecer y que el sol se tendiera sobre una sábana de nieve. Para peor de males, en el páramo sólo había tabaquillo, carqueja y matas de pasto duro de la pampa.

Situación tan apremiante hizo que tomaran medidas heroicas; Roldán, Andrés Avelino y otros galoparon hasta un churcal defendido del viento por las barrancas. Hallaron despojos de una monteada y a cuchillo y machete cortaron algo más, llevando todo al tiritante campamento.

Momentos después el cordial matecocido, las galletas y la voz del sacerdote, dieron paz hasta que, recalentando los músculos ateridos, el sol les devolviera la normalidad.

El regreso de los ejercitantes era un espectáculo que los amigos del doctor Ramón disponíanse a ver, pues el pintoresquismo un poco medieval del peregrinaje les ofrecía perfiles de sensación.

El teniente cura puso entusiasmo en los preparativos

de la recepción, Poste regresaba ya de visitar a la compañera de Roldán para entregarle la cabrillona y el vino con que recibiría ella a su esposo y toda la gente de Tránsito y sus alrededores estaba en la calle.

El joven teniente procuraba cumplir al pie de la letra lo ordenado por un párroco que no dejaba cabos sueltos. Llevando muchos cohetes y bombas de estruendo desafió la nube de polvo que el inusitado movimiento levantaba.

En lugares estratégicos se veían arcos de triunfo de ramazones verdes. Los músicos sentían impaciencia. Los jinetes empinaban sobre los estribos para constatar que se veía, al otro lado del río, la cabeza de la peregrinación. Cuando ésta se aproximaba, Poste inició la bulla con el lanzamiento de una bomba.

Entonces fué el disloque. Los músicos se dieron a soplar, rascar y golpear. Infinidad de jinetes, ululantes como indios, se echaron al agua y en la otra costa corrieron hacia los peregrinos para flanquearlos a grito vivo que, aunque menos vigoroso, hallaba eco en los peregrinos.

Los apostados en la calle hacían oir sus réplicas al foco de entusiasta vociferación que era el curita teniente en aquel momento.

Había muchos chicos y, con cada uno de ellos, un can que también gritó, aunque a su manera.

Alucinador fué el desfile, encabezado por un sacerdote tan cubierto de polvo como el resto de los ejercitantes.

La estruendosa recepción dió motivo a que cada uno de los viajeros se sintiera héroe; los que antes se habían resistido a ir en la tanda, sentíanse acogotados por secreta envidia.

Más allá, a la vera de la calle, estaban el doctor Ramón y sus amigos.

—¡A la plaza, Ramoncito! —gritóles el párroco.

La formación rompió filas frente a la iglesia, en el solar que se hacía plaza pública.

Era impresionante aquel conjunto de caras macilentas y enflaquecidas. Pero los ojos de los "héroes" hablaban un lenguaje distinto, como si fueran dueños de algo de ese

todo maravillante desbordado en un hombre que contagiaba su grandeza.

—*Bueno* . . . —les dijo el párroco al despedirlos— *el cura ha hecho todo lo que estaba de su parte para que se salven, si quieren. Pero si alguno se empeña y quiere condenarse, que se lo lleven los mil diablos!*

Después, sin desmontar, miró a todos.

—Vos quedate, Andrés y descansá hasta mañana, que así te entrego el arreo. ¡Roldán! —gritó repentinamente, deteniendo al rezongón que ya se retiraba— ¡Vení, pues! —Y al tenerlo a su lado, agregó:— Haceme un bien de amigo, que te lo voy a agradecer muy mucho: en ese campo pircado que hay en la otra banda, allá . . .

—¿El del cangaia Muruga?

—Justo. Aunque te veo ganoso de protestar, cumplime el servicio.

—Usté no me dijo que favor será.

—Necesito la mula rosilla para darle un descanso al malacara.

—¡'ta, que no lo dejan ni resoiar a uno! —El cura lo veía echar manotazos, como puñaladas al aire— Nunca se termina 'e pechar la pelota . . .

Y Roldán fué en busca del animal pedido, mientras Eulogio y su anciana madre se acercaban al sacerdote.

—Ya te iba a pegar el grito.

—Aquí me tiene, señor. De San Vicente vine solo . . . pero mama quiere conocer a m'hijo, que es su ñeto.

—Justamente, iba a pedirte que la llevaras.

—Me duele que mis otros muchachos se van a inquietar . . .

—No le hace, doña Duviges. Si no voy yo en persona, mandaré un chasque diciendo que más luego llegarán usted y Eulogio con la mujer y el hijito, para que se abracen todos en familia.

Nueva revista visual dió al sacerdote la certeza de que nada le quedaba por hacer de urgencia. Otros cabos sueltos quedaban en su asombrosa máquina mental, pero hasta ocasión más propicia dejó las ataduras por hacer.

—¡Bueno está! —gritó, dirigiéndose a los que no se alejaban aún— ¡No soy de arrope, ni ustedes son moscas, que caray! ¡Vayansé cada lechuza a su cueva!

Muchas manos y muchas bocas se posaron en su diestra, en una despedida que vieron, entre fascinados y molestos, los amigos del doctor Ramón.

9

ERGUIDO en su guapo malacara, el padre Gabriel siguió con la vista a quienes se iban en aquel momento llevándose mucho de él, a cambio de sendos tributos en moneda de cariño y devota admiración. Se enternecía excesivamente y, para recobrarse, les dió la espalda. La realidad le hizo ver entonces que debía el saludo a los distinguidos forasteros, gente de prò en la ciudad, relegada allí al último puesto por un sacerdote montañés que dió toda su atención a "aquel paisanaje inculto".

Para cumplimentarlos descabalgó decididamente, pero con gesto de honda molestia física tuvo que agarrarse a la montura, haciendo que Ramón acudiera en su socorro.

—¿Qué te ocurre, Gabriel?

—Olvidé que todavía no estoy fuerte y el dolor me lo hizo recordar. Tengo esta pierna dormida y la otra, para acompañarla, también se echó a dormir. Y como si fuera poco, los callos que condecoran mis nalgas son dos puntas de fuego.

Después de entregar el malacara a Poste avanzó hacia los espectantes aristócratas.

Como era su costumbre, mostróse *atencioso y un poco seco con las damas, cordial con los viejos amigos* y afectuosísimo con Ramón.

Zapatones en que se agarraban grandes espuelas, pantalón estrecho y arrugado a una cuarta del suelo, sotana levantada ceñida a la cintura por el pañuelo detonante, pesado poncho puyo, barba de tres días oscureciendo más

las requemadas facciones duras, labios cubiertos de polvo y brea del tabaco, sombrero hacia atrás, frente cruzada de pelo aglutinado por el sudor y todo él con una patinada color rata, los visitantes tenían ante sí un sacerdote de aspecto facineroso.

—Ramoncito nos había hablado magníficamente de usted, señor cura —díjole una señora alta y seca, enfocándole con insistencia un impertinente monóculo.

—No le haga juicio, misia Mercedes, que él es doctor en leyes y ya sabe que los letrados no hacen más que barullos. —El monóculo lo recorría de arriba abajo, haciendo el inventario de su indumentaria—. ¿Me ve sucio y fiero, señora? Los tres días de viaje nos dejaron roñosos por fuera... pero con el alma limpita —aclaraba retirándose hacia Ramón, a quien dijo:— Me revienta esa mujer que sólo vino *a ver al fenómeno y me mira como si yo fuera un bicho raro.*

—Es una dama de mucha influencia y figuración, Gabriel.

—Será... pero me parece que la voy a tratar al toma y daca, que a mí no me compran los títulos, ni el óbolo grande que se da sin esconder la otra mano.

—Díganos cómo le fué en Córdoba, padre —preguntóle uno de los visitantes, ofreciéndole un sitio en la empinada rueda.

—Hemos penado muy mucho, señor. Tres días para ir, nueve de retiro y otros tres para el regreso.

—¿Y dónde se albergaban para pasar la noche en la pampa?

—A cielo abierto, pues no hay otro recurso. —Y agregó con gesto doloroso:— Las pobrecitas mujeres han padecido demasiado... —Luego señaló el gran solar baldío vecino a la iglesia, que estaba a su frente:— Allí levantaremos nuestra gran casa de Ejercicios —su diestra caía de filo, como hachando futuros obstáculos.

—¿Casa de Ejercicios en ese villorrio? —exclamó uno y pensaron los demás.

—¡Sí, señores! —afirmó decididamente— En este querido

pueblito podremos hacer la Casa y también un colegio para educar las niñas de estos contornos y locales para las dos escuelitas que inauguraremos con humildad esta semana. —Acicateábale la irónica expresión de los aristócratas y con algo de reciura dió suelta a proyectos secretamente acariciados— Además, y aunque les cueste creerlo, hay que construir la comisaría y hacer caminos, muchos caminos que faciliten las andanzas de los pobladores, y canales y acequias para riego y agua potable. *Todo se hará sin pedir nada a los gobiernos nacional y provincial, pues si confiamos, en la larga espera haremos un hoyo en el suelo y las obras quedarán en charlas y expedientes.* Hay que luchar hasta que el ferrocarril pase por aquí, aunque les parezca un sueño de locos . . .

En aquel desborde progresista que para los que escuchaban solamente era posible en la cabeza de un delirante, el cura Gabriel accionaba como cortando la tierra para ubicar los frutos de su imaginación constructiva.

Los serranos pobres y también los pudientes, unos y otros condicionados a las recias decisiones de un sacerdote que actuaba con total olvido de sí mismo, se hubieran contentado con seguir los movimientos de aquella mano, que actuaba en función de reja abriendo surcos en tablones vírgenes, seguros de que las obras, a primera vista irrealizables, eran factibles porque así lo disponía aquel "facineroso" de sotana desteñida. Los lugareños, como el zorro Roldán, limitaríanse a pensar en la "pelota". Pero entre ciudadanos adictos a otras soluciones para planes de tal envergadura, hubo un intercambio de miradas muy expresivas, presentándoseles el sacerdote como posible paranoico. Ramón mostrábase conmovido por el seguro fracaso de ilusiones que no cuajaban en *un villorrio de ranchitos miserables.*

Y mientras de los labios sucios y resecos del cura caían sueños de inmensa magnitud, misia Mercedes expresaba asombro y conmisceración, fijando el impertinente para hacer un nuevo inventario del "horroroso" ensotanado.

Produjose un silencio harto de incredulidad, pero sin

dar tiempo a que ésta se hiciera palabra, Ramón salió al cruce echando otro tema al picadero.

—Antes de que lo olvide, Gabriel: nuestros amigos vienen para saludarte y al mismo tiempo te invitan a la cabalgata que pensamos hacer a Panaholma. Ellos vendrán temprano el domingo para oír tu misa y después iremos todos juntos.

Un gesto negativo cuajábase en el párroco que, desde su llegada, sentía el monóculo de misia Mercedes como una costra en la mejilla barbada, en sus viruelas, en la pierna rota, en los callos de sus nalgas y en su hábito viejo, pero preguntó:

—¿Y qué haremos en Panaholma?

—Una fiesta de caridad.

—¡Ah, sí! Olvidé que yo la había pedido. Ellos cumplen como buenos cristianos que son.

Los visitantes tomaron rumbo a Mina Clavero y Ramón y el cura a la casa parroquial. Andando, éste pensaba en el gran afecto que le unía al doctor, desde que ambos fueran estudiantes del Seminario de Loreto. En el fondo le dolía que perteneciera a la tropa de pudientes que lo visitó, pues deseaba tener su rebaño en clima de humildad y bucólica sencillez. Aquella gente ostentosa dejaba en los lugareños la pena del inferiorizado, o el resquemor de un desprecio, o la cicatriz de un despojo. Abusos legales se habían cometido robándole bienes al paisano, a quien asimismo aprovechaban "ayudándolo" con unos pesos a cambio del poncho que insumía semanas de labor en el telar casero.

En el cauce de aquellas constataciones amargas se sentía revolucionario. Y gozó al atacar la bolsa de los ricos, a quienes aprovechaba en bien de los pobres, los postergados en una cruel espera secular. *Hay que recibir la plata aunque la traiga el diablo, que haciéndole la cruz el diablo se va y la plata queda,* solía decir.

—¿No sabés que se habla mucho de tu tenacidad heroica? —le dijo Ramón quebrando el meditativo silencio.

—Recién principio esta lucha, Ramón.

—Ya estás en los comentarios de todos, cosa muy halagadora.

—El halago es como una panzada de locro. Quien come mucho se detiene para digerir y yo necesito estar liviano.

—Posiblemente sea así . . . pero ahora, pese a todo y sin hartura de locro, es preciso que descanses.

—A eso voy. Poste me habrá hecho el acomodo.

—¿Y por qué no te quedás en tu pieza, conmigo?

—Mejor estar solo que mal acompañado . . . —replicó, sonriendo en la distensión de dos guiones ribeteados de tierra y tabaco— Seguí nomás; yo platicaré con la chinita pregonera que viene en las ancas de su burrito.

—*¿Qué andai pregonando, chupina?*

—*Quesiios y arrope, señor.*

—*Ofrecele a aquel que va allá. Pero antes oime: ¿tenís gayinas?*

—*Algunas ha'i haber en las casas.*

—*Traelas todas a ese doctor, que aparenta ser hombre chúcaro aunque sea mansito. ¿A cómo vendés tus gayinas, muchacha?*

—*Tres reales por cabeza.*

—*Muy poco es. Cobrarselás a dos pesos cada una. El es muy rico y anda sobrao de lo que ustedes carecen.* —Y agregó, levantando más la voz, que emitia ya como para ser escuchado por el aludido:— *Además, ése es peor que los zorros pa' la carne blanca. Vendele antes de que te gane el gayinero por su cuenta.*

El doctor Ramón sonreía sin volverse, pensando que, viviendo con su ex camarada de estudios, *un mes de veraneo en Tránsito le saldría más caro que el mismo tiempo vivido en Londres.*

10

Moyano, Poste y el cura levantaban cachilos y atajacaminos al regresar de Las Rosas.

—Con ciento cincuenta fuertes y buena voluntad, echamos la base de la capilla. Ahora los pobladores seguirán trabajando solos. Pero habrá que menearles picana[59]. Dentro de dos días volvé vos, Moyano y en la construcción seguí a don Fidel, que ese hombre se portó muy lindo con nosotros.

—¿Y no ha visto cómo adelantó el trabajo en la iglesia? El teniente cura, don Egisto Murúa que estos días anduvo por el pueblo, el comisario, doña Aída y hasta io mesmo anduvimos apurando a la gente —dijo el cabezón Poste.

—Me han hecho un buen regalo y el domingo diré la primera misa en la parte terminada. Será una sorpresa para los ricos cordobeses que vendrán de Mina Clavero. Así la dama del impertinente tendrá algo más que ver que este cura. A propósito, Poste: velo al carnicero David y pedile que el domingo mate un novillo gordo, sin dejarle tomar agua, y que me guarde los chinchulines[60] y el ocote[61]. A Ramón le gustan las achuras[62] y quiero darle una sorpresa cuando vamos a Panaholma después de misa.

—¿Me adelanto para verlo ahora?

—Andá, sí. Y vos, Moyano, acordate de tus números, pues teniendo a mano que cuentas claras conservan amistades, hay que revisarlas en Córdoba.

—Yo procuro ser cabal.

—Nunca te pediría razón de la plata que me guardás, pero debemos rendir balances a los que donan. Otro asunto: ¿apuntaste bien el arreo que llevó Andrés?

—Hasta el pelo y las marcas.

Llegaban a Tránsito cuando el cura dijo a su administrador, divirtiéndose anticipadamente:

—¡Fijate que el zorro Roldán se me viene al bulto!

—Parece que llega hinchado, como escuerzo.

—No le hace. Vos andá a ver la obra.

[59] Aguijada, vara larga con aguda punta de hierro.
[60] Intestino delgado.
[61] Intestino grueso y ano.
[62] Entraña de la res.

El párroco levantó las bridas para saludar cordialmente al hombre que llegaba a él, sucio de cal porque lo había esperado "pechando la pelota.

—¡Buen día, Zorro! ¿Me trajiste la mula rosilla?

—¡Déjese de cumplidos! —respondió con rudeza— ¿Qué ha hecho usté con mi familia? Fuí a buscar ese bicho, hallando que mi mujer y los cachorros se habían mudao de querencia! —Su puño sangraba el aire con el simulado puñal— ¡Eso es obra suia!

—¿Qué tal estuvo la cabrita asada? ¿Y el tintillo[68], qué tal? —Preguntaba echando fueguitos de gozo de las pupilas claras.

—¡No se venga zafando y contestemé!

—Supe que don Murúa decidió darte a medias un campito con cerco pircado, un techo decente con guardapatio de pirca y un gran algarrobo que por las tardes da sombra a las casas.

—¡Es que mi china no quiere volver al nido viejo! ¡Usted la enseñó pa' que se negara!

—Pues tampoco lo recuerdo..., —contestó echándose sobre el rostro una máscara angelical.

—¡Usted no recuerda lo que no quiere! —gritóle el Zorro, al tiempo que le daba la espalda—. En las casas le dejé la mula.

Decidido a no ceder terreno, ante el cura protestaba aparatosamente. Pero parecía empeñado en disfrazar su agradecida felicidad. Tal vez fuera ése su modo de gratitud. El cura lo comprendía así y él lo sospechaba. Si se viera obligado a renunciar su postura, caería agradeciendo de rodillas y tal actitud no era propia de un varón.

Domingo de alborozo en Tránsito, porque se inauguraba la iglesia inconclusa. Acudían los feligreses al primer rito en un local que, por sendos aportes en dinero o trabajo, era un poco de cada uno de los asistentes.

[68] Vino tinto.

Adelante se ubicaron los amigos del doctor Ramón, entre los que Mercedes no daba reposo al impertinente. Más atrás los lugareños se apretaban entre andamios y herramientas.

Había olor a cal y tierra húmeda, pero no demoró en saturarse el ambiente de emanaciones propias de una multitud campesina encerrada.

Con ayuda del monaguillo se disponía el párraco a entrar en funciones, pensando que era preciso "dar golpe" en la misa dedicada a los aristócratas que sólo *fueron a ver al fenómeno*. Era evidente que se sentía molesto.

—Padre Gabriel —díjole Poste regresando de la calle por la puerta lateral— no hay chinchulines.

—¿No le pediste que me los guardara?

—Pero *David ya no los vende si no es a dos reales.*

—Pues yo te dí el único realito que tenía y resulta que el tal David me ha fregado, pues se me puso llevar las achuras a Panaholma.

—Para peor, a mí no me quedaba más que un real . . .

—¡Entonces nos hemos salvado, Poste!

—No, señor. El real que le digo es éste, que yo le dí a usted para las chunchulas . . .

—Seguimos fregados. Volvete al bolsillo la moneda y *decile al carnicero que mañana le vas a pagar. ¡Volando, que tengo que ir al altar!*

Poste salió de la sacristía para cumplir la orden, mostrándose muy atufado por los inconvenientes habidos.

Con los ornamentos de práctica apareció el cura y fué recibido por el enfoque de misia Mercedes que habría de seguirlo durante toda la misa. Aunque bullía por dentro su fastidio, cumplió el acto con solemnidad.

Pero en el púlpito dejó caer la máscara ritual para convertirse en el hombre que se dirige al hombre. Mirando siempre a los de atrás, a los "últimos", asombró a la dama curiosa afirmando que los humildes ocuparon los puestos de sacrificio en la guerra y en la paz y que después los olvidaron al repartir la felicidad humana. Recordó

que Jesús quiso a los más pobres; que por amor a ellos arrojó a los mercaderes, pero que los mercaderes retomaron sus posiciones a fuerza de oro.

—*Hijos míos* —agregó luego, sintetizando:— *La riqueza está mal distribuída, como si se hubiera hecho a espaldas de Cristo, en una repartija de aprovechados.*

Los visitantes se azoraban y su inquietud fué en aumento porque el párroco comenzó a considerar temas de interés general.

Haciéndose el olvidadizo les hablaba desde el púlpito, personalmente, propiciando el diálogo para salir de dudas. Al comienzo de esta práctica el feligrés se sintió atorado y respondía a duras penas, pero la repetición impuso el hábito y luego sus preguntas fueron contestadas con toda naturalidad.

También les enseñó a reír en el templo, para que se adentraran más en su sacerdocio. Parecía ser que, con deliberada intención, rasgaba parte del aparato litúrgico para dar suelta a los espíritus simples y un poco aniñados en su primitivismo, abriéndoles espacios que no amputaran facultades recibidas y desarrolladas por conducto etnogénico.

Trató a los humildes con transparente sencillez, *amándolos en sus virtudes y en los defectos generados en sus vidas paupérrimas, pero destacando aquellos y corrigiendo, en lo posible, éstos.* Así lo aceptaron quienes *tuvieron muchos predicadores cuyo lenguaje no habían entendido.*

Mientras hablaba en el púlpito sentía la pegajosa presencia del inquisidor impertinente y tal vez por eso destacó más el tono casero de aquella plática.

—*Hijos míos: a doña Aída se le ha perdido una argolla muy linda y al que se la devuelva le va a untar la mano hasta el codo.* Otra cosa quería decirles: muchos de ustedes al confesarse se acusaron de haber comido melón en día de ayuno. No se peca comiendo melón. *Y el que afirme que el melón es carne porque tiene tripas, se ha rajado!*

Ramón sonreía mientras misia Mercedes se llenaba de aspavientos.

Después habló el cura de la presencia de Dios y que no había pecado de que Él no fuera testigo. Para ser más gráfico recurrió al símil agreste, tan común en la expresión oral de los terruñeros:

—Ahora verán: Dios anda por todos lados, pero tengan a mano que *está más cerca de los pobres que de los ricos. En eso se parece a los piojos.* Sí, hijos míos —prosiguió diciendo, sin hacerse eco de las risas del parroquiano y la impresión causada entre los de la ciudad— hay que cuidarse de pecar, porque desde arriba los está bichando. Y también desde arriba es que nos cae la gracia de Dios. —Tras un silencio preguntó a uno de los asistentes:— ¿Vos sabés, Romualdo, cómo cae la Gracia Divina sobre la tierra?

—No, señor...

—Pues cae sobre el mundo como... Pero para ser más clarito: *muchas veces vimos una cabra subida al horno del pan y que allí movía la cola y hacía su necesidad desgranándose para los costados. Pues lo mismo sucede con Dios: el horno es el mundo y lo que cae es la Gracia Divina.*

Las combras trazadas por sus manos sugerían una esfera, pero sus ojos buscaron a la horrorizada misia Mercedes.

—Así es la gracia de Dios, hijos míos, *y si les miento, que me corten la oreja del lado del monte.*

—¡Cuídese de no verse reyuno[64], como mancarrón[65] patrio!

—¡Roldán tenía que cruzárseme! Así has de quedar vos, pero tu oreja se va a retorcer, igual que una chunchula, en la parrilla del infierno!

Deseando cerrar seriamente y con dignidad el acto, habló de la Virgen, apoyándose en lo que se había dicho de ella. Su cita preferida fué la del Profeta David. Para

[64] Con una o con ambas orejas cortadas.

[65] Caballo achacoso. Era patrio porque pertenecía al gobierno y lo usaban todos.

dar tiempo a que el auditorio se reencontrara, hizo algunos comentarios, recurriendo asimismo a la pregunta personal, y terminó diciendo:

—Este librito sagrado nos sacará de dudas. Veamos qué dijo el Profeta David... —hojeaba en busca de la cita pertinente— ¿Pero qué dijo David? —Seguía pasando hojas mientras protestaba con impaciencia:— ¿Pero qué es que dijo David?

Poste regresaba de la carnicería y se detuvo al escuchar la primera pregunta del sacerdote que lo obligó al fin, creyándose aludido, a volcar todo el disgusto que traía consigo, *respondiendo en voz alta que David no le quiso fiar los chinchulines.*

11

Después de la misa de cada domingo, muchos paisanos acudían a la casa del cura a fin de expresarle a éste su afecto, o evacuar consultas sobre problema de carácter privado, circunstancia que el sacerdote hacía suya para reprender a quienes lo merecieran.

—Romualdo, en la misa te pregunté qué había dicho de la Virgen el Profeta...

—El contesto de las chunchulas lo hizo Poste, señor.

—Ya lo sé. No supiste decir lo del Profeta, pero ahora sabrás lo que digo yo. —El paisano soslayaba a sus amigos muy expresivamente— ¿Estás parando rodeo de cachafaces? Pues bien: supe que ustedes se juntaron para asar un cabrito y darle al vino hasta caerse. *En mi presencia son mansitos, pero a mi espalda se dan el gusto comiendo y chupando sin moderación. Luego se echan a dormir y la panzada les hace soltar viento...*

—A todos les ocurre igual cosa, señor.

—Pero ustedes decían, riéndose, que *los vientos que sobran son para el cura!*

En ese momento aparecieron en la esquina los visitantes que irían con él a Panaholma, y como vió el mulo

ensillado y la mula rosilla sujeta al pegual[66] con el cabestro, ordenó:

—Ahora toquen, que me aguardan los de la ciudad.

Cuando se iban los lugareños, la comitiva se acercó, con la beata y su monóculo haciendo punta.

—Disculpen la demora, señores, pues ya ven que esta gente se me agarra peor que los abrojos.

Dispúsose a cabalgar luego de atarse la sotana recogida en la cintura y fué detenido por la llegada de un matrimonio y un bebé en brazos de la mujer.

—Vinimos pa' cristianar el sulco,[67] señor.

—*¡Carancho que son fregaos! ¿No ven que estos amigos me están esperando? Vengan mañana.*

—Vivimos lejos y cuesta muy mucho tapar el largo camino, padre.

—*¡Caraacho! —Pidió a Poste que sacara el lavabo a la vereda y, cumplida la orden, dijo: —¡A ver! Ponele la cabeza sobre este lavatorio, como quieren llamarle.*

Con mucho aparato levantó la vasija de hojalata, y al verterla sobre el niño, soslayó a misia Mercedes.

—*Críspulo, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Andá ahora que te lo apunte el sacristán.*

El cura encabezaba el desfile escuchando elogiosos comentarios sobre la pintoresca ruta. Camino adelante hallaron una finca con guardapatio pircado, tablones de tierra recién roturada y a la compañera de Roldán con sus cuatro cachorros y el quinto a punto de nacer.

Después de hurgar infructuosamente en su bolso pidió el párroco:

—Dame unas monedas, Ramón, que ando sin real —y dirigiéndose al grupo humilde:— Dios los bendiga, hijos míos. Y ale, pónganse de punta y vuelvan a las casas.

[66] Pehual, sobrecincha.

[67] Benjamín, hijo menor.

El monóculo proseguía filtrando la neurótica estupefacción de la beata.

—Sí, pues. En estos sitios hablamos como nos enseñó el mandato de la tierra, pero con eso y todo sentimos muy mucho la ternura cristiana...

—¿Quién es esa mujer? —preguntóle Ramón.

—La yunta de un incomprendido que voy poniendo en su lugar.

—¿Cuántos hijos tienen?

—Se unieron hace un lustro y se ajustan a la tierra: un hijo por cada cosecha. Con los coyuyos[68] que cantan cuando madura el mistol, berrea un nuevo crío.

—¡Qué barbaridad! —El monóculo continuaba fijo en él.

Francamente molesto, el cura se ahincó más en las expresiones lugareñas:

—Roldán me dijo que los chiquilines vienen porque entre la trilla y la nueva siembra poco tienen que hacer...

—¡Jesús! —La beata se persignó sofocadamente.

—Otras ocasiones el Zorro afirma que es por culpa del mandamiento. Creced y multiplicaos, ordena el Catecismo y les aseguro que estos son muy diligenciosos para multiplicarse. Por tal motivo la mujer está criando y anda otra vez como barrica...

Ya quedaba vengado de aquel cristal que, para él, anulaba la presencia de una mujer. Volvió entonces a encabezar la cabalgata con su amigo Ramón.

—¡No seas bárbaro! —le advirtió éste— Mirá que es una señora de armas traer.

—Lo supongo... Pero, bromas a un lado: El marido de esta china es Gervasio Roldán, a quién me empeñé en reponer en el concierto de mi parroquia. También he de salvar a otros, más perdidos que él. Asombrate, que Guayama es uno de ellos.

[68] Cigarra.

—¡Ése es un bandolero terrible! —Ramón no evitó un gesto de repudio.

—Será, más he de hacerle una pechadita. Y hasta creo que vos podrás ayudarme.

—No soy sacerdote, Gabriel.

—Sos peor; sos letrado.

En aquella comitiva formaban personas de gran importancia politiquera y social y se sorprendieron al llegar a Panaholma, donde la gente los recibió sin la cordialidad dispensada al sacerdote, convertido en ánima de la reunión desde aquel momento.

—¡Oigan los platudos, que por ustedes va! Les advierto que he de atacarles la bolsa. ¡Atajensé, pues! —dijo con voz tonante— Sabrán que aquí faltan escuelas y caminos y que hay, en cambio, alguna hambre. Nosotros estamos moviendo cosas que piden muchos patacones[69]. Nos pesan las deudas creadas por los trabajos cumplidos y la limosna que reciben los menesterosos. Cristo les da a ustedes la ocasión de obrar de acuerdo a su esencia. Él amó al hombre y nos manda ayudar a los humildes. *Cumpliendo con Él voy a rifar esta mula que traje de tiro. ¡Dos pesos el número, damas y caballeros!*

Ramón fué el favorecido y puso la mula en manos del cura otra vez.

—Esto significa que Dios quiere más plata para las obras. *¡Dos pesos el número!*

El agraciado no podía menos que seguir el ejemplo de Ramón. La rifa se repitió otras tres veces y al preparar la sexta operación oyéronse algunas protestas. Así terminó el asalto piadoso.

—Les advertí que se atajaran —exclamó sonriendo el cura— ¡Y menos mal que se despertaron justito, que de no, pensaba dejarlos como para pedir limosnas!

La ocurrencia, por la gracia con que fué revestida, puso un broche amable al suceso.

—Vamos a recobrar la seriedad, señoras y señores, para

[69] Pesos.

darles mi agradecimiento y todo mi fervor por la plata que han donado. Reciban la gratitud del Altísimo, en nombre de los pobladores de este olvidado rincón de la serranía, donde los que nos ayudan piadosamente restituyen un poco de la felicidad y la paz merecidas por los más amados de Jesús.

12

El párraco mateaba en el patio con el doctor Ramón y se sentía feliz comentando los pormenores de la fiesta inaugural de las dos escuelitas que bendijo a primera hora de aquel día.

—Te aseguro, Ramón, que gocé poniendo en marcha los locales, pobrecitos ellos y con muebles prestados, pero que han de dar su fruto.

—Comparto tu felicidad, como también he compartido el espíritu de tu discurso. Dijiste que aprendieran a leer y escribir sin olvidar que la *mejor cultura es la de la decencia*. Siempre que el curso escolar no sea completo eso no está mal. Otro pasaje de tu plática fué de postura reformadora, al pedir a los maestros que humanicen la enseñanza olvidándose del látigo, la palmeta y todos los humillantes castigos.

—El maestro dirije el gateo del saber del hombre que, si gateando lo castigan, más le costará luego levantar la cabeza para no vivir en cuatro patas.

—Por lo visto, estás empeñado en cultivar la parroquia en la gente joven.

—Los jóvenes son el después y les brindo *escuela y evangelio*; fuera del aula y el templo les doy rutas camineras, enseñanzas rurales, vías de riego, molinos, interés por la minería, amor al terruño y, sobre todo, ese regusto dulzón que trae a las almas la convivencia apoyándose en el respeto mutuo.

—Estás proyectando tu corazón hacia adelante, seguro de que tu obra florecerá en el mejoramiento de otras ge-

neraciones. ¡Es asombroso! Lo indiscutible es que esta gente ha reencontrado su natural fe en la vida merced a tu alma buena¡ que cada hora nos da nuevo motivo de alabanza.

—¡Parate, Ramón, caracho! Si me ves en un renuncio, criticámelo, pero no me sobés con el halago. Por duro que sea, el hombre se ablanda con los manoseos. En tal punto estoy con Roldán. Yo trabajo porque ellos merecen sacrificios y amor. Nada¡ estoy haciendo que sea mío.

—*No naciste santo, pero tu sacrificio y tu fe te convierten en uno de aquellos héroes de antaño que, en cuanto a sus hazañas, fueron largos en facellas y cortos en contallas.*

—Ignoro qué soy y tengo presente qué debo hacer. Hay muchos que me critican. Misia Mercedes, con impertinente y todo, es un caso de disconformidad. Ahora pienso que se me ha ido la mano con ella. Pero es que uno se cansa. Si ven los frutos de mi lucha, déjenme trabajar. Mirá, Ramón: llegué con alforjas llenas de libros. Puedo decir que al iniciarme en San Pedro hallé *la más desalentadora indiferencia, casi un repudio escondido en buenas intenciones y lindas palabras.* Sufrí entonces lo indecible constatando que no era comprendido. Un día eché al aire una guasada[70] de grueso calibre, luego otra y terminé hablando como en mi Santa Rosa natal. Entonces sí, me entendieron todos, los humildes y los ricos, aquéllos porque les llegaba a las entendederas con su propia voz agreste y éstos porque se divertían oyéndome, cuando no cimbraban por el azote que sacudí a sus conciencias de seres privilegiados. Como lo han hecho otros en sus respectivos terruños, mis montañeses formaron sus costumbres sometiéndose a la manda del suelo y al clima social en que se han criado. ¿Qué conocen ellos de latín y palabras especiales? Nada. Sólo saben lo oído o presenciado acá. Así encontré el camino, apoyándome en la certeza de que un sacerdote alemán que use su idioma no

[70] Cosa de guasos, campesino.

podrá ser comprendido por un auditorio japonés, como tampoco un japonés podrá hacerse entender por los alemanes si se empeña en hablar como hablan en el Japón. No hice más que poner las cosas en orden, que es como si dijera que puse el orador alemán para los alemanes y el japonés para los del Japón. Y ese sometimiento a las leyes del terruño me obligó a quemar libros clásicos *como aquel conquistador quemara sus naves.* Sólo guardé las *obras predicables, de consulta de temas evangélicos: "Pláticas" de Santander, que no puede faltar en ninguna biblioteca eclesiástica; "Luz de verdades católicas", oro en polvo para los predicadores; "Del sacerdote", de Molina, aunque es rigorista en no escaso grado y contagiadas algunas de sus páginas de la malaria Janseniana, y "Golpes" y los sermones del padre Bridaine.* Hubiera querido hacerme de un volumen intitulado *"Pasto espiritual de los borregos de Cristo", pero el título me llena de desconfianza, no sea cosa que en vez de huevos me largue un escorpión.* Y hay algo más sobre mi criticada manera de hablar: en nuestro país se toleran ritos y predicamentos en otros idiomas. ¿Es que los nuestros no tienen las mismas prerrogativas que los extranjeros? Porque yo me dirijo a mis paisanos en su propia manera de hablar, Ramón. Y lo que más me indigna es que buena parte de los que me acusan de maltratar el idioma de Cervantes, entre ellos se muestran muy felices platicando en franchute.

La presencia del administrador les obligó a abandonar el tema.

—Vino de Córdoba este sobre del Jefe de Estadística, padre Gabriel.

—Veamos qué dice el gallito . . . —Rasgando el papel se acomodó para enterarse— ¡Oigalé con el jefe! —Agitaba la nota como un banderín.

—¿Qué te comunica ese hombre motivando tanta alegría?

—Que manda un empleado para hacer el rodeo demográfico. Mucho tenemos que hacer aquí nosotros, aunque

no evitamos que se nos echen encima los enemigos como toros cimarrones[71].

—A propósito de hacer: el mocho[72] Agüero llevó a Córdoba los papeles que se han de revisar.

—Está bien, Moyano.

—¿Ahora descansarás tranquilo unos días, Gabriel?

—Tiempo habrá para el reposo. Antes de dar fin a los trabajos en marcha hay que pensar en la casa de Ejercicios, la línea del ferrocarril y otras menudencias.

—¿No te parece que tus planes de gran envergadura son un poco quijotescos para esta zona?

—No arremeteré contra los molinos, ni voy a dar estocadas a los odres de la venta. Mi tierra es sólida como la de Sancho. No sabía que era capaz de chancar[73] barro y paja para los ladrillos, ni cocer la cal, ni hachar vigas, ni tantas otras cosas. Ya sé eso y sé, además, que contando con mis feligreses macanudos no habrá obra que no se pueda hacer.

—Don Egisto Murúa se apea aquí, padre —avisó el administrador.

—Bueno, empezó la riña. Decile que vuelva dentro de un rato, que así dispongo el golpe.

—Usté me ha iamao, padre —explicó Murúa, descubriéndose— ¿Cómo la ieva, doctor?

—Lindo, nomás y contento de hallarme aquí en estas circunstancias, pues parece que usted se pone al día con las cosas del alma.

—He confesado y estoy en paz.

—Para estarlo debe saldar una deuda grande —afirmó el párroco con rudeza.

—Egisto Murúa tiene ofertas de muchachas como la Floricel Díaz y la Chacha Liendo y no puede casarse con una negrita sucia cual la Trini Gómez, señor.

[71] En estado salvaje.
[72] Uno o más dedos segmentados.
[73] Pisar, moler.

—¡Paresé, caracho! La Trini no es ni negra ni sucia. Aparentaba serlo por la tarea de esclavos en que usted la tenía. Pero ahora, que le dimos un descanso junto a nuestra amada señora Aída, se puso más donosa y fresca que flor del pencal[74] en la mañanita mojada por el rocío. ¿A qué hablo al cuete, si a usted hay que darle las razones a chirlos? —asomándose, motivó la presencia de la señora Aída con un niño en brazos.

El pequeño estaba aseado y muy bien vestido. Físicamente era la copia fiel de un padre dueño de muy buena estampa gaucha, excelente estatura, negros y rasgados ojos, retinto pelambre, nariz un poco ancha, labios grandes y bien hechos y piel algo morocha.

—Éste es su multiplico. ¡Un muchacho rechuro! Pero no se asuste, que a usted no lo he de casar con la Trini. Ella se niega a ser del desalmado que la echó de las casas después de llenarle el vientre. Téngalo al niño para despedirse. En cuanto a la madre, sabrá que le busqué acomodo y he de unirla a un hombre que vale lo que pesa.

Torpemente asido, el chico parecía estar colgado.

—¡Acomódelo bien, hombre! Así. Ahora medite en silencio cargando el ahijadito de la señora Aída y el doctor aquí presente. Usted lo repudió, pero ellos dicen que se honran siendo sus padrinos. Y para que razone mejor vamos a quedar solos el cachorro, usted y yo.

Aída y Ramón se retiraron. Murúa daba toda su atención al pequeño.

—¿Diz que éste es mío?

—Ya lo perdió, a él y a esa santa que ha creído en sus bolazos amorosos. Usted es muy salvaje y sabiéndolo suyo es capaz de marcar al chico como a los animales. Dígame: ¿cómo señala su hacienda?

—La grande, con el fierro que marcó al malacara.

—El pobre animal tiene una cicatriz de una cuarta, bárbaro! Y a su majadas, ¿cómo las distingue?

[74] Nopalera, tunal.

—Les hago un despunte y un tajo sobrao en la oreja zurda.

—Si le dejo el hijo, usted es capaz de hacer igual cosa con él. ¡Y yo se lo niego, qué caray! No sea cosa que un día me lo tope con la oreja tajeada o con el cuadril marcado a fierro. ¡Ale! Deme ese guagua[75] —dijo, tomándolo decididamente—. Se lo devolveré a la madre que va hacia un hombre bueno. Él los hará felices a los dos. ¡Toma tu hijo, Trini! —Reclamó así la inmediata presencia de la muchacha.

Los ojos de Egisto se agrandaron de asombro, pues ante él, tocado sentimentalmente ya por la brazada de carne suya que el sacerdote le quitara de los brazos, estaba Trinidad Gómez, tan insospechadamente transformada que se sintió alucinado. Observó la ropa pueblera que le caía muy bien, las botas flamantes, el cabello pulcro y lustroso, los labios con una suave capa de carmín y con intenso aroma de claveles. La mano de doña Aída actuó con arte muy femenino.

El párroco daba lugar a que las retinas de Murúa se resaturaran en aquella observación, mientras Trini permaneció cohibida, sosteniéndose con dificultad sobre sus pies acostumbrados al uso de alpargatas, metidos entonces en aquel calzado lucidor, pero muy molesto.

—Llevá tu cachorro, muchacha y aguardame junto a tus compadres mientras despacho a este hombre.

Retiróse la joven; Egisto miraba con codicia la cintura muy ajustada por la pretina, formándole salientes caderas bajo el ceñido busto. Era evidente que una mano diestra había preparado aquel cuerpo, destacándole sus naturales atractivos.

Los ojos del serrano seguían alucinados y, después de una pausa, habló el cura.

—Ésa es la negra sucia, Egisto. Pero el asunto está terminado. Usted se decide por las otras candidatas y ella se unirá al que yo elegí.

[75] Niño de pecho, ambos sexos.

—Lo que son las cosas, padre... —Murúa hesitaba— Fíjese que se ve lindo el chiquilín... ¿Y dice que la señora Aída y el doctor lo apadrinan? Pues... io quisiera platicar con usté...

—No. Lo que quiere ahora ya se lo leí en los ojos. Ha visto a la chinita más donosa y deseada que nunca y le escuece que se case con otro. También tuvo en sus brazos un hijo sano y hermoso como flor de la vida. Los dos le dejaron la marca. Pero yo los protejo desde que usted los abandonó y no será Egisto Murúa quién los arrocine en su tropilla. Reconozco que de hoy sufrirá y justamente es del caso recordarle que, después de confesar, usted mismo me pidió penitencia y absolución. Le prometí que tendría ambas cosas a su debido tiempo. Vayáse de aquí con esta penitencia, que lo otro vendrá luego.

Procuraba dar patetismo a su discurso, mordiendo al pecador que al fin, tragando saliva y con los ojos fijos en el suelo, pudo responder:

—Se empeña en castigarme, señor...

—¿Usted tuvo piedad con la chinita? ¡Si poco antes de nacerle el hijo la largó al campo para que pariera como los animales!

—Reconozco que hice mal... Le pido que me cambie la penitencia.

—¿Va a mentirme que se dispone a darles su nombre? —El acusado bajó nuevamente la vista, motivando una breve pausa— ¡Hable, pues! —Proseguía el silencio— Acuérdese que el que no habla es que desea dar y no se atreve a decirlo. También pudiera ser que no diga ni jota para esconder su alma ladina. ¡Pero quien éso hace queda con un sitio fijado en los infiernos!

—No lo hablo, pero es así...

—¿Se casaría con Trini Gómez?

—Sí, padre.

—Tiene derecho, porque le dió un hijo. Habrá que ladear al otro, pero cuidado, ¿ah?, que yo me los puse bajo el ala. Le doy licencia para que ante Dios y los hombres los haga de su pertenencia, como a las hacien-

das. Mas recuerde que a éstos hay que marcarlos en el solo sitio en que se marcan los amores: en el corazón. Tenga en cuenta que la mujer será su esposa en las buenas y en las malas y que *el matrimonio es como la carreta que tiene dos ruedas y que cuando una rueda no anda la carreta se detiene.* —Golpeó las manos haciendo que se presentaran doña Aída, Trinidad con su niño y el doctor Ramón— ¡Ale! —exclamó— ¡Andando a la iglesia!

Trini estaba trémula; Ramón y Aída moderaban su gozo y su admiración.

El cura acababa de dar un "golpe" cuya teatralización previa le resultó perfectísima.

13

El sobrepaso del malacara ofrecía al cura un alivio, atenuando el aporreo de los callos que le producían grandes molestias, acrecentadas por el recalentamiento del cojinillo.[76]

El jinete se echaba a los lados para apoyarse en los muslos. Sólo así podía resistir las pulsaciones agudas y cálidas que, pese a su estoicismo, se le hacían muy penosas.

Así llevaba asistencia espiritual a un morador de la serranía, debiendo cubrir el camino en obras que dispusiera componer y ensanchar cuando lo bajaban en angarillas con la pierna rota discutiendo con el vergonzante abnegado que siempre lo enfrentaba.

Los hombres habían respondido generosamente a la obra caminera y se detenía ante ellos para saludarlos, refrescándoles asimismo las directivas que oportunamente les impartiera.

Dirigía los trabajos con una capacidad asombrosa. *Con la sotana arremangada en la cintura con el gran pañuelo*

[76] Pellón usado sobre el recado.

rojo, lleva el macho malacara del cabestro, va y viene inspeccionándolo todo, dando órdenes y contraórdenes, mirando dónde se han de poner las mechas de los tiros, cómo se han de rellenar las hondas quebradas, cómo se preservará el camino de las futuras avenidas de agua, cómo se han de hacer los taludes pircados de contención y los desagües, y cómo acortar la senda con oportunas dereceras. Todo lo tenía en cuenta, todo lo preveía.

Fué a la vivienda serrana que pedía sus servicios, donde confesó y repartió consejos, palabras de estímulo y también las monedas que llevaba.

Al volver, un chiquilín que iba delante echó su cabalgadura a un costado para ocultarse; se trataba de un hijo de Nicanor Carranza. El sacerdote extrañó la maniobra, atribuyéndola a la condición cerril del muchachito. Pasó de largo para observar de reojo que el chiquilín lo seguía a unos cien metros de distancia. Comprobando que su perseguidor no lo perdía de vista, detuvo al malacara, mas el pequeño volvió a meterse en el monte. El juego se repitió hasta llegar a la entrada de Tránsito, donde el cura tuvo que apearse para reajustar la cincha del mulo.

—¡Comedite a darme una mano, pues! —ordenó al serranito luego de descabalgar.

El chico avanzó cohibidamente.

—'nas tardes, señor... —Al despegar el sombrero del retinto pelambre aglutinado, levantó chuzos que volvieron a la porra como en un aletear de tordos que aterrizan.

—¿Qué andás queriendo por estos pagos? —le preguntó dando fin al reajuste de la cincha.

—*Y... io vengo mandao pa' hablarlo a usté. Un poco más arribita del que confesó aiá, mi tatagüelo quería aprovechar y que lo confesara a él.*

—¿Don Filemón Carranza? *¿Y por qué no me encaraste en el camino, cerca de las casas?*

—*Me mandaron que lo hable a usté en la viia y pa' no serle molestoso* . . .

El sacerdote no sabía si reír o darle un chirlo, pensando en sus punzantes callos y en el sufrimiento que significaba hacer el camino a la inversa.

—Paciencia, compañero malacara . . . Vamos hacia don Filemón, *que poco ha de confesar porque tiene el alma más limpia que plato lamido por los perros.*

Anochecía cuando avistaron la vivienda de Carranza, donde se movían varias personas ante una habitación.

—¿Qué anda ocurriendo? —preguntó el chico con voz estrangulada.

—Raro es . . . —respondióle, espoleando al mulo.

Ocurría algo, efectivamente, pues en forma inesperada el anciano se sintió morir.

En la penumbrosa cámara de adobe y paja, el oscilante candil movía fantasmas en las paredes cubiertas de cal que en algunos sitios caía descascarando el muro. En la cuja de palo y tientos, el enfermo se resignaba a "cortarse" sin la ayuda espiritual del querido sacerdote, cuya voz le hizo abrir los ojos.

—¿Qué tal ese ánimo, don Filemón?

Con premura realizóse el acto y luego dijo opacamente:

—Agora, sí, me corto en paz . . .

Nicanor, su esposa y los cuatro pequeños se apelotonaron en un rincón, hasta donde lo permitía la soga esquinera[77] cabalgada por las pilchas[78] del muerto.

De inmediato se pusieron a ordenar el velatorio. Cuatro velas encendidas y un cuero de novillo esperaban el cadáver lavado y con prendas de dominguear.

Después quitaron la soga y al punto el sacerdote desgranó un rosario, el primero, cumplido entre sollozos y con unción sensacional, escena que se repetiría cada hora, mientras durara la velación.

La faz del yacente era una máscara tragicómica, con dos monedas de plata sobre los ojos que querían abrirse

[77] Maroma para guardar prendas personales.
[78] Prendas, personales.

y un pañuelo atado para cerrarle la boca, hasta que se produjera el enfriamiento de los músculos relajados en la muerte. La prisa, o el temor a las cosas de trasmundo, hicieron que el paño cubriera más una parte de la cara, trayendo a los testigos la presencia escalofriante de don Filemón padeciendo en vida dolor de muelas.

Nicanor y su primogénito cabalgaron en opuestas direcciones para dar cuenta a los vecinos; éstos, a su vez, llevarían la noticia a mayor distancia.

Mucha gente asistió con su aporte de cirios caseros, algunos colaboraban llevando café y otros bebidas de aquel tiempo y lugar.

Pese a su necesidad de reposo, el cura decidió no apartarse de su viejo amigo hasta que éste fuera inhumado. Su actividad ha sido continua, en el rezo de los rosarios, el consuelo a los familiares y el reparto de cordialidad a todos los asistentes. Un momento se detuvo ante quienes escuchaban a un tal Juan Lumera, despojado de la cabalgadura que dejara en el palenque[79] de la pulpería. Tratábase de un hombre que se presentaba de tanto en tanto en la zona, sin que nadie supiera qué buscaba, ni de qué vivía. Lo cierto es que, aquella noche, se mostró receloso al verse observado por el padre Gabriel.

—Te daré una mula rosilla que tengo en Tránsito, Juan Lumera —ofreció el sacerdote.

Sobre angarillas cuyas manceras se disputaban los acompañantes, conducían a don Filemón Carranza dentro de la piel de novillo cosida en torno a su cuerpo.

Encabezaban el cortejo el cura y los parientes. Después iban los demás, todos a pie en homenaje póstumo. Caballos y mulas ensilladas, eran conducidos en último término por quienes ya comenzaban a enfrentar la vida cruda de sus mayores, llevando cada uno varios caballos asidos de las riendas.

Como algunos voluntarios tenían ya la fosa preparada en el reducido camposanto montañés, tras las oraciones

[79] Lugar donde se atan las bestias.

bajaron al difunto al tajo abierto en el piso, que pronto se llenó de tierra, la tierra blanda que aquella misma noche cavarían los peludos[80] para compartir el trabajo de los gusanos...

Luego de despedirse del acompañamiento Juan Lumera y el cura siguieron sendas abajo, hacia la villa. A poco andar, en un sitio sombreado, invitó el sacerdote.

—Dejemos que resuellen las bestias.

El párroco ató su malacara y el otro un caballito maceta[81], que le prestaron, y dispusiéronse a pitar.

—Decime qué andás haciendo por estos lugares, Ceferino Castro. —Sorpresivamente habló el cura, destacando mucho la pronunciación del nombre de quien se hacía pasar por Juan Lumera. Y éste, Ceferino Castro ahora, echóse atrás buscando sitio para desenfundar armas—. ¿Tenés la cola de paja?

—¿Usté me conoce? —preguntó el sorprendido echando mano a la cintura.

—Te vi en Ámbul y también en Panaholma. Allá y aquí, para todos serás Juan Lumera, pero yo sé que sos Castro, montonero de Guayana, al que servís oyendo qué se platica de él. También estudiás los lugares, preparando algún posible atraco... —El forajido se mostraba como puma dispuesto a saltar sobre la presa—. ¿Pensás atacarme, muchacho? Te advierto que estoy bien armado, ah? —Habló entrecerrando los ojos, tan acechante él como el secuaz de Guayana.

—¡Me ieva al pueblo pa' entregarme! —gritó el hombre, empuñando su daga caronera—. Usté es un cura y por respeto no lo vo'a matar asín. ¡Pero iá que tiene armas, peliemos!

—Te tomo el envite —replicaba parsimoniosamente—, pero te hago saber que mi arma no corta, ni pincha, mas castiga sin piedad a los malvados.

—¡Sáquela, pues! —El montonero ordenaba deseando dar fin al asunto.

[80] Armadillos.
[81] Caballo viejo, de rodillas nudosas.

En otro caso, ante un civil y frente a la policía también, hubiera agredido sin vacilaciones, madrugando en la acción en defansa de su libertad, pero veíase frente a una sotana, investidura que era motivo del "respeuto" que él dijera.

—Pues... ¡Atajate! Mi arma está en una cruz.

Tironeado por el cordón, el crucifijo aparecía en la abrochadura del hábito y, con pulso firme, el párroco lo colocó a la altura de los ojos del hombre cuya ley era obedecer al temido jefe que actuaba amojonando su ruta con saqueos y también con crímenes, cuando las circunstancias obligaron a matar.

Castro se sintió sacudido ante la inesperada presencia del arma esgrimida por el cura, quien prosiguió diciéndole:

—Ésta es mi arma! Te recuerdo que ella puso la horquilla en las manos peludas del diablo, para que ensartara a los perversos. *Vos pensaste en matarme, Castro. Date el gusto, pues. Éste* —referíase al Crucificado— *murió por salvar al hombre.* Yo valgo muy poco y si me matás nada se pierde. Sólo me da pena saber que Jesucristo murió en un cerro de piedras peladas y yo, en cambio, he de morir en mi suelo, en este fresquito guaico[82] de algarrobos y chañares.

—'tá bien, señor... —replicó Castro con los ojos fijos en el suelo, levantando luego la cabeza para preguntar—: ¿Para qué me ofertó la mulita?

—Mi oferta es grano de otro costal. La mula es ya de tu pertenencia. Pero vos me harás un favor de esos que se agradecen muy mucho, con el cual podrían ganar el cielo... El favor es éste: tengo que hablar con Guayama.

—¿Qué hai dicho? —El temor a una celada lo obliga a retroceder nuevamente

—No te apuro para que me apersones a él. Un año, dos, no le hace. Decile que yo te lo pedí con el corazón puesto en la cruz y que sólo Éste será nuestro testigo.

[82] Quiebra del terreno, quebrada.

Todos los senderos traían gente dispuesta a reunirse en la plaza y el atrio hasta la hora de la misa, tiroteándose con saludos y comentarios. Muerte o extravío de un caballo, el abuelo "atrasao de salú", una piel perdida por el carbunclo, promisorias cosechas o lamentos porque "ni pa' cuándo iba a iover", comadres tijereteando, jóvenes que se buscan con vistas al altar, provisión de quesos, cereales y charquizapallo[83], una telita donosa comprada al ambulante[84], estropicios del puma en las majadas o superación de éstas por nacimiento de tantos cabritos, acequias anuladas o desperfectos en las respectivas tomas, trueque de animales, todo era remanido allí.

Pero preferentemente se conjugaban reacciones, bondad, chistes, penitencias y milagros del cura. En un corro del que formaban parte Andrés y su esposa afincados en San Lorenzo, ya se habló de la facultad milagrera del párroco.

—¿Así que halló su prenda bendita, comadre?

—Milagro fué del señor Gabriel. Fíjese que pasaba el tiempo y mi anillo sin aparecer. El domingo hice una manda[85] al señor Gabriel luego de la misa, para que por amor de Dios me la hiciera encontrar. "Vos hallarás tu alianza, María", me ha respondido él. Volví a las casas, segura de dar con ella y ahí fué que hice lo que nunca: barrer el patio en día domingo, no porque creyera toparla en aquel suelo, pero sí *pensando lo que el señor cura me dijo: "Hallarás tu alianza, María" Al correr de la pichana*[86] *vi un redondel marcao en el piso. Entonces escarbé un poco y el milagro quedó hecho. Allí estaba la prenda que alguno había enterrao al pisarla. ¡Y no hacían ni tres horas que ió le hiciera la manda al señor Gabriel!*

[83] Zapallo deshidratado.
[84] Vendedor ambulante, mercachifle.
[85] Ruego y promesa.
[86] Escoba ranchera de ramas, carqueja, etc.

Pesaba el hecho en aquellas almas simples, sumiéndolas en silenciosa meditación.

—Es curita milagroso el señor Gabriel —corroboró después un paisano—. Y de no, vea lo que le pasó a Andrés, doña María.

—Pero eso jué más grande —afirmó el aludido.

Los hijitos de aquel matrimonio solían potrear en *el campo en compañía de una criatura retardada, hija de una peona y cierto día la pequeña desapareció, decían, como por arte de brujería. Infructuosa había sido la movilización general en la búsqueda. Pasados tres días de inútiles rastreos, movido por la solidaridad y también porque el extravío se produjo cuando la niña acompañaba a sus hijos, don Andrés, hombre pundonoroso y muy creyente, acudió al párroco. "Buscala, que serás vos quien encuentre esa criatura, para ponerla en suelo bendito si es que Dios la tiene ya a su vera, Andrés."*

—Y fíjense que esa mesma tarde vi llegar de la costa mis tres perros con muestras de haber comido mucho. Verlos y sospechar fué una sola cosa. El señor Gabriel me mandó que la buscara y pensando en eso fuí al río, donde divisé que abajaban los cuervos. ¡Y quieren creer que allí mesmo, entre los churquis, los pajarracos se estaban dando una fiesta con los restos de la inocente?

Más que el crudo relato, impuso respetuoso silencio el abismo abierto por la resaturación abstracta surgida del hecho en sí, originado por quien, convirtiéndose en nexo de toda la comunidad, los aglutinaba en torno suyo.

Y era evidente que los feligreses no acusaban el peso de una imposición ritual al asistir a misa. Hasta los menos fervorosos mostrábanse complacidos en escuchar al cura que, desde el púlpito, les daba tema para llenar de comentarios los días, hasta la realización del siguiente rito dominical.

Los sermones o pláticas, del párroco, no caían en saco roto y los boliches estaban poco frecuentados en Tránsito donde *el licor no era negocio.* Algún feligrés solía ser reprendido desde el púlpito y afrontaba un reproche que,

impuesto por otro que no fuera aquel párroco, tendría carácter de picota humillante.

La pequeña iglesia colmaba toda su capacidad. Allí los parroquianos *oían pláticas plagadas de pintorescas alusiones, comprensivas y hondas, que nunca fueron oraciones de púlpito, sino charlas sencillas y chispeantes que atraían al auditorio y producían, casi insensiblemente, el efecto buscado.*

Aquel día el padre Gabriel habló deseando explicar *cómo se entendía lo del arrepentimiento y el dolor en la confesión* Para lograrlo tuvo que recurrir a una fábula propia de aquel medio. *Imagínense, un sacerdote confesando y que había uno que se apresuraba y que movía la cola, empujando a todos y que al fin se hincó para confesarse. Como decía que era león y se culpara de comer cabritos, el cura lo apuraba mucho y lo sermoneaba. Al fin el león le dice que se aligere ya y termine porque lleva prisa. El padre entonces lo increpa: "¿Pero qué prisa te lleva?", contestando él: "Pues que declina ya el sol y a duras penas alcanzaré fuera del corral al rebaño". Con lo que el padre le dió una patada diciéndole: "¡Andate al diablo, que no llevás dolor ni propósito de enmienda!" Con lo que el pícaro puma salió de allí carpiendo la tierra. Aquél buscaba el perdón de sus pecados, como si así tuviera campo libre para la libertad de pecar y se fué al monte con cara fiera,* más fiera, les puedo asegurar, que esta que Dios me ha dado a mí.

Un coro de risas saludó la ocurrencia del cura, quien buscaba eso mismo, disponiendo los ánimos para el importante tema que plantearía después.

Antes de iniciarlo miró con desconfianza a Roldán, como siempre, ubicado cerca de la pila. En ese momento, el zorro dedicaba toda su atención a un hombre de barba roja que oía respetuosamente al orador.

—Bueno, hijos míos: vamos a platicar de los goces que nos damos haciendo obras para nosotros. A esta iglesia le faltan cosas chicas, el arreglo del camino marcha a todo

correr, como la escuelita de Panaholma. Los de Las Rosas siguen trabajando en la capilla y todo lo que iniciamos anda a pedir de boca. Pero soy un pastor que piensa en su majada. ¿No les parece bárbaro que las pobrecitas mujeres tengan que sacrificarse en la marcha a Córdoba, cuando nos vamos a los Ejercicios? Los hombres nacimos duros. Sé que los amigos que me escuchan no le hacen ascos al dolor, aunque nos vengan chuceando[87]. Tengo un malacara, valga la comparación, que hace veinte leguas y ni afloja en su andar. Pero cuando yo monté la mulita rosilla, ella sí se me entregaba pronto porque era de escaso aguante. Ahora quiero hacerles una pregunta. ¡Agarrensé, porque el asunto es grande tupido! ¿Qué les parece si nosotros tuviéramos nuestra propia casa de Ejercicios en Tránsito?

Un murmullo y exclamaciones de asombro llenaron el ámbito. Proyectos de tal magnitud eran superiores a la mentalidad ambiente.

El cura vió entonces que allá movía la cabeza Roldán en tanto se rascaba la porra greñuda y, sin dejar de mirarlo, prosiguió:

—De tiempo atrás sueño con esa obra y en cada sueño *un ángel se me aparece diciéndome que es preciso hacerla.*

Guardó silencio dando lugar a que el auditorio se metiera más en sus intenciones. En tanto, observaba la actitud de Roldán, quien aparentaba estar tranquilo mirando al extranjero de la barba roja.

—Sí, pues. De un ángel vino la idea, porque él quiere ver al demonio bien fregado. Y si se trata de fregar al diablo,, hijos míos, ¿quién de nosotros recula? ¡Nadie! Para llevar al diablo como chancho al río, le obedecemos al ángel y levantamos aquí la mejor casa de la provincia y, si se nos pone, la más chura y grande del país. Entonces será la alegría nuestra si no tenemos que ir a la ciudad en los fatigosos cruces de Achala. Y grande será el orgullo de ver que a Tránsito vengan con sus pilchas hasta los ejercitantes de San Luis y La Rioja.

[87] Aguijando, lanceando, picaneando.

Hizo una pausa estudiando al auditorio, e inesperadamente se levantó la voz de Gervasio Roldán:

—Oiga, padre: ¿es cierto que el ángel se lo dijo... o es otro bolazo como aquel de la pelota que usté echó al río con la mujer adentro? Diga las cosas derecho y...

—¡Cállate, Roldán! —gritó el cura, interrumpiéndolo.

Las palabras del protestador quitaban eficacia a las suyas, cuando exponía a los feligreses su proyecto más audaz. El inadaptado que en otras situaciones lo divertía con agudas réplicas, ahora se alzaba como amenazante obstáculo. Por eso, aunque le doliera, no lo dejó con la última palabra, comprendiendo que únicamente recurriendo al sarcasmo lo silenciaría.

—Hijos míos: Roldán es un buen cristiano, pero nada le acomoda, aunque le acomode de verdad... Se parece a los bueyes del cuento. *Dios hizo al hombre conductor, o amo, de los bueyes. Si algún buey se muestra remiso o mañero en el tirar, el hombre lo aguijonea. El mirar de corregir al animal no es por odio, sino para que se mejore. Y cuando, ya cansado, el hombre lo larga por cerros y quebradas, aunque parece que gusta el bruto de pacer a su antojo, halla en esa libertad su propia ruina. Cae, por ese camino, en las garras de los leones fieros.* Ahora el buey parece ser Roldán y lo van a comer los pumas...

—¡Ió no soy güey! —protestó el aludido, procurando cubrir las risas levantadas por el cura y éste al punto le respondió:

—No serás buey, pero no hay duda de que por lo ladino y terco sos una cruza de zorro y cascarudo.

Una carcajada general coronó las palabras del párroco que así recuperaba el terreno perdido.

Los ojos zorrunos fulguraban junto a la pila, dando la impresión de acercarse más al nacimiento de la nariz. Su puño parecía menear el acero y antes de que replicara le pidió bondadosamente el cura:

—Estoy hablando de un asunto muy serio, Roldán. Oíme ahora y después me protestás hasta que se apaguen los candiles. Te lo suplico.

—¡No moleste al señor sacerdote! —díjole al zorro el hombre de pelambre colorado.

A Gervasio Roldán le había infundido respeto aquel parroqiano, pero sintió deseos de descargar en él el bochorno recibido desde el púlpito.

—Las pelotas que dijo el zorro no las hago yo, pues todos las echamos al agua para cruzar el río en busca de nuestros careceres. Y las pechamos todos, hasta las chupinas que aquí no se gastan en chismes, pues ya saben que *esas mujeres lengua larga, que acuchillan al prójimo, aunque recen irán al infierno con enaguas y todo.* Aquí las mujeres pechan el trabajo a la par nuestra. Ya las vimos a todas, con doña Aída a la cabeza, hombreando ladrillos y cal desde los hornos hasta la obra. ¡Si hasta los niños hicieron lo suyo! Escuchen un caso: Oíme, Sosa: ¿qué fe de edá tiene tu hijo menor?

—Dos años, padre —respondió el aludido.

—Pues bien: ese muchachito de Sosa, me trajo al corazón la certeza de que los sueños que pastoreo para mejorar nuestra vida, eran más comprendidos que nunca. Ahora verán: estaba yo ahí afuera, mirando la pared de la sacristía que pensamos revocar mañana y el lindo cachorro de Sosa llegó a mi lado con sus patas chuecas[88], para mostrarme sus puñitos apretados. "¿Qué traes ahí?", le pregunté. "Alena", me respondió abriendo las manos para dejar caer su contribución sobre la arena que allí había. ¡Él también colaboraba y lo hacía espontáneamente! Ya saben que soy fácil a las lágrimas y para ¿qué les voy a negar que lloré abrazándolo?

Nueva congoja apretó la garganta del cura, motivando un suspenso. Todos buscaban las pupilas de su vecino, empañadas, algunas y otras con grifos abiertos por la honda emoción del tonsurado.

—¡Caray, que tu niño me aflojó otra vez la jareta! —dijo, haciendo por recuperarse—. Ya lo ven, hijos míos, que hasta los mocosos nos comprenden, alentándonos, casi mandándonos iniciar pronto la casa de Ejercicios.

[88] Combadas.

Recular y no hacer la obra es decir que somos incapaces. Y no lo somos, ¡qué carachol, pues ya dimos prueba de que nos andan sobrando cuero y pecho para encarar las empresas justas, por bravas que sean —Un murmullo aprobatorio le dió mayor brío—. Y no nos dirán que trabajamos por nuestra religión solamente, pues más que en tales obras sudamos en muchísimas otras, buscando la dicha de vivir, aunque séa ajustadamente. Por eso trabajamos.

Una pausa dilató la incondicional espectación.

—Demasiado sabemos qúe no se puede creer en promesas de los que jamás van a venir a resolvernos nada. Nuestro orgullo es saber que tenemos fuerza y coraje para luchar y no somos tan opas[89] que nos quedemos parados en el tremedal, esperando vengan a darnos ayuda. —Y dando caluroso volumen a su voz dijo—: ¡Qué vamos a ser sonsos, si nacimos cordobeses y chucanos[90] puros y sin mengua, que tanto! Por eso aprendimos a gritar: ¡viva nuestra tierra!

Levantóse la aprobación general, coronada por algún grito mozo, guturado y vibrante. La potente clarinada del zorro Roldán estremeció al hombre barbudo.

—¿No les parece, hijos míos? —preguntaba aprovechando el acierto de su golpe efectivista—. La Providencia nos brinda sus favores y no puso entre nosotros un Judas que nos vendiera. ¿Alguno de ustedes se siente Judas, caballeros? —Un silencio—. ¿Quién va a obrar como Judas? ¡Nadie! Ustedes saben que Judas era traidor, un apóstol vil que vendió a Jesús por treinta dineros; Judas tenía nariz de pico de carancho y barba como la del choclo[91] y dicen que su postura mansa y dulce era el cobertor de la maldad que llevaba encima. Entre los apóstoles de Cristo, él fué como el león que se agacha en el churcal para echarse sobre la presa inocente. —Roldán vió entonces que el retrato hecho por el cura se asemejaba mucho

[89] Tontos.
[90] De la alta serranía.
[91] Mazorca de maíz tierno.

a su vecino ocasional—. ¡Líbrenos Dios de todos los Judas que hay en la tierra, que así como vendió a Cristo, él vendería hasta a su propia madre! Para él valía más la platita que la paz de su conciencia. *¡Como les cuento era Judas! ¡Ése es Judas, el que vendió a Jesús! Ése es Judas!* —Remató la oración con fogosidad, creando una pausa tensa.

Pero aquel silencio fué roto intempestivamente por el chasquido de una bofetada.

Roldán había castigado al de la barba roja, creyendo que era el propio Judas.

Y menos mal que acostumbraba entrar a la iglesia despojándose del cuchillo...

15

El párroco, su ayudante y algunos asistentes a la memorable misa, salieron al camino para despedir al doctor Ramón que, tras su estadía en Tránsito, regresaba a la capital de la provincia. Poste y Moyano recibieron al cura en la casa parroquial, aquél con la correspondencia y éste con el balance firmado en Córdoba.

—Padre Gabriel, ahí llegó Andrés —díjole Moyano.

—Traerá los patacones rendidos por la tropa confiada a su honor. Recibí esa plata y decile que la otra luna venga preparado para un gran arreo.

—¿Y qué va a arrear, si no quedan más animales?

—Supongo que no les daré los conejos que nos llenan el patio de bocas —respondió vivamente, mirando luego a los feligreses que estaban allí aún.

—El padre se cree que con una patada en el suelo brotan vacas, mulas y chivas —comentó Poste, agregando después—: Como si no hubiera hecho mucho, se busca complicaciones.

—¡No me amolés, que hay bastante ya con la contra del Zorro!

El sacristán abrió la boca fruncida para pintar, como siempre que se atufaba, una O con los labios.

—¡Mirenló! Sólo le falta la lechuza en el copete —comentó el cura riendo.

El abochornado sacristán dispúsose a retirarse luego de entregar la correspondencia.

—Vení acá, muchacho, y no te enojes por una broma. Sos un gran compañero, Poste. Y lo sos en las buenas, en las regulares y en las peores, que para nosotros son las más. Yo te estoy muy agradecido . . . —El enojo del servidor se derretía en aquel reconocimiento—. Habrá arreo, Postecito, porque saldré a limosnear duro y sin pausa. Y vos, ¿qué esperás, Moyano? Atendé al tropero, pues.

—Quería mostrarle a usted las cuentas visadas en Córdoba. —Hablaba con acento sobresaltado.

—¿Qué te pasa con esos números?

—Mejor se lo dijo luego, cuando se retiren los señores.

—La plata pertenece a todos y aquí ponemos los trapos al sol y sin componendas. ¿Qué sucede?

—Las cuentas no andan justas . . .

—¿Cuánto te falta? —apresuróse a preguntar.

—No me falta ni una monedita . . . , pero resulta que *me vienen sobrando cien pesos. En Córdoba hallaron cien pesos de más y no sé cómo asentarlos . . .* Son cien fuertes los que sobran.

La respuesta llenó de perplejidad a los paisanos presentes, como si les hubieran planteado un problema sin solución.

—Pues hay que darles entrada. —Pensando, sonreía con expresión traviesa—. ¡Lo voy a fregar al Zorro! Poné las cien monedas de plata sobrantes como donación de Roldán. Y ahora atendé al tropero.

Los feligreses soltaron su risa a la ocurrencia del párroco y éste, para disimular el gozo, se puso a abrir sobres.

—Hay una carta de mi querido profesor del Seminario de Loreto y padrino de altar, doctor Castellano. —Leía el envío con intensa amargura.

—¿Qué ocurre, padre? —inquirió, acercándose, el solidario Poste.

—De verdad que me ha fregado... Quiero y respeto muy mucho al doctor y duele que me reprenda como a un chico. —Meditó un instante—. Ocurre que... Ustedes no habrán olvidado aquella mujer flacona y alta que usaba un cristal para mejor ver.

—Era como el tuerto Simón, con su ojo 'e vigrio siempre quieto mientras revoleaba el otro pa' todos laos.

—Justo, don Narváez. Cuando estuvo aquí me amoló ella y creo que por fregarla me cobré de más... Pues esa señora se fué a quejar al Vicario. Está visto que la muy urraca habló lo pasado y otro poco lo inventó por su cuenta, hasta llenarle las alforjas a mi padrino, que en esta carta me pide más moderación en mis sermones. Ustedes son hijos de mi tierra; ustedes platican como se platica acá, como yo, que soy serrano y no tengo desdoro en decirlo. Pues bien: ahora *deseo saber si con mis palabras tomadas del uso familiar no les gustan más mis sermones.* ¿Tiene razón la urraca o la tengo yo? *¿Les parece que debo seguir como hasta ahora?*

Por aclamación se decidieron por la afirmativa.

Mientras Poste, aunque a regañadientes, ensillaba el mulo, el párroco dió las últimas instrucciones al teniente, recomendándole que aunque se curta las nalgas cabalgando atienda los pedidos de confesión, como el que acababan de recibir momentos antes. Disponiéndose a salir a limosnear, ordenó a su segundo:

—Tratámela bien a esa viejita y *dale esta plata, que ella tiene más necesidad de ayuda que de confesión.*

Antes de pintar el sol, jineteando su macho malacara metióse en la sierra en busca de mucho óbolo, como lo exigía la nueva obra a iniciarse: la Casa de Ejercicios.

La ruta que pisaba era una *senda de rocas y malezas que él decidió hacer transitable para carros y coches en*

varios kilómetros, desde Tránsito a la salida de las pampas de Pocho.

Cubría parte de la obra, recientemente cumplida. Más allá, uno de los trabajadores gratuitos le comunicó que el dueño de la finca, ubicada al frente, quería conocerlo. Recapacitó un instante y allá fué. De inmediato lo condujeron al interior de la casa.

—Dispense si lo interrumpo con la música que le traigo, señor doctor.

—Al contrario, padre. Me proporciona usted una gran alegría, pues deseaba verle. Siéntese, señor.

—Agradezco, pero me quedaré de punta. De tanto jinetear leguas se me hicieron dos callos en . . . ese sitio, que me tienen a mal traer.

—Como usted guste, padre.

—A menudo pasé por esta senda y sólo he visto a sus servidores.

—Adquirí la finca hace casi un año y poco estoy en ella cada vez que vengo.

—¿Y qué le parece este paraje?

—Maravilloso, hasta el punto de obligarme a poner todo en condiciones para, dentro del plazo que marquen mis actividades, vivir en este paraíso en primavera y verano con mi familia.

—Lindo es oírlo, doctor. Me dicen que usted es médico, ¿ah?

—Médico cirujano, pero mi título es español. Vine llamado por un hermano mío, que está aquí cerca, en Chancani y me dediqué a los negocios. En verdad, todo me ha ido tan bien y tanto exigió de mis cuidados, que no he tenido tiempo para revalidar.

—Hagaló, doctor, que nos anda faltando quien mate más pronto a la gente . . . —La noble sonrisa del cura se duplicó en el hispano.

—Pues ya me estoy poniendo en condiciones para lograrlo.

—¡Macanudo! Así tendré a tiro quien me corte estos callos, que son como dos tizones metidos en las nalgas.

Pero antes de proseguir: despache los papeles que escribía y más luego platicamos.

—Más tarde será; pues me dirijo a un amigo inspector de enseñanza, pidiéndole que reponga en su puesto de educacionista, en la escuelita de Chancani, al hermano mío que le cité.

—Tráigalo acá, pues, que lo ocuparemos.

—Le ofrecí que se alojara en esta finca, pero dijo que está muy arraigado, con más de dos décadas de vida en esta serranía. Parece que por razones políticas lo dejaron cesante y procuraré que lo repongan. Al mismo tiempo le ruego al amigo inspector que ubique a mi sobrina, hija del susodicho hermano, en una vacancia de la escuelita de La Ciénaga.

—¿Y usted se lo pide a un simple inspector? *¡Para estas cosas hay que ir a la cabeza, pues!*

—Lo sé; pero motivos de arraigo no me permiten hacerlo.

—Pues yo, humilde párroco, le daré una pechadita, si me la acepta.

—Encantado y agradecido, señor.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Manuel Maya y mi sobrina es Justa Maya.

—Hagalé al presidente del Consejo de Educación este telegrama con mi firma al pie... ¡Ah!, le advierto que uso una manera especial tratándome con los copetudos que se divierten conmigo y por eso no se niegan. Escriba, doctor: *Antes de morir, haga como la langosta: ponga un huevo y que ese huevo sea la reposición de don Manuel Maya en la escuela de Chancani.*

—Curiosa es su manera, padre.

—Es un certero abuso de confianza. Yo los hago reír y ellos me pagan dándome el gusto. Esa es la verdad. Ponga otro telegrama al ingeniero Ferreyra: *Le ruego nombre a Justa Maya en la escuela de La Ciénaga. Puesto vacante. Haga pupo*[92].

—¿Pupo, dice, señor?

[92] Ombligo, bollo.

—Pupo es un bollito dulce que se hace para los menores cuando se hornea el pan y pupo se le dice al ombligo también. Pero este pupo que va en el telegrama es el que se forma cuando se forcejea. ¿Usted no vió que cuando hace fuerza la bestia se hincha bajo la cola formando una especie de bollo? Pues ése es el pupo y la ocurrencia que festejará el ingeniero a costa de un puesto para Justa Maya.

—¡Admirable dialéctica! ¡Con razón se habla tanto del padre Gabriel!

—Cuando no tiene nada que hacer, la gente critica.

—Le cantan loas y las creo muy merecidas.

—Le ruego, doctor . . . —díjole, interrumpiendo—. Acostumbro no aceptar el halago, porque es negativo.

—Bien, padre. Hablemos entonces de este camino que están logrando. ¿Es obra gubernamental?

—¡No, señor! Lo hacemos casero nomás y entre todos, con la limosna que se pide a los que algo tienen; los pobres dan su trabajo o ambas cosas a la vez.

—¿Es obra exclusiva de vecindario? —Asombrábase más el español, que ya estaba al tanto de muchas realizaciones del cura.

—Sí, doctor: sin ayuda del gobierno. Y a usted le viene como pintado, este camino. ¿No pensó en cuánto valoriza sus tierras?

Una sorpresiva reacción vióse en Maya.

—Soy vasco, padre y siempre digo lo que siento, aún a costa de perjudicarme. Es verdad; me favorece muchísimo y estoy obligado a colaborar. Indíqueme cuánto dinero he de darle.

—¡Lindo es oír platicar así! —exclamó jubilosamente—. El aporte, si mucho hay que hacer, es elástico. Por ahora *acepto cincuenta pesos.*

—Concedido.

—Pero hay más: le anuncio que vine dispuesto a trastornar un poco su vida en bien de la obra común. Defiéndase, pues.

—Se ve que usted no pierde la ocasión de ir derecho al grano.

—Es mi modo: derecho siempre, pues cuando la senda es recta se divisa más camino. Pero este no será un pedido de plata contante. Es preciso apresurar la terminación de la ruta. Aquí, frente a sus tierras, tenemos varios zanjones que llevarán mucho tiempo para taparlos con tierra y piedra. ¿Usted se haría cargo de ese trabajo?

—Justo será que lo haga. Voy a contratar gente.

—La tierra es como el hijo, doctor, que más se quiere cuando ha hecho sufrir. Perdóneme si lo cargo mucho, pero para que sienta más gusto en la obra realizada haciéndola hondamente suya . . . *¿no se animaría a arrocinarse en las manceras de una carretilla y en la pala y el pico?*

Desconcertado por aquel pedido, el hombre no sabía qué hacer y menos aún cómo negarse.

—Si le parece, yo vendré a trabajar a su lado, doctor —agregó, dulcificando su voz—. Así verá que este pedido de un sacerdote con mucha fe y lindos sueños humanos, nace en el corazón.

—Voy comprendiendo el por qué de su éxito extraordinario. Sí, señor. Trabajaré hasta donde alcancen mis escasas fuerzas.

—Vea, doctor —emocionábase el cura—: Su trabajo poco rendirá en lo material, pero en lo espiritual tiene el valor de una rúbrica de comprensión, de ejemplo para todos y también de fraternidad entre hombres que la riqueza ha separado. El camino lo ayuda a usted, pero usted nos retribuye fortaleciéndonos a todos con su colaboración. Se lo reconozco de rodillas . . .

En aquel momento espectacular el médico vasco, devoto de Cervantes, tuvo ante sí, en conjunción prodigiosa, los sueños locos de Alonso Quijano y el realismo del telúrico Panza.

16

Iba apoyándose en un muslo. El macho paraba las orejas al avanzar entre chañares y espinillos y el cura sos-

pechó que tal actitud anticipaba un peligro sólo captado por la poderosa intuición de los mulares, pero el tren voluntarioso de la marcha sugería todo lo contrario, pues *comenzó a retozar a punto que casi da por tierra con el jinete. El párroco supo entonces que corría a juntarse con su tropilla, aquella de la cual había salido. Dióse cuenta que iba camino de la anterior querencia. Dejó que lo llevara y al trote apresurado fué a parar hasta el mismo patio* de don Egisto Murúa, sorprendido bajo el algarrobo, con su hijito en brazos.

—¿Cómo viene a esta hora, señor Gabriel?

—No vengo, me traen. En cuanto venteó la querencia, este bárbaro mordió el freno disponiéndose a venir. Y si él me traía, porque no me pudo voltear, aquí estoy, como peludo de regalo.

—¡A mi malacara le debo la alegría!

—¿Suyo, dice? Será, cuando lo compre.

Sudorosa y con los cachetes arrebatados por el horno en que se doraba el pan, la chinita Trinidad se hizo presente echándose el pañuelo a la nuca, como quien se descubre para recibir la bendición de rodillas.

—'ción, padrecito.

—Dios los bendiga a los tres. Pero contame cómo la llevás, muchacha. ¿Sos feliz?

—Muy mucho, señor. Únicamente vivo amolestada porque Muruga me tiene al niño alzao y lo malcría peor que agüela.

—¡Este cachorro es mío! —gritó orgullosamente el serrano dichoso, levantando al chiquilín como un estandarte.

—¡Y mío también, qué tanto . . . ! —Trinidad replicaba con ardor.

—Pero no, mujer —intervino el cura—, no tengás alegaciones de boca, que los hechos pueden más. Que lo alce él, si quiere y que lo crea todo suyo. Pero cuando le llegue al crío la hora de mamar como ternero, que es su modo de comer, vos le cerrás la fonda. —Señaló el pecho de la serranita—. Veremos después cómo se las compone este bruto.

—Oiga, padre: creo que usté me iamó bruto.

—¡Jesús! ¿No lo conocés, Egisto? Si el padre tiene una plática chivatera que es una bendición.

—Ajá... Tiene la chivatera y la otra: aquéia que usó pa' hacerme casar. ¡'ta que lo ponía fiero al chuchíio n'el corazón!

—Güeno, a ver si por el hijo se me quema el pan! Le vo' hacer la sastaca[93] con todo y chuchoca[94], como a usté le gusta.

Sin dar tiempo a aceptar o no la invitación, se fué corriendo, ágil como una chiquilina.

—Por lo visto, la guardás livianita todavía...

—Esperemos que éste se haga más grande. Después vendrán otros muchos hijos.

Los ojos de Murúa echaban hilillos de seda, como si hiciera el capullo en torno al hijo. El cura, a su vez, mostrábase muy contento, pues ya sabía lo necesario sobre el destino de Trinidad Gómez de Murúa.

—¿De verdá, lo trajo el malacara, señor?

—Pensaba venir otro día para musiquearle un poco, pues ya sabe que la Casa se hará y es necesario limosnear tupido.

El serrano lo miraba con desconfianza, sospechando una de sus hábiles maniobras, y le preguntó luego:

—Dijo que el malacara lo endilgó, pero a lo mejor es un bolazo como aquel del ángel que le discutió Roldán en la misa.

—¡Tengo que meterle la mano, bien hondo en la bolsa, pero hoy está receloso y sacaré tan poquito que ni vale la pena. Y mientras aquel bicho retoza en su serrallo, dígame si ya marcó a su hijo, pues.

—Vine al rancho con la mordaza que usté me puso en la jeta y aprovechando la ocasión, el hijo me marcó a mí, me puso freno a lo potro y en pelo[95], no'más, me tiene a los azotes.

[93] Chatasca, suculento plato serrano.
[94] Maíz tostado y molido.
[95] Montar en pelo.

El limosnero tonsurado, que saliera de la villa hacia las sierras del oeste, cinco días más tarde regresaba por el norte, todo color bayo y con la huella de tabaco y polvo que le teñía los labios en las dilatadas recorridas. En su andar de decenas de leguas sobre senderos y caminos que su acción mejorara y otros que mejoraría luego, pudo constatar que su decisión de hacer la casa de Ejercicios había cundido sensacionalmente. Tuvo amplio apoyo de los que creían y también de los pesimistas con respecto a la estupenda proporción de la obra proyectada, pues en el fondo de sus conciencias, creyentes y tibios, los lugareños se apoyaban en la inagotable potencia humana que habría de canalizar sus esfuerzos y, como el profesional vasco que se prestara a trabajar en el camino, ellos, aunque no leían el Quijote, se entregaban a un hombre excepcional.

Fruto de esa amalgama de fe, sacrificio y voluntad, el cura regresaba al frente de un grande arreo. Vacas, novillos, caballos, majaditas de ovejas y cabras, un arria de mulas cargando contribuciones (algunas con cal que se usaría en la obra), una fila india de burros leñeros[96] con los ganchos[97] abrazando albardones de leña con destino a la cal y los ladrillos, charqui y fruta seca para los futuros laborantes y otras cosas más que él vendería para obtener dinero.

Infinidad de veces los pobladores habían visto solo *al cura con pequeños arreos, o dirigiendo un carro cargado con el malacara atado a la culata,* pero esta ocasión, la colecta fué asombrosa.

Varios serranitos secundaban empujando la tropa desde atrás en un clima de fiesta, entre dichos, canciones y gritos de arrieros. El cura regresaba sucio, saturado de fatiga y un poco abatido por la forma en que debía cabalgar, ladeándose para buscar apoyo en los muslos, resentidos ya.

[96] Cargadores de leña.

[97] Cuatro horquetas en forma de L en cada animal, para trasportar leña.

En el valle de San Lorenzo, antes de llegar al río vió la vivienda de Roldán y a éste paseando agitadamente. Al llegar el cura, salió al camino con gran preocupación.

—¿Qué te anda ocurriendo? —preguntóle el sacerdote, sospechando que su actitud era secuencia de lo pasado en la misa del domingo anterior.

—Vino la médica comadre, señor —respondía entrecortando el aliento y a media voz.

—Comprendo... Dios ayude a tu gaucha compañera, Roldán.

Éste revoleaba sus ojillos zorrunos que en aquel momento se hacían esquivos, como medrosos. Su mujer estaba por dar a luz y penaba hondamente, pues el último parto había sido muy grave y a duras penas salvaron su vida.

El sacerdote desgranaba un rezo por la parturienta y él se quitó el sombrero, acompañándolo.

Poco después ambos hombres vieron que la puerta se abría para dar paso a la madama[98] criolla con el recién nacido en brazos. Los hombres, el viajero había descabalgado trabajosamente, fueron hacia ella.

—¡Otro machito, Gervasio!

Antes de descubrir la cara del crío, preguntó con ansia incontenible el Zorro:

—¿Y la mujer, cómo la ieva?

—¡Lindo, pues! Hombres crudos[99] que se hacen flojos cuando les pare la china. —La comadre reía al retirarse.

—¡Pues iá descargué mi fardo! —exclamó el rezongón resoplando sonoramente.

—Yo también me descargué, querido hijo, pues tu padecimiento me llegaba al alma.

El Zorro recobró entonces su habitual actitud nerviosa y áspera.

—¡Sos desconfiado como surí[100] tuerto!... Mirá, Rol-

[98] Partera.
[99] Fuertes, curtidos.
[100] Ñandú, avestruz americano.

dán: llevo cinco días de andanza y estoy descayecido. Pero me quedan fuerzas como para preguntarte si te veo amoscado por lo que pasó en la misa. Yo te di duro, aunque me doliera, porque necesitaba convencer a la gente.

—Por eso no le discutí más.

—Y te desahogaste con el alemán barbón...

—Le di el puñete porque usté dijo que era Judas. Mas eso iá pasó y me topa enculao —volvía a accionar blandiendo la daga, adelantando un pie, como en los duelos criollos y diciendo, casi a gritos—: ¡Usté no es quién pa' meterse en mis pertenencias, ¿sabe? ¡Mi platita la manejo ió, qué tanto! ¡No vo'a permitir que usté se meta a dar una cosa que es sólo mía!

El cura se animaba porque se veía ante el fruto de la broma que le hizo, haciéndole aparecer como donante del centenar de pesos que Moyano tenía de más en sus cuentas.

—¿Pero quién se ha metido en tu dinero, Zorro?

—A usté nadie le dió vela pa' que done la platita mía. Plata que no quiero dar. ¡Que no dará nunca!

—¿Y de áhi? —preguntó el sacerdote un poco desconcertado—. ¿Qué me querés decir con eso?

—¡Que ió no dono nada y que usté me va a devolver los cien pesos!

El cansancio del cura se disolvió estentóreamente mientras Roldán se ceñía el cinto y sacaba el pie de la raya.

La pelea había terminado y las pupilas raposas chisporrotearon de gozo porque había devuelto la travesura al párroco.

17

PENSABA dejar el ganado en el campo que don Egisto cediera al Zorro, pero allí abandonó tal idea, para hacer ostentación en la villa de una colecta que causaría asombro y muchos comentarios favorables a sus proyectos. Justificábase diciendo que no había soberbia en lo que

realizaba para sacudir y vencer la incredulidad de los escépticos y estimular a los irresolutos, arreándolos con su ejemplo personal.

Se apostaban en las aceras vivando al cura en el desfile del gran arreo que él encabezaba cabalgando normalmente. El placer del triunfo era más grande que el caliente dolor de los callos y decía al pasar, respondiendo aplausos y vítores: "¡Vamos a levantar nuestra Casa!"

Desde la vivienda parroquial observaban Poste y el Comandante, hombre éste, poseedor de heroica notoriedad, adquirida en la defensa de San Pedro, atacada por los montoneros.

—¡No esperé toparlo tan pronto, Comandante! —saludó el cura, mientras se apeaba.

—Lo vi pasar a usté, con dolor en los cuadriles y decidí aliviarlo.

—Siempre fué generoso amigo el guapo de San Pedro. —Y ordenó al sacristán—: Atendeme el malacara, Poste.

—Usté iba solo y su alma ievando música, como suele decir y regresa con un arreo sin par . . . ¡El guapo es usté, padre!

—Qué va a ser guapo un mulita[101] . . . Pero me interesa saber ahora cómo ha de aliviarme.

—Con la montura usada en mis peleas contra infieles y alzaos. Le resultará más fresquita que el cojiníio. La hice componer un poco y se la traje. —Hablaba sacándola de una bolsa.

—Fijeesé, la ocurrencia . . .

Observaron con atención el regalo, que aún tenía las grandes pistoleras usadas en la época.

—*¿Si nunca ieva armas, qué va a poner en las pistoleras?*

—*¡A los santos! —respondió—.* En adelante taparé estos caminos para gritar: *¡Nadie se me ande alzando! ¡Éstas son mis armas! Y sacaré de las pistoleras estampas, libros de oraciones y medallas.* Mire qué lindo cambio, ¿no? De un estuche de guerrero salen cosas para la paz. —Después agregó exteriorizando íntima satisfacción—: ¡Cuan-

[101] Cobarde como dicho armadillo.

do me vea sobre la montura del comandante, hasta el diablo va a salir a los vientos!

Conducido el arreo por los vecinos y el voluntarioso Comandante, el cura despidió a los muchachos que lo secundaran y se refugió en la casa parroquial, recuperada ya por la partida del veraneante.

Al perder la tensión, que lo sostuviera en pie con desfallecientes energías, llegó lo esperado.

—Tengo los cuadriles como en la parrilla y la calentura me ganó hasta los pelos... Mal llegan los dolores, pues yo necesito andar, ¡caracho!

Sin decir nada al paciente, pues él no aceptaría asistencia inmediata para no entorpecer sus gestiones, el curita ayudante pidió a Poste que galopara hasta la finca del galeno español.

Sábese que el padre Gabriel *no perdía su costumbre de recetar alguna medicina de típica eficacia criolla para la enfermedad que, sospechaba, tenía el enfermo. Claro que eso lo hacía solamente cuando, en medio de la soledad de las sierras, era imposible que concurriera un médico. Sólo tenía fe en los curanderos cuando no había cómo salir del paso de otra manera.*

Acogió gratamente la visita del noble vasco que días antes ganara su estimación. Como iba prevenido, éste anduvo con tacto, para orillar la causa de su presencia hasta el momento oportuno.

—Estoy francamente asombrado, padre y perdone que insista hiriendo su modestia. Nadie ha de conocer jamás el alma de la buena gente de la sierra como usted, que va consiguiendo algo maravilloso: rebasar diques dogmáticos para ir a un cauce natural, meduloso e intensamente humano, que propicia, con la fe en la vida, una especie de nirvana terrenal plácido y sin sombras, donde las almas viven a gusto, aunque esto le parezca hereje por su esencia pagana...

—Vea, doctor... —Intencionadamente interrumpía los elogios—. Hablemos de lo que dijo al principio: construir con la menor suma de dolor.

—Lo dije recordando las palabras de don Tránsito Guzmán, que afirmaba fervorosamente: *"Hombre más bueno no hubo, ni hay, ni habrá. ¡Él nunca hace sufrir, señor!"* y se refería a usted.

—Con la menor suma de dolor . . . —Evadíase otra vez—. Es verdad, aunque no lo alcanzo como quisiera: hacer mucho y que la feligresía pene poco y que no aguante nunca el aparejo de la violencia. A veces me reprocho el cometido de una extorsión haciendo mal uso de la mística del hábito y la cruz para ganar un alma.

—Hay otra fuerza muy personal suya, padre.

—Sólo reconozco las dos que le dije. —Respondió secamente, para silenciarlo y después, venciendo su molestia física, agregó—: Yo necesito ver al hombre en torno mío, no como una cosa sin conciencia, sino como . . . dispense la mala comparación que me brinda este suelo para el caso: lo necesito así, a la manera de los bollos que hace el caballo entero, formando un apretado montón, pero manteniendo su individualidad, puesto que fácilmente se despegan entre sí.

—Muy gráfico el símil. Y vea usted: con respecto a construir sin penas, recuerdo que en España teníamos un fraile confesor y guía espiritual de la familia. Para él todo goce terreno atentaba contra la salvación del alma y nos predisponía a sufrir, sufrir siempre, para salvarnos. A tal punto llegaba su rigorismo que terminó por parecerme absurdo y brutal; se me hizo insoportable.

—El placer de vivir, hasta en los pecados chicos, no se ha de quitar al hombre, que eso es como cortar las alas a los pájaros. Cierto que yo encontré abandonados y muy pobres a éstos y que procuro darles ayuda.

—He oído decir que por ayudarlos se priva usted frecuentemente del pan de todos los días.

—Ocurrencias de la gente fantasiosa.

—Vea, señor: voy a recordar un antiguo suceso que viene al caso: Cuentan que en un lugar de Méjico se mantiene viva a través de las centurias, la huella del pie de un misionero que puso su corazón al servicio de

indígenas torturados por la avidez de los conquistadores. Cuando las huestes de Cortés los llenaban de espanto, él les dió dulzura y comprensión. Y hoy ocurre que si un indio pasa allá, como en un acto religioso mete su pie en la huella dejada por el buen sacerdote, para que así el recuerdo y la gratitud no se apaguen nunca, pese a la marcha de los siglos. Aquel misionero quería devolverle al indio la dicha terrenal que otros le hurtaron por medio de la violencia, o usando esas frases consagradas a propiciar, en los pobres, un resignado renunciamiento a bienes que otros han de aprovechar.

—Los aprovechan los que ensillan . . . como ocurre con los arrieros que ponen el poncho sobre la cabeza de las mulas, para cegarlas cuando les ciñen los aparejos y les atan los pesados líos de productos disponiéndolas para las fatigosas travesías.

Los interrumpió la llegada de Poste con un mozo ocupado en el revoque de la iglesia.

—¿Me da licencia para ir en busca del curandero, padre? A Sosa se le enfermó la viejita y tiene que ir a verla volando.

—¿Es de cuidado, Sosa?

—No lo sé. Mi ñaño[102] vino para ievarme —explicó el serrano.

—Pues *aquí tenés al médico. Hacela ver por él, que será menos bruto que los curanderos de por aquí.*

—Tal vez sea menos bruto . . . , pero recuerde usted que aún no he revalidado.

—No le hace. Aunque soy el verdaderamente bruto entre usted y yo, en estos lugares lo revalida este cura — respondióle con la grandeza cordial que apagaba en sus labios todos los resquemores.

Luego de atender a la enferma, el médico operó los callos. *El cura le rogaba que en el raspaje le sacara hasta las raíces y el cura quedó sangrando; sólo podía ese día estarse hincado o parado.*

[102] Hermano.

Pero hacia el amanecer *el enfermo oyó que Poste discutía con un mozo que fuera con dos caballos para llevarse al cura a confesar. Dióse cuenta que iban a buscarlo y se salió, preguntando lo que había. Callaba el hombre y al fin le dice la verdad: que venía por él para confesar a su madre, enferma cerca de Nono.*

Pese a las desesperadas protestas del curita ayudante y del llorón sacristán, montó el malacara inaugurando la montura del Comandante.

A duras penas pudo cumplir la confesión, pues ya era una piltrafa sangrante y a punto de perder el sentido.

Lo volvieron a Tránsito al día siguiente, boca abajo en el lomo de una yegua, con los pies sujetos a una soga para que se sostuviera en la doble anca del animal.

—¡Fíjeesé que me manearon como a chancho en San Martín! —dijo, deseando barrer con una de sus comunes humoradas, la congoja leída en los semblantes frente a la casa parroquial.

Luego, ya tendido boca abajo en su humilde lecho:

—Me gusta estar antarca[103] en el catre, aguaitando que las estrellas vengan a guiñarme el ojo en la ventana y ahora no veré más que las pulgas saltando en la almohada.

Festejábanse sus ocurrencias, pero la angustia escoplaba rictus inmediatamente en todos los semblantes.

Días antes había decidido un viaje a fin de "dar otra pechadita" a sus grandes proyectos futuros y comprendiendo que no sería posible viajar, el curita tuvo que copiar un telegrama para el amigo de Córdoba destinado a ir con él.

El párroco lo dictó así:

"Aunque no es San Martín, me quisieron degollar, pero lo han hecho al revés. *No viajo a Buenos Aires porque ando chupino.*

[103] Caído, boca arriba.

18

La dolencia del señero padre Gabriel cobró perfiles hiperestesiados y, como a sus más espectaculares hechos, se la comentaba en conjugaciones progresivamente magnificadoras, abonando la notoriedad, el amor y el respeto ganados por aquel sacerdote de eglógicos perfiles medievales en su acción, pero esencialmente humano y progresista en su fondo. Diríase que égloga y medievo actuaban en función de trampolín, lanzando hacia arriba en el tiempo a los feligreses, para regalarles los dones de una vida evolucionada.

Cuando se desvaneció confesando la enferma en las proximidades de Nono, un chasqui galopaba para requerir la presencia de una hermana del cura, educacionista que entonces moraba allá cerca con su señora madre.

Pese al buen empeño de todos, al despertar los obligó a que lo llevaran de vuelta a Tránsito. Así dió origen a que Alba, su hermana, acudiera en su socorro cuando él volvía a la parroquia. Siguió ella adelante y mayúscula ha sido la sorpresa del cura al verla entrar como una exhalación a su cuarto.

—¡Válgame Dios, Alba! ¿Por qué viniste?

—¿Qué querías? ¿Que te dejara morir como un perro?

—¿Y quién habla de morir? —Su rotunda risa acrecentó el estado nervioso de Alba.

Tratábase de una señorita de mediana instrucción, la justa para enseñar las primeras letras en aquellos pueblitos huérfanos de amparo oficial. Decían que era agria y rezongona, aunque lo exacto fuera reconocer, en ella, una moza de fuerte temperamento que gustaba poner todo en su lugar, cuando no a su gusto y conveniencia. Cada vez que el párroco visitaba sus familiares eran muy frecuentes las disputas con Alba, que se enfurecía porque socorría menesterosos. Decíale que el más necesitado era él con su sotana indecente, vieja y remendada.

—Dejame ser como soy, hermana, que no quiero vivir de otra manera. Los trapos son la cáscara del huevo que

todos tiran por inservible. Con ropa vieja, o con lujo de pudiente, yo seré el mismo.

Pero ella no cejaba, apoyándose en su madre, aunque ésta insistía de modo más dulce y usando menos razones, haciéndole sentir ternura maternal y admiración al hijo que era motivo de ardientes encomios en toda la serranía.

Lo cierto fué que la inquebrantable hermana y el amor maternal obraban como maneas en su movedizo sacerdocio. Ellas tenían ante sí al hermano y al hijo, respectivamente, pero él no pertenecía ya, contra todo y pese a todo, más que a la feligresía a cuyo servicio pusiera toda su capacidad de lucha.

—No hagas la noria, hermana y decime cómo está nuestra madre.

—Siempre con algún dolorcito, pero sin importancia, gracias a Dios. —Respondía con aspereza.

—¿Y cómo van los de Nono?

—Don Agenor, el ingeniero, el jefe de...

—Parate, Alba —interrumpió—. Dame noticias de mis pobres. Tengo allá menesterosos que me interesan tupido.

—Es que los que recordé juntaron unos pesos para vos. Aquí los pongo.

—¡No los hubieras tomado! —Protestó.

En momentos en que Alba ponía el dinero en la mesa de luz, entró Moyano.

—¿Cómo está, padre?... —interumpióse, verdaderamente cohibido en presencia de la inesperada visita que le hizo enrojecer hasta las orejas.

—¡Moiano!... —exclamó ella a media voz, colocándose una máscara tan sanguínea como la del recién llegado.

Sin abandonar su posición obligada, el cura levantó un poco el busto para observarlos, dándose cuenta de una situación insospechada. Supo, sí, que siendo muy jóvenes ellos tejían y destejían suspiros, punzándose mutuamente con miraditas amorosas, pero supuso que todo había pasado ya.

Moyano era tímido y Alba, fiel guardadora de prejuicios, mostrábase muy contenida. La situación hizo que

el cura metiera la nariz en la almohada para esconder la risa.

El silencio de la pareja pesaba como un témpano, pero Moyano pudo salir del apuro diciendo:

—Ahí, afuera, quedó don Albino Suárez y quiere platicar con usté, señor.

—¿Qué busca ése? —preguntó, sin obtener respuesta satisfactoria— Bueno, ale, déjenme a solas con él.

A poco de salir la pareja entró Suárez, irritado y quejándose de que el cura habló de él, poniéndolo en la picota.

—Si yo platico de alguien, es con razón y ya sabe que de igual modo lo hago en presencia del interesado. *Pero aunque nunca dije lo que le han dicho, ni lo diré jamás, sí lo he pensado.* Y, ya que lo tengo a tiro va a conocer mi pensamiento y mi disguto con usted. *Le expuso todas sus faltas con tal bondad, que aquel hombre salió de la casa parroquial admirando y queriendo a quien con tan noble franqueza le habló.*

—Oíme, Poste: ¿vos has dado razón a quienes afirman que yo soy casamentero?

El sacristán repasaba, mentalmente, las ceremonias matrimoniales en que había intervenido ayudando al cura; muchas fueron las uniones propiciadas por éste. Pero Poste al mismo tiempo estaba alerta, pues le extrañó la forma en que hizo la pregunta *quien algo se traía bajo el poncho.*

—Desde que llegó mi hermana, como en la cuja no tengo qué hacer, me dió por pensar en los casorios. —El sacristán lo observaba con mayor recelo— Y a las cosas hay que darles pecho, ¡qué caray! Como dice el zorro Roldán: hay que pechar la pelota . . . —La expresión del sacerdote exteriorizaba una traviesa intención que puso sobre ascuas al ingenuo muchacho.— Decime: ¿cómo andás en tus relaciones con la Dorotea?

—¡Oh! . . . —exclamó—. ¡Maliciaba que iba a ser eso! —y sin más se fué al patio para quitarse el sofocón.

—¡Ya lo creo que será! Y esa otra pareja de sonsos, que

se alivia mirándose con ojos de carnero moribundo, también será, ¡qué caracho!

Alba se disponía a regresar a Nono.

—Llevarás un beso a nuestra querida madre —díjole el operado moviéndose con dificultad.

—Y vos, cuidate, Gabriel.

—Sí, hermana, sí... Ahora tomá esto y no rezongues más, por favor.

—¿Qué me das?

—La platita que trajiste. Con ella gano el gusto de estar otra vez allá, en la collera de mis amigos menesterosos. *Hay once sobres con la plata y la lista del almacén. Comprá vos y entregás lo dispuesto para cada uno.*

—¡Es posible que sigas siendo tan estúpido? Te veo enfermo y sin plata para vestirte y también para comer, pues a mamá y a mí nos han dicho que ocasiones pasás hambre, y ahora salís haciendo limosna con una plata que es tuia, de la que tanto carecés.

—Si yo no te hago caso, ¿qué venís a retarme?

Alba leía la lista, hallando que *entre los favorecidos se encontraba el nombre de una persona demasiada aficionada a la bebida. Así lo hizo notar y el cura le respondió airadamente:*

—*¡Pero caray, es un vecino pobre y eso me basta! No se va a chupar*[104] *los fideos!* Además, tiene muchos hijos. ¿O querés condenar al hambre a los cachorros por culpas que son del padre?

Antes de la misa dominguera acudió a sus libros de consulta, pues en la plática quería enardecer a sus oyentes con palabras irrefutables y para lograrlo *se detenía en los "Sermones" del Padre Bridaine y en los "Golpes" del señor Obispo de San Alberto, Obispo diocesano de Córdoba.* De ellos saldría oportunamente el material ajustado a la ocasión, más convincente y efectivo que nunca, para que la feligresía sintiera suyo el motivo fundamental

[104] Beber.

de la plática y tomara parte en ella opinando, aglutinándose en el esfuerzo titánico que les plantearía.

Aunque al doctor Ramón le pareciera un plan absurdo para una zona pobre, él le daría aliento y realidad. Quijote y Sancho en una sola persona, como lo viera el doctor Maya certeramente, tenía mucha fe en su rebaño. Alguna vez recurrió a las artimañas para convencer a los serranos, pero prefería jugarles a cartas descubiertas, propiciando la activa participación tendiendo sobre el tapete sus intenciones en abanico. Únicamente así logró éxitos que, si no dejaran testigos corporizados en sus obras, serían increíbles.

Mientras los libros eran consultados pasaban algunos jinetes y peatones con rumbo a la iglesia; los advertía al proyectar sombra en la ventana. Una de ellas, que venía precisamente del lado de la iglesia, se detuvo, obligándole a levantar la vista.

—¡Con Dios, doctor Maya!

—¡Buenos días! Pero veo que estudia y no he de causarle molestias.

—¡Qué va! Bájese y entre, que aquí no hay perros, ni puertas cerradas.

El hombre agitaba un papel entusiastamente.

—¡Recibí noticias de mi hermano!

—¿Y qué le cuenta don Manuel?

—¡Casi nada! Anularon su cesantía y mi sobrina ya está ubicada.

—¡Carancho, que el amigo del Consejo es una langosta puntual! Yo le pedí que pusiera un huevo antes de morir.

—¿Atribuye usted el resultado al texto del telegrama?

—Ni lo dude, amigo. Para ser entradora, una comunicación pedigüeña ha de tener algo distinto. Si se pide como lo hacen todos, a lo vulgar, los jefes, atorados de ocupaciones, la leen y la ladean; pero si va con un chistecito pechador, la releen, sonríen y dicen, ¡como si los oyera! "Vamos a dar el gusto a este loco" —afirmó riendo, pero repentinamente se puso serio.

—¿Qué le ocurre, señor?

—Le pedí que pusiera un huevo antes de morir y el huevo ya lo puso...

—¿Y bien?

—No sea cosa que el hombre resulte supersticioso y piense que lo vamos a ver antarca, o sea con la punta de los zapatos apuntando las nubes...

A la hora de la plática intentó no olvidar el golpe estudiado en los libros. Actuó despaciosamente y con rara solemnidad mientras oía el rumor espectante del auditorio que se acomodaba en los asientos.

—Los veo harto atenciosos — dijo seriamente— bichando si traigo cara tormentosa, y dirán al verme, que llegó el momento del dulce; del dulce o de los chirlos, o ambas cosas en yunta. Verdad es que debo azotar suavecito alguna ocasión, aunque prefiero mostrarme feliz y reconocido siempre. Ya les conté muchas veces que si me veo obligado a dar una tunda, yo sufría por dos: antes, por la falta que comete quien ganó el castigo y luego, porque me obligan a castigar la gente que amo. Dos penas son, pues, las mías. En cambio el que pecó, de seguro por darse un gusto fuera del corral de lo decente, sólo sufre una vez, cuando lo reprendo; si antes gozó, paga el goce con el castigo y queda a mano. Esto quiere decir que el pecador me lleva una ventaja. Me la lleva... salvo en los casos sin absolución, donde yo lo mande a ver al diablo con sus males en las alforjas y listo para que lo tuesten en el infierno.

El concurso lo escuchaba en un clima de recogimiento. Conocían al orador y sus prolegómenos eran anticipo de alguna novedad de bulto. Ignoraban si alguien, entre ellos, había merecido la condenación eterna, mas ya lo sabrían pronto, pues el párroco llevaba trazas de proseguir con el tema.

Pero al tener el auditorio en suspenso, él cambió para exclamar en una transición festiva:

—¡Caray, que con esto del infierno y todos los diablos uno pierde el rumbo! Ahora recordé que venía decidido

a hablar de otra cosa. Y así como la cartilla tiene su principio en la letra a... —se detuvo, como dudando—. ¿Es que la cartilla empieza con la a? ¡Sí, que me fregué con el olvido! A ver, vos, Ludueña: a la nochecita te voy enseñando a leer y escribir; sacame de dudas.

—Sí, señor; empieza con esa redondita y panzona que tiene la cola p'abajo y a esta mano. —El mozo accionó con el brazo derecho.

Quería generalizar la plática y así comenzaba a lograrlo.

—Pues bien —prosiguió—; la a, sí señores, y lo primero es decirles que ésta es la primera misa que doy desde que... —Iba a decir: "Desde que me achuraron los cuadriles", pero al ver en primera fila al doctor Maya, en compañía del arquitecto don Fidel, cambió de recurso— desde que me operó el doctor allí presente... ése que laderea al amigo arquitecto que nos hizo los planos de la gran casa de Ejercicios que será orgullo de Tránsito. Bien, hijos míos: ése es el doctor que me puso el cuchillo en las nalgas, como se pone el fierro al rojo en la hacienda y me curó como para que pueda domar una tropilla en una sola sentada. Y ya que viene al caso, les voy a decir que es el doctor Maya, vasco él, con un alma buena que va a pegarse para siempre a estas sierras.

Todos observaban el punto indicado y algunos se ponían de pie. El hombre mostraba sofocación, pidiendo por señas al párroco que no se ocupara de su persona.

—Pero, amigo... —díjole el orador, sonriendo—. Cuando usted me colocó boca abajo en el catre, para cortar mis asentaderas, yo no corcovié tanto... —y dirigiéndose a la concurrencia—: Hijos míos: les debo contar que un día fuí a la casa del doctor creyendo darme con un orgulloso copetudo más, pues él compró la finca de los Hurtado, que vale muy muchos pesos. Les aseguro que me pelé la frente. No es orgulloso; es humilde, noble y sereno y razona como los justos, aunque es un poco insistidor, como buen vasco. Yo le dije que el camino que pasa por sus tierras lo hacíamos a pulmón y sacrificio y él prometió arreglar por su cuenta todo aquel tramo. También

nos da su trabajo personal que tanto nos enaltece. ¿No es así, Nicanor Carranza?

—Sí, padre. Doy fe que lo he visto trabajar con la carretíia, la pala y el pico.

—Y ha hecho más, pues me dió óbolo para la nueva obra y no conforme con brindarnos tanto bien, realiza tupida caridad que él hace sin ostentaciones. El doctor es nuevito en estos pagos y si realiza tal obra, les pregunto a ustedes: ¿qué no haremos nosotros, si estamos metidos hasta el tuétano en el terruño? —Un rumor aprobatorio llenó la nave—. Si un extraño nos da esa prueba, hay que demostrar que no recularemos ni un tranco, ¡qué caracho! —Nuevo murmullo, esta vez más destacado—. Entre todos cumplimos, o vamos a cumplir, nuestras necesidades. La casa de retiro ha de ser obra de ustedes, para ustedes y por la tranquilidad de ustedes. Mas es necesario que me digan si la hacemos o no. ¿La hacemos, hijos míos?

La aprobación fué decidida por los asistentes. Quedaba resuelto el problema.

Entonces el cura constató que el "golpe" estudiado no le fué útil. Una vez más el medio en que se desenvolvía le facilitó el recurso profundamente sentido por la masa porque salía de su seno y en caldo propio.

—Hijos míos: con mucha emoción acato lo que han dispuesto. Mañana hay que abrir zanjas, pues no hay nada más cabal que escupir sobre el pucho. Después le daremos el gusto al ángel de mis sueños colocando la piedra fundamental.

Veíanse caballos en macolla en torno a los árboles de la plaza, donde había mucho material amontonado y encendidos hornos de piedra caliza y ladrillos.

Desde lejanos lugares acudieron los hombres con herramientas y deseos de tomar parte en el esfuerzo general. Pero desgraciadamente el párroco no pudo hacer acto de presencia aquel día porque se sintió muy enfermo, febril y resfriado, seguramente por el trajín anterior y el descuido de su persona.

El arquitecto se hizo cargo de delinear la base del grandioso edificio cuyo frente tendría cerca de media cuadra.

El solar fué rápidamente desbrozado. Después los hombres se pusieron a cavar las zanjas y como batidos de alas negras caía la tierra en las carretillas. Ancianos, mujeres y niños se pusieron, cada uno al alcance de sus posibilidades, a conducir desde la plaza la piedra para cimentar las paredes. Doña Aída y otras lugareñas trabajaban como los hombres. Don Fidel atendía la obra con el intachable Moyano y hasta el policial Tobías se arremangó, sumando su empeño al de todos. Tan ardorosamente trabajaron, que al tercer día dieron fin a las profundas excavaciones para los cimientos.

El párroco estaba mejorado y *quiso poner él, personalmente, la primera piedra. El día convenido fué con numeroso concurso de pueblo al sitio* donde material, baldes, cubos de cuero y almudes con cal se alineaban a lo largo de los fosos. Cuando llegó el cura *los obreros tiraron cal en el fondo de la zanja. Él levantó una regular piedra y con todas sus fuerzas la lanzó diciendo:*

—¡Te fregaste, diablo! . . .

20

Además del orgullo localista, hubo otros factores favorables a la nueva construcción, que el párroco utilizaría, como él dijera refiriéndose a templos y escuelas, en calidad de corral donde guardar y mejorar su rebaño feligrés. Razones de comodidad y economía de padecimientos tampoco eran extraños a las buenas intenciones, pues se recordaban las peripecias de algunas travesías de la Pampa de Achala, hitos amargos de sendos peregrinajes.

Todo acudía, pues, al servicio de la obra y los habitantes se movilizaban por ella. *De diversos puntos, distantes hasta veinte leguas, recónditos lugares de muy tupidos bosques, llegaban tirantes a remolque, a cincha de*

mula. Bueyes y mulares traían cargas de Pocho y Minas hasta Altautina y las descargaban allá, en lo de doña Petrona, porque el camino aún no permitía llegar cómodamente a Tránsito.

Un hormiguero en alboroto eran el solar de la plaza y las calles adyacentes en que circulaban los vecinos con baldes y rastras de barril *llevando agua a los pisaderos de barro y también para apagar la cal. Una fila de niños, mujeres y ancianos semejaban un reguero de hormigas, pasándose los ladrillos desde el horno hasta la obra. De las afueras iban llegando quienes viajaran para traer la piedra caliza que pudieran soportar sus cabalgaduras,* (otros hornos de cal estaban ardiendo en La Higuera) *y en árganas o alforjas la bajaban por la gran cuesta, a más de una legua de distancia, trabajando en eso hasta las niñas y señoras de hogares cristianos venidas no sólo de Córdoba, sino de Buenos Aires y San Juan, que en santa emulación formaban caravanas de mulas para traer de la cal y ayudaban en las mezclas y en el tirar de las riendas a los animales que pisaban los barros.*

Presentaba entonces aquello un alucinante ejemplo de sicosis colectiva ordenada por *un sacerdote que, en los años de edificación, se imponía tales sacrificios, que apenas se comprende los pudiera soportar en lo humano quien debía correr, además, con la atención espiritual del inmenso curato.*

Las paredes tenían ya casi tres metros de altura cuando *los padres Pou, Pagés y Jofre, misioneros jesuítas, bajando en mulas desde Minas, fueron sorprendidos por tanta actividad, viendo al señor cura al frente de la tropa de trabajadores, con la sotana a la cintura, para ayudar en el acarreo de materiales como si fuese un peón albañil.* Los misioneros fueron arrastrados por la emulación, *sumándose a la numerosa y heterogénea tropa de trabajadores y cargaron en sus hombros de seis en seis ladrillos para trasladarlos al pie de la obra.*

También se veían algunas excavaciones de dos metros de profundidad, sobre las que se colocaban troncos de árboles para hacerlos andamios. Los hombres se coloca-

ban, uno adentro y el otro de pie sobre el rollizo, para manejar ininterrumpidamente el gran serrucho.

En actividad febril, irreductible, quemábanse calorías humanas con asombrosa prodigalidad. Todos trabajaban siguiendo un ritmo que parecía imposible de sostenerse, como si en pocos días procuraran dar fin a la construcción de unos dos mil metros de piso cubierto.

El teniente cura atendía el templo y con frecuencia se hizo presente en la obra. El párroco lo veía hacer, sospechando que, carente de costumbre, refugiábase en la iglesia para recobrar el aliento. Tampoco dejó de ser observado Poste, el sacristán puesto en la fila de los que se pasaban los ladrillos, justamente al lado de la serrana Dorotea que le sorbía el seso.

—Buen arrimo buscó aquél... —dijo el cura al comprobar que, aprovechando la entrega de cada ladrillo, se apretaban los dedos, inocente mensaje que les hacía sonreír picarescamente.

Acercándose a él, como quien lleva algo importante que decir, Moyano le hizo pensar que su hermana Alba suspiraría en Nono, recibiendo presuntos suspiros que el buen administrador le enviaría desde Tránsito. Y otra vez ocupó su mente la necesidad de que se dejaran de hacer los pavos y se unieran, camino que también seguirían los tórtolos que sonreían porque sus dedos entraban en contacto a la sombra de un ladrillo.

—Padre, si Andrés —comunicaba Moyano— no llega hoy con la plata del arreo, nos quedamos sin reales para la comida.

—¡Caray, que nos amoló el borrego!

—¿Qué hago, señor Gabriel?

—Anduve limosneando tupido, no acá únicamente, sino en La Rioja y San Luis. Aprovecharé que a primera hora de mañana voy a confesar, para traer alguna cosita al regreso.

—¿Y en tanto? Vea que el hambre no se arregla con pláticas, ¡ah!

—Ya lo sé; y temo que me abandonen los que cinchan[105] sin cobrar más que su alimentación.

—Hoy la comida fué poca y algunos protestaron. Cuando les dije el motivo de la escasez, uno de los hombres plantó la obra.

—¿Quién fué capaz de hacerme eso? —preguntaba más dolido que curioso.

—Gervasio Roldán se retiró muy enojado.

—¿El Zorro? ¡No puede ser!

Era un hecho increíble que lesionaba sus sentimientos y dió la impresión de abatirse, aplastado por aquella actitud de quien menos dudaba. Tal vez fué ése el único motivo capaz de reducir un instante su voluntad.

Los sacó del tema el arribo de *un pelotón de jinetes que venía de Pozo del Tala, Pocho. Treinta hombres acarreando maderas y materiales.* Eran otras bocas a las que debían dar de comer. Y el asunto se agravó horas más tarde, cuando llegó *un señor Chena y otros puntanos que iban desde San Luis como con setenta mulas, en una arrastrada de vigas que debió ascender la cuesta de Altautina, operación en que se emplearon como dos mil mulas.*

—Todo marcha . . . , ¿pero qué les damos de comer?

—Buscaremos ayuda en la vecindad.

—Sí; de algún modo hay que contentárlos.

Todos apoyaban al cura por su humildad y su sacrificado espíritu fraterno. Pero el hambre, como el terror a la peste, podía desbordar a los paisanos.

—¡Qué me has hecho, Zorro! —repetíase, entre dientes, apretando la queja en un suspiro que le vaciaba el pecho.

Pese a todo, decidió no volver a llamar al fugado, ni hacer intento alguno para que regresara.

La preocupación hizo que, antes del amanecer, el párroco saliera rumbo a la sierra para cumplir una confesión, sin esperar que Poste, Moyano y el curita fueran a

[105] Trabajar.

llevarle el saludo. Procuraría solucionar la crítica situación.

La señora Aída y otras mujeres se movilizaron por la noche a instancias de Moyano y a primera hora acudieron con alimentos que no alcanzarían, ni con mucho más, para todos.

El teniente cura odiaba a los conejos porque era aficionado a la horticultura y los bichos comían lo que él plantaba. Se le ocurrió sugerir la idea de tapar la falta de elementos nutritivos a costa de los asaltantes de su huerta y al punto comenzó la cacería con perros, con palas y picos para eliminar los soterrados. Después las señoras y las niñas los cocieron en un gran ollón.

En tanto, los que trajinaban en la obra fueron sorprendidos por un anciano que se presentó con un novillo gordo.

—*Traigo esta res pa' que tengan de comer los trabajadores* —dijo, y sin más dispúsose a regresar.

Moyano no pudo conocer el nombre del donante, pues el viejo, desconocido allí, se negó a revelarlo.

Creyeron que el cura había hecho conocer la falta de comida para sus colaboradores y que alguien, si no fué él mismo, lo mandó incognitamente.

El problema quedaba solucionado con holgura. Los de Pocho y San Luis, entre los que había algunos adinerados, adquirieron abundante pan, fruta seca y vino.

Y hubo más: el demorado tropero que llevara el cuantioso envío de ganado, para venderlo en Mendoza, apareció al fin aquella mañana con un saquito de monedas que puso en manos del administrador.

21

El cura regresaba con algunas ovejas cuando el sol, romero en sentido contrario al suyo, se cruzo con él, que sentía ya en la espalda los dardos de fuego robustecidos

por el andar del mulo mesurado por los exhaustos lanares.

El padre Gabriel meditaba; las deudas eran muchas ya y los créditos cada día más limitados. Multiplicábase hasta lo inconcebible, pero comprobaba que su sacrificio no cubría tantas necesidades. Pensó cumplir sus obras contra todos los inconvenientes que le salieran al paso, pero su euforia se achicaba al recordar la fuga del Zorro. Aquel hombre le discutía como enemigo irreductible, aunque fuera él el primero en presentarse mostrando gran perseverancia. Desde que lo sacó de la pulpería, coincidiendo con la iniciación de los trabajos para edificar la iglesia, lo tuvo siempre a su lado, protestador, pero fiel, y su presencia se hizo una necesidad, no solamente porque en él veía una curiosa pieza humana, resistente y fácil al mismo tiempo a la remodelación, sino porque le reflejaba el pulso de la voluntad colectiva. Regresaba el sacerdote a Tránsito y no vería a Roldán con ojos encendidos y el puño de la diestra describiendo amenazantes parábolas.

De la conjugación mental fué sacado por un hombre que hachaba la base de un algarrobo. Se detuvo porque la fisonomía del hachero le resultaba familiar y también porque las ovejas se rendían.

—¿Qué hacés, hijo?

—Pienso anidar en estos lugares y este árbol me ofrece buenos palos.

—*Te enseñaré a hachar como Dios manda* . . . Así, cuando te rasques el lomo en los horcones del rancho, te vas a acordar de este cura —decía, tomando el hacha.

Comenzó la tarea con todos sus bríos y en pocos momentos el árbol cayó vencido, ante el asombro del paisano que no le creía capaz de realizar una tarea tan pesada y en tan poco tiempo.

—Veo que usté ha'i ser el cura de Tránsito.

—¿No me habías visto antes?

—Lo conocí por mentas. Usté hizo soltar a mi hermano, preso en Las Rosas.

—¡Tu pinta me dijo algo y ahora sé que sos Bustos!

—Sí, pues; mi ñaño pelió por culpa mía y lo agarraron.

—Conozco toda la historia. Pero vos... ¿qué pensás hacer?

—Sosegarme, si usté me aiuda.

—¿Cumpliste lo prometido?

—Sí, señor; me hice a un lao de Gaucho.

—¿Dónde andan ese hombre y sus secuaces?

—Cerquita, na'más. Antiier han ido a la pulpería, donde comieron y se alzaron con unas pilchas y la plata que les aflojó el pulpero. Menos mal que fué sin sangre, la cosa.

—Pues te ayudaré, Bustos. Ya supe que un ricacho te quiso sacar la chinita y vos la defendiste. El rico fué al camposanto, vos a vivir al monte y la mujer quedó sola y penando. Muchos creen que sos hombre peligroso, pero yo no. —Y fijándole sus pupilas claras agregó—: Llevo prisa por entregar estas ovejas. Me sigo yendo, pero vos no dejes de ir a visitarme, ¿eh?

—Iré, señor. Déame su bendición.

—Que Dios te ilumine, muchacho.

En camino ordenaba sus días, pues si remediaba la situación de los trabajadores, haría el viaje a Buenos Aires que malograra la intervención a sus callos.

El curita era un poco ligero y alguna vez lo sorprendió guaseando con los mozos de la villa, pero le confiaría la parroquia, creyendo que su religiosidad resultaba buena.

Decidido el punto, volvió a remoler sus dudas. Al salir *se imaginaba que si llegado el mediodía los trabajadores no hallaban alimento, se retirarían molestados, siendo capaces después, por aquella falta, de hacerse los remolones.*

¿Qué habrá pasado allá? —preguntábase—. ¿Estarán todos trabajando, o siguieron el camino del ingrato zorro Roldán?

La incertidumbre lo llenaba de honda angustia que por estar solo no procuró disimular.

Entraba a Tránsito por la calle central y su corazón

palpitó violentamente en un retozo feliz, pues en la plaza había más gente que nunca y el movimiento de ida y vuelta a la construcción era inusitado. Un enjambre humano se agitaba en la obra donde, a más de los conocidos de La Rioja y San Luis llegados el día anterior, vió un regular grupo de seminaristas con las sotanas en alto. Pero lo que le produjo el sacudón más fuerte ha sido ver al doctor Castellano, obispo ya, con el hábito sucio, haciendo de maestro albañil en la colocación de ladrillos que otros ponían a su alcance sobre el andamio.

—Es duro verlo a usted así por los sueños de tan humilde ciervo, Eminencia —dijo el párroco, prosternándose en el uncioso besamanos al jerarca que, al verle llegar, fué a él.

—Cuando subía ese andamio, tuve la sensación de acercarme más a Dios mediante tu estupenda obra, hijo.

La emoción lo ahogaba, impidiéndole recordarle que en San Pedro el mismo doctor Castellano acudió en su auxilio, con diez y seis seminaristas, cuando se vió amargamente solo en la construcción de su primera capilla en el curato. Asimismo, en la pausa abierta le agradecía, mentalmente, que no le recordara lo acaecido por culpa de aquella espectacular matrona del impertinente.

—¿Regresó, padre? —le preguntaba Moyano aproximándose presurosamente—. ¿Ha visto cuántos voluntarios hay? Usted fué a confesar y a traer socorros y como una bendición cayeron el señor Obispo y los seminaristas. Los de Pocho y don Chena con sus hombres de San Luis se quedaron a trabajar. Y *en lo de la viuda doña Petrona hay muchos palos traídos de Pocho para los techos.*

A renglón seguido le comunicó eufóricamente otras novedades, destacando de manera especial la vuelta de Andrés, con una buena cantidad de plata que él asentó en el libro de ingresos.

Todo era grato, todo resultaba inesperadamente feliz y los trabajadores parecían muy satisfechos. Mas en la rotunda lógica del cura había algo que no tenía explicación aún.

—Decime, Moyano... ¿Les diste de comer?

—Con la señora Aída vinieron otras mujeres, cada una con algo, pero no bastaba. Entonces al ayudante se le ocurrió que hiciéramos un guiso de conejo. Ya no queda ni uno vivo.

—El teniente y Poste se salieron con la suya . . . —exclamó el cura, para agregar resignadamente—: Después de todo, así dejarán de agujerearme los pisos.

—Lo cierto —intervino el doctor Castellano— es que comimos opíparamente. Acostumbro hacerlo con frugalidad pero parece que el manipuleo de los ladrillos obliga a la gula. Fíjate, hijo mío, que tras un buen plato de conejo, despaché el jugoso asado de novillo que me brindó el señor Moyano.

—¿Un asado, señor? —preguntó dirigiendo luego la mirada al ecónomo.

—Trajeron un animal y toda la gente comió dando vivas al padre Gabriel.

—¿De dónde ha salido esa res?

—La trajo un viejito, negándose a decir quién la mandaba. Todos pensamos en una cosa suya, como tantas que su caridad procura esconder.

—No la mandé yo, Moyano.

—¿Qué misterio es ése? —preguntó el Obispo.

El tono del cura fué terminante y Moyano estaba habituado a darle crédito, pero para él, ¿quién que no fuera el párroco podría realizar ese envío en forma tan reservada?

Los quitó del círculo de perplejidad la exclamación del sacerdote al ver que Roldán pasaba conduciendo una carretilla. El rebelde paisano soltaba las manceras para detenerse. La presencia del prelado le impidió pronunciar agriamente lo que su expresión de pocos amigos sugería. No obstante el puño cerrado apretaba el supuesto cuchillo.

—A primera hora de hoy vimos a Roldán en su puesto, padre.

Repentinamente varió la máscara del cura, preguntando:

—¿El que vino con la res mostraba una cicatriz que la barba no le tapó?

—Justo, señor: como una picadita[106] en el churcal.

—¡Es el suegro del Zorro! ¡Roldán nos trajo la carne!

—¿Usté se cree que soy sonso, —replicó ásperamente—. No me crié boleando cachilos y si pecho la pelota es pa' que usté me dea de comer y no ió a usté, ¡qué tanto! —Se puso de nuevo entre las manceras de la carretilla y desapareció en la obra.

—¿Pero quién es ese hombre, Gabriel? —indagaba el asombrado Obispo.

—Un alma maravillosa —respondióle a media voz, mirando siempre la abertura en que desapareciera el aludido.

—Un pecador que el señor cura ha salvado, doctor.

—¿Usted puede pensar en un cristiano que por no aparecer flojo vive escondiendo enorme ternura? —Su contagiosa y progresiva emoción ordenaba un paréntesis silencioso que él mismo interrumpió: —¡Cómo me agrando con estas comprobaciones! —Luego pudo agregar con exaltación—: ¡Bendita sea la Providencia, que me apareó tales hombres!

El cura era muy emotivo y propenso a las lágrimas y tal vez por eso le vieron irse calladamente a la casa parroquial.

—¡Qué admirables lecciones de generosidad suele ofrecernos, en su simpleza, la gente criolla —comentaba el prelado mientras volvía al andamio.

El administrador estuvo solo un instante sin poder afirmar quién mandó el novillo de marras...

Moyano, el ayudante y Poste acompañaban al cura. Los primeros lo informaban de lo acontecido en su ausencia; Poste no intervenía en la conversación, mostrándose, en cambio, muy nervioso. El cura sospechaba la causa de aquel azoramiento y para curar sus temores dijo:

—Gracias por lo de los conejos, Poste. Yo no me deci-

[106] Sendero abierto en el monte o el malezal.

día, pero ya que ustedes lo han hecho, ahora nos tocará a nosotros comer las ensaladas.

—Le guardé un poco de conejo. ¿Se lo traigo? —Hablaba desahogándose alegremente.

—En todo el día sólo mandé al buche unos mates.

Transformado y feliz fuese el servidor y tras él el ayudante para comentar en la cocina la inesperadamente pacífica solución del asunto.

Moyano hizo saber al cura que recibió el novillo siguiendo la consigna: *"Aunque lo traiga el diablo..."* Animadamente le comunicó luego que muchos turistas de Mina Clavero habían ido aquella mañana y que:

—Sólo el señor Pardales, de Córdoba, estuvo sin trabajar y se *la pasó sentado en la plaza mientras nosotros sudábamos la gota gorda.*

—Ese almacenero panzón tiene más plata que tripas —comentaba el sacerdote, pero de inmediato hizo un viraje—. Vamos a lo que más interesa, Moyano. ¿Cuánto rindió la tropa arreada por Andrés Avelino?

—Aquí está anotada. —Unió la acción a la palabra mostrándole el libro.

Entre las hojas apareció una tarjeta postal con la clásica palomita y el corazón atravesado por una flecha. Una carcajada del cura estremeció al administrador.

—Señorita Alba... —leía el párroco, cuando el enamorado le quitó la postal de las manos poniéndose rojo de vergüenza. —Ya sabés que yo te quiero mucho, mi buen Moyano, y deseo que vos y Alba se amañen de una vez.

—Con el tiempo, puede... Pero con el tiempo.

—¡Qué tiempo ni qué postal! Unos son atorados y pisan los pollos y otros parecen pavos que se la pasan luciendo el moco y arrastrando las alas antes de decidirse. El casorio es un baño en invierno: metés una, dos, tres veces la mano en el agua y al fin no te bañás. Hay que tirarse de cabeza sin vacilaciones. Tenés treinta años y Alba te sigue cerquita. ¿Qué esperan, entonces? Cuando se ven, dan un paso; luego, en otra topada, otro paso. Para acercarse, los dos vienen haciendo pininos desde que eran mozos. Si continúan como hasta hoy, va a irse

ese tiempo que has dicho y al encarar la cosa en serio se verán tuyidos y retrasados para la dicha.

Moyano descargaba su fardo de bochorno y el miedo de que su pretensión fuera mal vista por el hermano de Alba.

—Me vas a favorecer con un servicio, Moyano. —Ponía secretamente sus planes en marcha—. Hace un tiempo guardo unas calchas[107] para regalar a mi madre. Te ruego que se las lleves a Nono con una carta mía y disculpame que vaya cerrada por tratarse de un asunto familiar.

Al punto garabateó una misiva telegráfica:

"No quiero que mi hermana vista imágenes. Va buen candidato. Dios te ayude. Gabriel."

22

A ALTAS horas de la noche, un cauteloso llamado en la ventana despertó al padre Gabriel.

—¿Quién va?

—Ceferino Castro, señor.

La respuesta lo puso en pie, como un resorte.

Aquel hombre, que recibiera la mula rosilla del sacerdote, cumplió su promesa de ver al bandolero Guayama. Dijo que días atrás estuvieron él y su jefe en Tránsito porque necesitaban ver para creer. Con disimulo se habían acercado a la obra y como nada era sospechoso, Guayama le hacía saber por su intermedio, que lo esperaba en un lugar de La Rioja.

Acordaron que, después del oficio religioso, saldrían para allá esa misma mañana.

El Jefe Político, gran colaborador del cura, comentaba que la Casa de Ejercicios en construcción podría pararse por carencia de recursos. Y su pesimismo se había gene-

[107] Prendas de piel.

ralizado o, por lo menos, iba cobrando mayor magnitud, aunque, lleno de confianza repitiera el párroco:

—*¡Buen juego se le iba a dar al diablo! ¡Mal que les pese, la obra se terminará!*

Poco después de retirarse Ceferino Castro de la villa, para esperar campo afuera al cura y salir ambos rumbo a La Rioja, se presentó en la casa parroquial *un señor Soca, caballero muy rico de Pocho, diciendo que se hizo eco de ciertas dificultades monetarias y que por eso iba a ofrecerle el dinero necesario para dar fin a los trabajos.*

La visita de Castro y el apoyo de Soca reforzaron la voluntad y la fe del sacerdote. La soñada entrevista con el bandido, aunque llena de riesgos y posibles traiciones, prometía producirse ya; y si bien no aceptó de plano la ayuda de Soca, aquel ofrecimiento espontáneo le llevó la certeza de que la gran casa de retiro iría adelante en su construcción, hasta el fin.

Dirigióse a la iglesia lamentando no poder exteriorizar a gritos su júbilo en un reventón de alegría.

—La Providencia está con nosotros, hijos míos —comentó desde el púlpito en su plática habitual—. Pechamos una obra que habrá hecho reír a los incrédulos, pero la risa se les está cuajando en la boca al ver que las paredes hinchan el lomo, tapando las otras casas. Y no sólo los de Tránsito ponemos toda el alma; gente de todos los rumbos nos ayudaron y vimos sucios de cal a los ilustres prelados Yáñiz y Castellano! Hay quienes dudan todavía, porque puede escasearnos la plata; pero, para que lo sepan, diré que me visitó el señor Soca, de Pocho ofreciéndome onza sobre patacón, todo lo que sea menester para que nuestra gran obra llegue a la realidad. ¡Tendremos pesos hasta tirar para arriba! —Guardó un instante de silencio para que comentaran la novedad—. Amados hijos: tengo fe en ustedes y creo que ninguno me achicará el rebaño con un renuncio.

Pasó a recordar, como ejemplo, lo sucedido con el macho malacara cuando, a poco de ser suyo, un día mordió

el freno al pasar cerca de la querencia y fiel al instinto lo llevó a él, quieras o no, a lo de Egisto Murúa.

—*Yo los veo a todos muy mansitos, pero cuando salgan de aquí harán como el malacara, se van a volver a la tropilla de sus pecados.*

Un moderado rumor de protesta llegó a sus oídos.

—*Pues bien: les dije que las paredes están casi terminadas y que es cosa de traer las vigas y los palos para los techos. ¡Y caramba, amigos, que ando afligido! Faltan esas vigas y esos postes para que la obra no se detenga. Están aquí cerquita, en Altautina, en el bajo de esa lomita que es lo primero que se ve...* —De nuevo hacíase el olvidadizo, como si su memoria necesitara socorro—. *Es ahí en lo de... Pero, ¿cómo es que se llama la viudita esa de Altautina?*

—*Será la viuda Petrona, señor* —le respondió un paisano.

—*Eso es: ¡la viuda Petrona! En el campo de la viuda Petrona tengo los postes con el rebaje hecho y todo; de manera que no hay más que ponerles el lazo y traerlos a la cincha. Pasen la palabra a los amigos que encuentren esta semana y vengansé el domingo para echar una manito.*

No necesitaba más para poner en acción a su gente.

Después de misa despidió al séquito dominguero en la casa parroquial.

—Tengo que darles música a mis clientes, caballeros y como Poste me trajo el malacara, yo cargo las alforjas y ustedes se mandan ir a fregar a otro —díjoles risueñamente.

—Si va con alforjas tan ienas y con guardamonte[108], el viaje será largo ¿ah?

—Dos o tres días, o algo así.

—¿Quiere que lo laderee, padre? —ofreció el tropero.

—Gervasio Roldán ha'i d'ir con él —opuso otro.

[108] Guarnición de cuero crudo que protege las piernas del jinete de la flora espinosa.

—Ni menté con el Zorro esta salida.
—Pues hace rato que Roldán salió pa'l poniente.

En la sierra lo esperaba Ceferino y luego de tonificarse ambos con sorbos de alcohol llevado en el chifle de asta, al sereno sobrepaso de las andaduras, dieron principio a la marcha tremenda que habrían de cumplir. Pronto alcanzaron el límite del valle por senditas holladas por las haciendas, donde el denso churcal tamborileaba en los guardamontes de cuero crudo, tendidos desde la cruz del caballo hasta las estriberas.

En procura de que los vieran lo menos posible, después de atravesar la Pampa buscaron sendas montaraces. Dentro de las mismas, el gaucho crudo, lleno de fe en su capacidad defensiva, avanza en silencio. Sólo aquel que no se siente seguro, habla y habla, muchas veces con voz tonante, ahogando sus nervios en el palabrerío, como si fuera sonando trompas que denuncian su proximidad. Pero aquel día marchaban dos gauchos fuertes pitando chaludos, la vista recelosa al frente y a los costados de picaditas que parecían cicatrices del monte.

Una sorpresiva aparición se produjo después, al voltear un recodo.

—¡Roldán! —exclamó el cura.

Allí estaba el Zorro tapando el senderito, de pie, con las riendas en la mano, la manta doblada al hombro, un impresionante trabuco bajo el cinto cruzándole el vientre y la daga caronera[109] en la cintura. Presentóse como un foragido en acción.

—¿Qué caracho hacés aquí, Roldán? —inquirió bruscamente el tonsurado.

No le contestó porque a su vez él hacía otra pregunta clavando sus fulgurantes ojos pequeños en los de Ceferino, quien echó pie a tierra para ir hacia él con la mano tendida en son de buena amistad. Breves palabras se cruzaron asordinando la voz y dijo al fin el Zorro con firmeza:

[109] Daga llevada bajo la carona generalmente.

—Creo en tu palabra y si me hacés una hechuría te la cumplo, ¿eh? —Sin más, echóse sobre el caballo y se fué sendero abajo, provocando honda perplejidad en el sacerdote.

—¿Pero qué carancho sucede?

—Vino a defenderlo a usté, señor.

—¿Vos, qué le dijiste?

—De Guayama, nadita. Pero como pa' este bárbaro hay que pitar del juerte en las razones, respondí de su destino con la vida de la mujer más amada.

—¿Y quién es ella?

—Mi madre, señor. Únicamente asín nos dejaría el cumpa[110] Roldán.

—¿Es que ustedes son algo parientes?

—Ió le apadriné a su hijo maior, pues.

Largas etapas, detenciones en el camino para reponerse hombres y bestias, entrada a las limítrofes cerrerías y parlamento con un jinete vigía de la célebre tropa de Guayama. Desde allí aquel hombre desanduvo el camino para llevar el mensaje a su jefe.

Poco después regresó el mensajero, dando lugar y hora para la entrevista de un rebelde legendario y un sacerdote.

El cura concurrió puntualmente, pero el montonero no compareció, temiendo que se ocultara una celada debajo de la sotana. Repitióse la cita y de nuevo no hallaron a Guayama, pero Ceferino dió con él, que a poca distancia seguía, desde un árbol, los movimientos del cura. Por dos o tres días repitieron las charlas, hasta que logró convencerlo de que debía abandonar aquella vida salvaje. Y hasta hubo promesas de que entrarían a Ejercicios, en la inauguración de la Casa, el propio Guayama y sus hombres. Después el hombre se retiraría a una estancia con mucha hacienda, quedando con la mayor parte de las ganancias por favor de un magnífico propietario. Pero

[110] Compadre.

Santos Guayama exigía el completo indulto dado por el Presidente de la Nación y también el del Gobierno de la Provincia.

El sacerdote escuchó, como en confesión, la sangrienta historia: *Guayama fué un mozo muy agradecido. Castigando a unos ladrones que robaban gallinas en la casa de quien lo protegió desde niño, hizo una ingeniosa trampa, causando la muerte del asaltante. Guayama teme y luego huye de San Juan, que es donde ha ocurrido el hecho. A raíz de eso fué, la suya, una repetición de situaciones vividas por otros a quienes el hambre y la defensa de la propia libertad condujo a merecer el calificativo de gaucho malo. Guayama era tremendamente guapo, hasta el punto de hacer entrar sus mentas a la posteridad por el férvido portal de las leyendas populares y llegó a mandar una fuerte montonera constituída por hombres crudos y capaces. Hízose muy temida potencia en aquellas zonas y por eso lo apañó un grupo politiquero de notoriedad, que le pagaba en protección solapada los servicios prestados a la causa . . .*

Hondamente metido en aquel relato, con gesto de gran pesadumbre el cura dijo, como si hablara para sí:

—El dolor del hombre humilde, despreciado en una tierra que él defendió, jugándose la sangre y la vida . . . ¡Qué carachol Hay quienes niegan que los códigos fueron escritos por los que algo tenían que guardar. El humilde que cae en pecado por defender su dignidad, o por agradecimiento, como vos, o por el atraco del poderoso a sus amores, tiene que ganar la sierra y lo persiguen, lo acosan, lo enloquecen igual que a las fieras y cuando, por comer siendo libre, en defensa de su libertad comete actos de fiera acorralada, los que hicieron los códigos y los amparados por los mismos, se hinchan de furia y horror. —Hizo una pausa meneando la cabeza dolorosamente—. Y lo peor es saber que los más valientes y de más carácter son los que se levantan, protestando. Y al que protestó lo condenaron al cepo, al camposanto o a la vida matrera. Así es como quedan fuera del juego de la vida los más capaces . . .

—Sí, señor cura: a veces pensé que los que mandan en estos tiempos sólo quieren machos capones... —afirmó el montonero.

Iría a la Capital Federal para cumplir varias diligencias, pero ahora, más que nada le urgía lograr el indulto de Guayama, pues sólo así era posible reintegrarlo a la sociedad.

Embriagábase pensando que inauguraría la Casa apareciendo en la villa a la vera del famoso montonero y ambos a la cabeza de la aguerrida tropa que sembró el terror en varias provincias.

La asistencia a Ejercicios de aquella gente era capaz de producir la estupefacción nacional.

El golpe sensacionalista proporcionaría la mayor publicidad a su militancia religiosa, publicidad acogida como llave maestra para la realización de otros grandes proyectos, sobre todo el del ferrocarril que llevaría bienestar y progreso a sus parroquianos.

23

Para bajar la madera de Altautina debían cumplir una tarea penosísima en sendas abruptas, a costa de rodadas y lazos rotos en los cimbrones cada vez que las vigas tropezaran en las piedras.

Pese a los inconvenientes previstos, *el domingo la plaza se colmó de animales herrados y después de misa fué allá con algunos centenares de jinetes que en mulas y caballos siguieron a su querido cura, para traer al cincho del animal los postes y las vigas. Lo que en varios viajes se pudiera realizar, de un solo arrastre lo pusieron en la obra.*

La futura Casa de Ejercicios sostenía la psicosis heroica y desinteresada de los feligreses, haciendo que cubrieran en fila india muchos kilómetros y entraran triunfalmente a la población, en un desfile de cabalgaduras sudorosas

y jadeantes que llevaban a la rastra cientos de boas inmensas acogotadas.

Al volver de Autaltina halló que el ecónomo había regresado de Nono, mostrándose muy contenido y enrojeciendo cada vez que él le miraba, situación de la que quería evadirse retorciendo las cosmetizadas puntas del bigote "puntudo como guampas de toro cimarrón".

—¿Qué novedades me traés de mi gente, Moyano? —dijo procurando abrir la portera a las presuntas emociones acorraladas en el pecho de su colaborador.

—Pues... —carraspeando, afinaba el bigote —. Todos con buena salud...

—¿No te dieron nada para mí?

—Sí, señor; muchos cariños y que lo recuerdan tupido, esperando que las visite.

—¿Y cómo encontraste a mi hermana? —Moyano se turbó otra vez—. Yo supongo —miraba ventana afuera para no abochornarlo más— que te habrán dado unas letras.

—¡Ah, sí! La señorita Alba las ha escrito dictadas por su señora madre —decía rebuscando en sus bolsillos.

—Quiero creer que no te habrá dado una tarjeta postal. —Su espíritu sano salía a retozar en la alusión, recrudeciendo el bochorno del tímido emisario que ponía un sobre a su alcance, sobre que, una vez rasgado y leído, le produjo gran alegría—. ¡Vaya, hombre: al fin! —Los ojos pardo clarito, de ángel o de tigre, brillaban con luces de gozo en la cara tosca mordida por las viruelas—. Mi madre dice que vendrá para entrar en la primera tanda cuando inauguremos los retiros. Y al final agrega: "Te hago saber que tu hermana está muy contenta porque ya cayó el chivo en el lazo"... —El administrador abría mucho los ojos que daban la impresión de congestionarse, como su piel, desde la frente al cuello—. ¿Qué te anda sucediendo, pues?

—Eso de... ¿eso de chivo, no será por mí?

Era tan cómico el azoramiento de aquel hombre, que dió motivo a otra gran carcajada del cura, haciendo también que Poste fuera a dar gusto a su curiosidad.

—¡Pronto tendremos dos casamientos, Postecito! —le comunicó el sacerdote sosteniendo el tono de fiesta.

—¡Ió no, señor! —protestaba el sacristán.

—Vos también, que así no volverás a ponerte en la fila de ladrilleros para tocarle las manos a la Dorotea.

Hizo gran acopio de cueritos de arrope y quesos serranos, y todo lo tenía listo para iniciar la marcha dispuesto a cumplir diligencias en la capital de la provincia, en favor de Guayama y pasar luego a Buenos Aires, donde pediría el salvoconducto definitivo para el predispuesto maleante. Pensaba también echar en sus amigos políticos la simiente de otro temerario proyecto: la línea del ferrocarril que desde Villa Dolores, pasando por Tránsito, se conectara con la punta de rieles de Soto.

Tenía en cuenta la importancia formidable de aquella ruta de hierro al servicio de una feligresía *cuyos productos estaban embotellados por carencia de comunicaciones.* La riqueza del pueblo permanecía a merced de muy pocas posibilidades. Su gente trabajaba y justo era abrirle rutas al propio engrandecimiento.

Cumplió sus gestiones en Córdoba y sin aguardar respuesta definitiva sobre el perdón de las autoridades a Guayama, indulto que parecía intencionadamente demorado, se dirigió a Buenos Aires. Sin pérdida de tiempo fué a visitar a otro buen compañero de estudios, que entonces ocupaba un puesto de gran jerarquía nacional. No halló al hombre en su casa, pero fué cordialmente recibido por su esposa. La dama le hizo ver que *para andar por las oficinas y entrevistarse con los personajes iba a ser motivo de comentarios desfavorables.* Le rogó que adquiriera otra sotana.

—*Sí, tiene mal aspecto, pero yo me quiero bueno por dentro; lo de afuera no me interesa.*

Al fin cedió a la insistencia de la señora. Dos mujeres del servicio lo acompañarían con orden y medios para renovar el exterior del sacerdote, *mas al verlas tan peripuestas y almidonadas él se plantó en la vereda diciendo:*

—No; yo no voy con ustedes con tanto relumbre. Vayan por la vereda de enfrente y cuando tenga que cruzar me hacen señas.

Animoso pertinaz, visitó a los influyentes luciendo su flamante atuendo. De paso distribuía arrope y quesos, productos serranos que los de la ciudad tenían en mucha estima.

El progreso del terruño lo llenaba de iniciativas, mas en aquella oportunidad redujo sus funciones a dos puntos capitales para él: el indulto Federal de Guayama, cuya asistencia a la primera tanda de ejercitantes sería alucinadora, y la línea férrea que consagraría el bienestar económico de los pueblos tramontanos.

Discutió, imploró e hizo oír en voz tonante sus razones, pero la política parecía colocar maneas en quienes actuaban en nombre de los "patrióticos intereses superiores" de un partido. Con pena comprobaba que unos pocos hombres convertían al país en servidor de una clase social, y se hartaba de indignación viendo que los favorecidos eran los menos necesitados, los que todo lo tenían ya. Certificaba que, por mero interés político, los gobernantes gozaban de fuerza para hacer grandes concesiones y acordar absurdos caminos, favoreciendo a los terratenientes de mayor influencia, pero se oponían de plano, o formulaban promesas dilatorias, a las iniciativas de vital importancia para los humildes. Tan flagrante injusticia le hacía ver las cosas a través de un prisma más radical.

—¡Como si los pobres no fueran hijos de Cristo y de mi tierra, caracho! —protestaba.

Luego de férvido luchar de poseído, logró interesarlos en su plan ferrocarrilero. En favor de Guayama sólo *obtuvo promesa de que las tropas no le perseguirían, pero los tribunales darían curso a las denuncias que contra él pudieran entablarse . . .*

Aquel indulto solapado poco bueno le anticipaba. Había ido a la ciudad con una sobrecarga de sueños y nobles intenciones y, ya vista su derrota, decidió el regreso.

Apoyaba aún la última esperanza de rendir al montonero y dar el estupendo golpe, en lo que en definitiva resolvieran los gobernantes cordobeses.

Volvía sin arrope, sin quesos, sin su vieja sotana y con ilusiones enflaquecidas. Sólo le alentó la certeza de haber dejado allá un germen maravilloso: "su" ferrocarril.

En la capital cordobesa tampoco le han dado garantías de inmunidad en favor del montonero. Formuláronle promesas tan inconsistentes como las federales.

Casi un mes le insumieron las gestiones y ni un solo día dejó de pensar en su parroquia, inquietándose por lo que allá pudiera haber ocurrido. Confiaba en el magnífico arquitecto don Fidel, en la lealtad de Moyano, en Poste y en Roldán, colaborador éste que, para él, era tan importante como el que más.

A nadie mostró su pesimismo; al contrario, exteriorizaba fingida euforia para que los parroquianos no perdieran la fe en la lucha.

La construcción de la Casa marchó aceleradamente en su ausencia; los postes habían sido colocados y gran parte de éstos revestidos por el techo. Tanto avanzó la obra, que daba lugar a decidir su inmediata inauguración, con pisos de tierra, paredes sin revocar y otras imperfecciones que se irían remediando más adelante.

—¿Por qué no espera un poco, para presentar la Casa definitivamente terminada? —preguntó Moyano.

—¡No, hijo! Si les doy la cosa en regla verán que todo lo tienen hecho y se me van a hacer sobones para el trabajo y para rascarse los bolsillos.

—¿Para las limosnas?

—Claro. Mejor es dejar colas, para ir cortándolas una a una. Y antes de cortar la última se van a ver pechando la nueva obra.

—Pero, ¿qué más piensa hacer? —asombrábase Moyano.

—Un colegio, para que se eduquen a fondo nuestras niñas y las de San Luis y La Rioja.

—¡Es otra construcción enorme! ¡Pero usted no se cansa nunca, padre!

—Dale gracias a Dios que no se cansan los bien amados amigos que me siguen. Después de todo, para ellos son los corrales que andamos haciendo.

Insistiría aún en regenerar al bandido, reponiéndolo al trajín de los hombres, en una órbita de trabajo y decencia que él mismo controlaría celosamente.

Y fué a llevarle a Guayama lo poco que pudo lograr: promesas de que no lo molestarían.

Refirió al montonero, punto por punto y con la mayor sinceridad, todo lo actuado en Córdoba y Buenos Aires, y el desenlace fué el previsto:

—En mi situación, no se puede confiar en promesas, padre.

—Comprendo, hijo, comprendo... Quise traerte una ayuda y me dieron con una piedra en los dientes. Pero algo hemos ganado: vos quedate con mi amistad. Y si alguna vez me precisás, no te olvides de mí.

Se le había ido de las manos y del alma una gran esperanza.

No podría recuperar aquella vida poniéndola en las sendas del bien. No podría dar, con su "golpe", una gran lección a los hombres.

Pero imitando a Cristo seguiría, más que nunca, abrazado al amor de los humildes.

24

Los comentarios sobre la Casa, que sólo carecía de algunos detalles para entrar en funciones, fueron reducidos por la cercanía de Gaucho, el maleante que asaltó la pulpería.

Aquel hecho, aunque no se tiñó con sangre, fué molido y remolido por la gente. Y como para magnificarle más, dándole visos de torva facinería, comentábase que el bandido y su gente visitaron luego a Murúa, obligándole a dar cierta cantidad de dinero, pedido al que el atemorizado hombre accedió.

El comisario don Tobías estaba furioso e impotente

también, ya que aquellos hombres se le han ido de las manos en varias oportunidades, escabulléndose en los meandros de la serranía.

—¡Ése es un mal bicho, padre! No habrá otro remedio que ponerle cerco y ienarlo de moras[111]. Mañana formo un piquete y se me v'a dir si es brujo.

—¡Cometerá una herejía, comisario!

—¿Va a defenderlo?

—Usted habló de llenarlo de plomo. Recuerde que el ¡No matarás! fué dicho para los cristianos.

—¿Y usté cree posible convencerlo con la ostia y el Ave María?

—¿Es un desafío, comisario?

Repentinamente se llenaron de fulgor los ojos del clérigo, pues el proceso mental lo llevaba a una conclusión terminante: perdida la presencia de Guayama, en momentos de exaltación religiosa la entrada de Gaucho a Ejercicios también sería sensacional porque su nombre se agrandaba en la imaginación de la gente hasta el punto de que *hablar del Gaucho era dar una espantada.*

—Pues . . . —prosiguió el cura— he de traer a ese bandido.

—¿Será capaz?

—¿Lo duda?

—Vea, señor: usté nos tiene muy hechos a verlo hacer milagros, pero éste . . .

—¿Me promete no salir en su busca y respetármelo luego, como me lo respetó a Gervasio Roldán?

El comisario no ignoraba el grave peligro que correría saliendo a buscar al malhechor. Mas era valiente y sabía jugarse el cuero. Pero admiraba al sacerdote, cuya voluntad tenía fuerza de decreto para él.

—Si lo trae, ese hombre es súio, señor.

Por el hachero solitario el cura sabía cómo dar con el cimarrón y los escasos hombres de su banda y aunque comenzara a nevar se metió en la sierra al amparo de su poncho puyo.

[111] Balas.

Desde lejos el foragido vió llegar al cura, que subía orientándose por el humo elevado en un lugar muy escabroso y casi inaccesible.

Trepó para aproximarse al refugio, donde *Gaucho lo recibiría desenfundando el puñal.*

—¿Qué andás queriendo, cura de . . . ?

—Busco a un tal Gaucho, que le dicen.

El puñal avanzaba y el crucifijo iba a su encuentro, en una mano tan firme como en otras situaciones en que tal recurso saliera victorioso.

—*¿Qué va a hacer? ¿Quiere matar? Pues degüéllelo a Éste. Él es quien lo busca . . .*

Se adelantaba con solemne lentitud hablando, intencionalmente o no, con voz profunda y con los ojos muy abiertos, mirando sobre la cabeza y más allá del malhechor. Parecería querer dar al acto visos de hechicería.

Tal fuerza sugestionante tuvo su actitud, que el recio brazo del hombre comenzó a aflojar, hasta verticalizarse como sin vida.

Aunque él fustigaba "las cosas herejes", en situaciones de peligro recurría a ellas, porque también ése fué un modo directo de llegar al alma de tales hombres. Así pudo ver que el criollo crudo, alto, fornido, de bigote y barba negros con escasas hebras de platino, evidentemente prematuras a juzgar por la pureza de la piel tostada, de noble presencia y mirar que se desentenebrecía, daba la impresión de que todo él se achicaba, mientras su contrincante crecía más y más.

Y tras el suspenso, el cura volvió la cruz a su sitio, buscando donde sentarse para sacar la guayaca[112] y hacer un cigarro que ofreció diciendo en tono natural:

—Vine para platicar mansamente con usted, amigo.

El maleante lo observaba, pero también volvía el receloso mirar a los costados.

—Nadie me ha seguido. Sólo me acompaña el que le mostré crucificado. —Haciendo ver que ya conocía el

[112] Tabaquera.

vivir del rebelde, dijo: —Usted es de Los Reartes y comenzó a matrerear[113] abandonando su familia...

Le hizo el inventario de sus delitos, uno por uno y detalladamente. El pecador parecía entregarse a las palabras que salían de aquella boca rodeada de cicatrices como celdillas de panal, así como a sus ojos pardo clarito, fuertes y dominadores al comienzo, que ya se le presentaban dulcísimos y suaves.

El padre Gabriel le recordó las horas de dicha de los hombres pacíficos, que no eran menos machos por tener bondad. Resaltábale la gloria de la familia apuntalada por el trabajo honesto, el gozo de vivir amándose en la sociedad humana, la grandeza de reconstruir aquel nido suyo que el primer traspiés destruyó injustamente. Le ofrecía limpiarlo de todas sus culpas y restituirlo al hogar y a la convivencia basada en el respetuoso amor al semejante.

—Acuérdese que Cristo dijo: "Amaos los unos a los otros" y baje conmigo al pueblo. A mi vera no hay temores porque ya hablé con el comisario.

Gaucho se hallaría cansado de vivir a monte y sintió que el último ramalazo de recelo se disolvía en los ojos del cura.

—¿Cuándo ha'i ser que vamos?

—Hoy no. Quiero que esta noche piense en las palabras que oyó de mis labios; palabras que repetí porque el Crucificado me las dictó. Dentro de dos días haremos la primera tanda en la Casa que levantamos entre todos, con muy mucho sacrificio. Yo vendré a buscarlo y juntos entraremos a la villa.

La población se preparaba para festejar el extraordinario acontecimiento y aunque hasta que transcurrieran cuarenta y ocho horas no se produciría la inauguración, muchos feligreses se presentaron el día sábado dispuestos a hacer noche en la plaza e intervenir en las anunciadas fiestas populares del domingo.

[113] Vivir a salto de mata.

El párroco no cabía en sí de gozo y movíase, como lo dijera el Jefe Político del Departamento, chorreando su felicidad. Esperaban dos avezados sacerdotes que dirigirían el retiro de los muchos ejercitantes anotados en la primera tanda; su señora madre y su hermana se habían alojado en el hogar de doña Aída, provocando la euforia de Moyano que resplandecía de íntimo placer; personajes de figuración, estancieros y funcionarios formaban la *clientela distinguida con cómodo alojamiento.* También haría acto de presencia el doctor Maya, solamente al acto inaugural y como homenaje a su admirado sacerdote. Se había hecho ver asimismo Eulogio Polanco vistiendo luto por la desaparición de su buena viejita.

Con ayuda de sus colaboradores más inmediatos, el cura organizaba para el día siguiente un gran almuerzo y dió licencia para la instalación de carpas y canchas de baile en que los serranos hacían derroche de zambas y jotas cordobesas muy en boga entonces.

Amaneció con sol radiante que daría más brillo a los actos, aunque la fiesta mayor, el plato fuerte, se iba a gustar en la iglesia cuando el cura se refiriera al gran suceso.

En el instante de subir al púlpito repitióse, magnificado, el placentero rumor con que la masa lo recibía siempre.

—Bien, queridos hijos: ya topamos las vísperas de echar las majadas al corral propio. Hasta el presente usamos el ajeno con mucho penar en la travesía de Achala... Pero antes de seguir, no sea cosa que se me quede en la alforja, les hablaré de los dos sacerdotes que han de pastorear el rebaño en la Casa. Llegarán de un momento a otro y les aseguro que son muy conocedores de los Ejercicios. Déjense arrear con fe por quienes, a más de ser sabios, son rebuenos para los males del alma, tan aliviadores como la pella del puma. Y ahora sí, platiquemos un poco de la nueva obra que me tiene más retozón que muchacha en día de su compromiso. Mucho se llenan la

boca los que me quieren, diciendo que lo realizado es cosa mía y eso no es justo, ¡qué caray! Tupido se trabajó, es verdad, pero si se ha dado fin a lo hecho, no me carguen ese honor. La obra es de ustedes, que sin fe, sin entusiasmo y hasta sin el sacrificio que pusieron en ella, nada sería posible. ¡La obra que acabamos de hacer y que ustedes achacan a este cura, es de ustedes!

—¡La obra es súia! —La voz partía del fondo, cerca de la entrada, junto a la pila.

—¡Ya habló el Zorro! —replicó el cura, agregando inmediatamente—: ¡La primera vez que me das un halago, Roldán!

—¡Qué halago, ni qué fraile muerto! Es que usté ahora nos envuelve pa' que le pechemos otra cosa que se trái pensada. —La risa general fué de inusitado volumen.

—¡Estuvo buena la salida! . . . —comentó el cura luego de desahogarse, como todos—. Pero con tu permiso Gervasio Roldán, voy a insistir. Con sinceridad, pienso que los honores son de ustedes, de todos por igual, aunque ha de mentarse el nombre de uno que en la iglesia y en la Casa y en el camino y siempre, sin faltar un solo día, trabajó sin descanso. ¡Ese nombre es el de Gervasio Roldán!

—¡Tenga mano, que no me presto pa' ser sobao! —protestó el aludido.

—¡Pero oíme, hombre!

—¡No le oigo nada!

Revoleando el brazo derecho buscó la salida aplicándole mandobles al aire; mas al llegar a la puerta, ésta se abrió para dar paso a dos sacerdotes con sendas maletas de viaje. Al divisarlos, el cura dijo, dejando caer la diestra como si fuera un machete:

—¡Un momento, paisanos! ¡Abran paso ahora mismo ahí, en el medio y dejen camino como para dos mulas cargadas! —Y añadió, pero atildándose en expresión de cariño y respeto—: Pasen adelante, mis muy reverendos padres.

Por la espaciosa calle abierta como por arte de magia, avanzaron los recién llegados.

—Sigan, mis padres a la sacristía y espérenme, que ya bajo. —Y dirigiéndose a los feligreses—: Éstos son los padres predicadores; ellos suben muy alto. Yo soy corteza de tronco viejo para paso de hormigas, pero ellos son ramas donde brotan flores, pero flores que dejan fruto. Así que ya tenemos cosa linda para la fiesta.

El párroco sabía hacerse oír y obedecer por los feligreses. Si les hubiera pedido espacio de otra manera, después de mirar los serranos a los sacerdotes, aquellos abrirían calle regateando sitio y muy lentamente para dar gusto a su curiosidad. Pero sabían, en cambio, qué espacio era indispensable para dos mulas cargadas, dos moles a las que instintivamente se les da paso. Por esa razón los feligreses procedieron con rapidez.

Dos mesas interminables, tendidas paralelamente, estaban prontas para recibir a los que se banqueteaban al promediar el día, y oficiando de bastonero a la hora de comer, el cura se dirigió a los numerosos asistentes.

—¡A sentarse, señores! ¡A ver: la mesa de la derecha es para los distinguidos y la de la zurda para los que no lo son! ¡A sentarse!

Y ocurrió lo previsto por su sagacidad: la mesa de los distinguidos, se vió colmada inmediatamente.

Después de la comida, el párroco se puso de pie para poner broche con un discursito... y de paso limosnear otro viaje a Buenos Aires.

—Los de la Capital se me sientan en la retranca y quiero meterles otra lonjeada. Cada uno ponga su plata de acuerdo a la mesa que ocupa... Aquí, los de la derecha, tienen que ser más dadivosos porque son "distinguidos"... Estoy cierto que pondrán más que los humildes de la izquierda.

El sector de la derecha rindió mucho más, pues los hombres modestos, que allí se sentaran, se han visto obligados a pagar su vanidosa actitud.

Intencionadamente había dado una lección a algunos comensales pobres, pero envanecidos.

Los curas visitantes se percataron de la intención de aquel hombre tosco cuyo talento crecía por sus actos personalísimos. Al dirigirse al Retiro, para ultimar los detalles de la inauguración, así se lo hicieron saber.

—Sí —asintió— la vida de los platudos se les suele ir a la cabeza como el vino y pretenden ser lo que no son, engañándose ellos mismos, porque les queda grande. Los ricos en su teta y los pobres en la suya es el modo. Yo deseo que los pobres vivan igual que los ricos, pero sin perder su condición humilde. Sólo así podrán juntar mucha plata sin ser herejes con los que no la juntaron. Además, bien saben ellos que, para mí, la única clase verdaderamente privilegiada es, como la de Cristo, la menesterosa.

En silencio trabajaron los tres sacerdotes hasta la caída del sol.

Luego, al anochecer, en la casa parroquial, el churrasco se cocía mientras ellos tomaban mate.

Incontenible era el asombro de los visitantes, que no sospecharon verse ante tal obra, realizada por aquel cura gaucho que actuaba, entre los lugareños, con toda soltura en el chispeante manejo de la fabla local y que también hacía uso de la expresión culta cuando las circunstancias se lo imponían. Por referencias anteriores y por las recogidas en el lugar, los frailes se habían enterado de toda la actuación del cura en sólo cinco años de ministerio.

—¡Es verdaderamente una hazaña! —comentó uno de ellos.

—No tanto... Lo hecho, hecho está y no se hable más de la cosa, pues mucho queda por hacer. —Púsose de pie agregando—: Dispensen ustedes. Reparo que no hay pan y voy por él a la panadería.

Lo recolectado en el almuerzo, para el viaje a la Capital Federal, quedó en manos del ecónomo; pero como en el bolsillo de la sotana halló unas monedas, fué por el pan.

Instantes más tarde regresó irradiando felicidad al decirles:

—*Nosotros, hijos de Dios, comeremos sin pan, pues le di mis monedas a un necesitado.* Aquí algunos no comen pan y se remedian con torta al rescoldo...[114] cuando tienen rescoldo y acemita. Mañana los conocerán de cerca en el retiro.

—Los últimos serán los primeros en la mesa del Señor —sentenció uno de los padres.

—Sí, pues; pero a mis amigos humildes yo los quiero con una mesa bien servida en la tierra. Hagamos porque coman a gusto aquí, que cuando les toque cortarse no les pasará como a los cóndores, que hacen noche en el bajo después del atracón. Las almas abandonan el tripero en la tierra y podrán volar como los cóndores, si dejan aquí la bosta...

25

Aunque no cumpliera estrictamente los ejercicios en la tanda inaugural, pues el acuerdo mutuo se basaba en que Gaucho decidiría someterse, o no, al azote de las disciplinas, el párroco necesitaba mostrarse entrando con él al retiro; su golpe consistía en que todos presenciaran el ingreso del célebre matrero a la flamante Casa. Mas había confiado mucho en su poder de persuasión y el plazo concedido al maleante podría ser mortal para sus esperanzas. Por dicha razón iba muy preocupado sendas arriba, en procura de la guarida montañesa visitada dos días atrás.

A fin de descongestionar la plaza, Poste dirigía a los encargados de recoger las cabalgaduras y vehículos de los ejercitantes. A las doce se abrió la puerta del retiro, como la boca de un monstruo dispuesto a tragarse una muchedumbre cargada de aperos, mantas, jergones de chala, catres, viejos camastros plegadizos, alforjas nutridas, pavas y mates.

[114] Una forma del pan serrano de acemita.

Porque eran muchos los pobres que se hacinarían en las piezas, todos se apresuraban a elegir el lugar para tender los improvisados lechos.

A lo largo de las galerías veíanse infinidad de braseros de barro en espera de brasas y pavas; y una interminable lista de tablones sostenidos por caballetes, ocupaba un claustro en función de mesa colectiva, bajo la presidencia del púlpito reservado al lector.

Los que estaban aún en la plaza, curiosos o familiares de los que se recluyeran, vieron que el cura entró a la villa acompañando a un jinete y se agruparon en la calle para echar bofes afuera un jubiloso: "¡Viva el señor Gabriel!"

—¡Viene con Gaucho! —exclamó uno en tono pavoroso que sembró un comienzo de pánico.

Se replegaron con presteza brindándoles a los jinetes más lugar que el abierto en la iglesia "para dos mulas cargadas".

Aquella novedad asombrosa cundió como la caída de una piedra en la superficie del embalse. Faldas arriba y cuestas abajo iba el hecho sensacional jineteando labios y corazones, hasta cobrar impulso y proporción de bola en las laderas nevadas.

El cura había logrado un éxito propagandístico de gran magnitud y lleno de gozo esperanzado decíase: ¡Si pudiera traer a Guayama! . . .

Después del espectacular ingreso del arrepentido montaraz, a las dieciocho horas, se clasuró el local.

Luego hubo rigor penitenciario, súplicas, rezos, que simulaban rezongos de guanqueros[115], confesiones desgarradoras y llanto. Durante las noches los ejercitantes oirían saetas entonadas por cantores primarios, cuyas voces vibraban lúgubremente en los claustros sombríos, como mensajes del más allá. El arrepentimiento de los pecadores obligaría a votar ayunos, penitencias y hacer uso de las disciplinas que, en la hora del castigo corporal,

[115] Abejorros.

fingían el ruido de una granizada. Y todo, allí, se resolvería en una semana de sugerencias medievales.

Mientras se cumplía el encierro, los pobladores de la zona fueron sorprendidos por una gran quemazón que bajaba de Altautina destruyendo montes. El cura y los que no fueran clausurados, acudieron premiosamente con herramientas para talar un listón de sierra, abriendo el contrafuego que eliminaría la propagación por falta de material combustible. El éxito dependía de que el viento siguiera soplando como entonces.

Llevaban tres días de trajín y no pudieron evitar que dos viviendas serranas fueran abatidas por aquel infierno andante. Las pérdidas de hacienda mayor y menor fueron tan cuantiosas como las representadas por los montes abatidos. Pero lo más doloroso fué la presencia de dos quemados graves.

Al promediar la cuarta jornada lograron vencerla totalmente. El cura volvió a la casa parroquial resaturado de humo, irritadísimos los ojos y la cara roja por haber actuado muy cerca del fuego.

En aquel sorpresivo regreso vió al teniente cura en risueña charla con Chacho Míguez, joven estanciero cuya vida pecadora no lograra moderar él. Tratábase de un muchacho, famoso por sus bromas crueles y sangrientas que motivaron el caluroso repudio del párroco. Y a éste le constaba que su alocado teniente conocía de sobra tal situación.

El padre Gabriel los vió ganar la puerta de calle. No dijo una sola palabra, pero ardía él, entonces, como habían ardido los árboles.

Chacho Míguez se despidió del curita diciendo con desenfado:

—Ni él me pasa a mí, ni io lo aguanto a él, pero no le hace . . . Le aseguro que el asunto que le dije va a sonar más que una bomba en la función del santo patrono.

A fin de no oír seguros reproches, el teniente intentó

cruzar la calle, buscando refugio en la iglesia, pero un grito del cura le hizo volver sobre sus pasos.

—Sentate, muchacho.

—Es que iba a . . .

—¡Ahora tiene que escucharme!, ¿me oye, ah? —Fué tajante y desacostumbradamente rigurosa aquella orden—. No conforme con que yo te viera con ese cachafaz en mi propia casa, has ido a despedirlo . . . Hace tiempo que venías entripándome y esto rebasó lo que yo puedo tolerar. Disponé las orejas para oirme, porque la cosa va al rojo, como para quemar la carne mala que crece de vicio. Yo te traté con tupida blandura porque me caíste en la alforja de la gracia. Te di rienda suelta para no achicarte en tu misión sacerdotal, pues me constaba que viniste con muy mucha fe en un hábito que sólo ha de honrar a quienes se hacen dignos de él. Yo te advertí que Míguez es un haragán irrespetuoso y envanecido por la plata que le dejó su finado padre. También sabés que ése no piensa más que en cosas ruines y en voltear cuanta chinita le sale al cruce. Chacho Míguez es un bicho dañoso en Tránsito y en cualquier parte.

El teniente quiso excusarse, pero apenas pudo pronunciar una sola palabra porque fué interrumpido rudamente.

—¡Escúcheme, que no he terminado! Conozco otros errores tuyos y muy peores. Y como sólo yo tengo la culpa por haberte dado alas, ahora te las corto sin miramientos. Te hago saber que pensaba hablar cuando se presentase la ocasión . . . y la ocasión ha llegado en condiciones muy desfavorables para vos. Oíme bien: en adelante vas a estar a mi lado como matungo[116] en la soga corta. No te perderé de vista ni un tranco de piojo. Te haré pagar en trabajo y sacrificio la salvación del alma que empezaste a perder. Y hay más: en cuanto yo te pesque en otro renuncio grave, como tiro irá una nota al Señor Obispo, contándole todo lo que sé de tu conducta. Ya quedas advertido. Andá ahora sin decirme ni una palabra. Meditá

[116] Caballo de poco valor.

hoy y sacale punta a lo que acabo de platicar y mañana te oiré la respuesta.

Las razones del cura habían caído como fustazos en el teniente que, del blanco al rojo, mostró toda la gama aflorada por la sensación bochornosa.

Pero no cabía duda de que se alejó concentrado en el esfuerzo que hacía para no dar suelta a su encono.

—¡Hola, comisario! Aquí vengo con un buen amigo para que platiquemos un poco...

—Es Gaucho... —interrumpió el hombre, sin evitar que se exteriorizara su hervor interno al verse en presencia de quien lo había burlado repetidamente en la sierra.

Gaucho captó el mensaje mudo del policía al matrero y se colocó en guardia, echando el poncho a la izquierda para tener la diestra libre...

—¡Pero no, hombre! Éste no es el que usted piensa, pues le traigo un cristiano que acaba de cumplir ejercicios. Y sepa que hoy día se vuelve a su casa de Los Reartes, para traernos a su familia a vivir aquí cerca, en una parcelita que me cedió ese gran vasco que es el doctor Maya, a quien Dios bendiga. Gaucho, aquí presente, necesita trabajar tranquilo y ahora viene a invitarlo para que, cuando él se radique en estos lares, usted le menudee sus visitas cada vez que salga a campear cerros. Crea que es como yo se lo hago saber. Yo garantizo con mi libertad si él comete nueva hechuría.

—No la cometeré, señor. Palabra de hombre.

Cura, ex maleante y comisario eran gauchos y la promesa les bastó para entenderse.

Así quedaba el arrepentido integrando la pacífica convivencia humana.

Mediaba la segunda tanda de ejercicios, una triste novedad aplastó los ánimos, pues don Segundo, uno de los quemados en el incendió de los montes, había pasado a

mejor vida. Tratábase de un vecino solitario, cuya procedencia sólo el cura conocía por caminos de la confesión. Dicen que atraído por la bondad del padre Gabriel se cobijó en Tránsito, donde pronto se hizo querer por todos los que le trataron.

Al enterarse del deceso el párroco corrió a su vera y decidió velarlo en la casa parroquial, donde la tremenda quemazón y su saldo de miseria y luto, han sido comentados pertinazmente.

Daba fin ya el segundo retiro, haciendo que la muerte del quemado fuera olvidándose, pues el lunes inmediato se iniciaría la tercera y última reclusión de ejercitantes.

Aquellos días le nació el hijo sexto al zorro Roldán y deseaba bautizarlo a la brevedad posible. También Alba y su señora madre interpelaron al cura, pues tenían prisa por resolver una situación que éste apañaba.

Discutido el asunto por los interesados, resolvieron hacer una gran tenida popular dominguera en la plaza, contando con los ejercitantes de las tandas anteriores y los dispuestos a cobijarse en la última. En presencia de todos y en un altar de campaña, realizaríase el bautismo del pequeño Roldán y la unión religiosa de Alba y Moyano y Dorotea y Poste.

El sacristán caía en la volteada, aun contra su reticente esquive nacido, no en el disgusto personal por un hecho íntimamente acariciado como tabú, sino en su extraordinario apocamiento. Era muy superior a su contenido anímico el paso que le obligaban a dar, al que él personalmente, no se atrevería nunca. Nació como nacen los animales y tuvo la condena de ser guacho[117] toda su vida. Sólo un guacho, un ultra desheredado.

—¿Y qué hago ió, pobre de mí, con una mujer, ah? — opuso desesperadamente desmesurando los ojos.

Aquel interrogante pueril motivó otra carcajada del párroco que, cuando pudo hablar, le ha respondido:

[117] Huérfano.

—Por tu paz te lo advierto: Nunca esperes que sea ella quien diga cómo hay que hacer...

26

Ya estaba listo el altar de campaña; y en los restos de los hornos horizontalizaron varias rejas coloniales, cada una con media res con cuero que elevaba un fuerte olor a adobo serrano y chamusquina de pelo, dilatando las fosas nasales de una bullente, densa y también abigarrada multitud digna de las bodas de Camacho.

En torno a una primitiva orquesta sucedíanse las danzas de sabor criollo. No se levantaron carpas, pero eran muchos los vendedores de empanadas, alfajores, tabletas, colaciones, tamales y alfeñiques, éstos para regusto de los muchachitos y también de las mozas por quienes los galanteadores rascaban sus chuspas monederas.

Esperando el espiche de dos bordelesas panzonas de vino, poco se bebía, sobre todo en presencia del cura, aunque no dejaban de circular algunos chifles de aguardiente anisado.

Cuando sonó la campanita anunciando el momento de las anunciadas ceremonias, la gente se puso ante el ara. A una orden del cura se aproximaron Roldán, su compañera con el nuevo crío en brazos, Egisto Murúa y la chinita Trinidad.

Cumplida la consagración del niño en la improvisada pila, los ceremoniosos sacudones de manos, entrelazadas en las albricias, fueron interrumpidas por el oficiante.

—Escuchá, Zorro, que don Murúa tiene que decirte algo.

—Sí, pues. —Comenzó el rústico su discurso con gran embarazo—. Te creí mala persona, pero el padre, aquí presente, me ha hecho ver que le erré fiero...

—Y hoy te pido, en nombre de Dios, tu sincera amistad. —agregó el cura, como si pusiera broche a un dictado.

—Y entendiendo —decía Trini para ampliar la picada[118]— que ió y Egisto somos los padrinos...

—¡Justo! —interrumpió Murúa copando la brecha que le abría su mujer—. Esa tierrita pircada que te presté, de poco sirve y a vos te aiuda muy mucho. Y decido que mi cachorro se la done a este ahijao que le diste a su tata.

Hubo un silencio que cortó oportunamente el cura, gritando:

—¡Ponele cerco con tus brazos, Roldán!

Así se produjo la reconciliación de manera definitiva.

Después les tocó el turno a Poste y Dorotea, cohibidos, duros, color tomate hasta el cogote. El sacristán volteaba los ojos a derecha e izquierda, como diciendo: ¡Qué pensarán ustedes! Pero se excusaba al mismo tiempo haciendo ver que no obraba por su cuenta sino que lo iban arreando.

Por último llegó el turno a Alba y Moyano. Éstos se movieron con mayor soltura, con el apoyo de quienes conocían a fondo tales actos. Alba mostróse trémula, cimbreante como un mimbre y muy ruborosa. El novio se esforzaba por aparecer tranquilo, sacando pecho para lucir el traje de bodas y su detonante chaleco rojo abrochado cerca del cuello, endurecido por el almidón, que parecía acogotarlo. Los bigotes del administrador se veían más estirados, más "puntudos"[119], más "guampa de toro cimarrón" que nunca.

Los efusivos abrazos, el llanto maternal, el besuqueo de los parientes y las maliciosas bromas, fueron interrumpidas por un vociferante paisano que allí cerca rayó el piso con su montado.

—¡Padre! ¡Dicen que vienen Guayama y sus montoneros! ¡Los divisaron aiá lejos, en el camino!

Cundía el terror que el cura pudo dominar a gritos.

—¡Tengan mano, que Guayama viene a los Ejercicios!

El estupor general era inmenso, indescriptible. Todos

[118] Calle abierta en el monte.
[119] De puntas agudas.

se detuvieron al escuchar al sacecdote, pero conservando el pie avanzado y el busto listo para echarse a correr de nuevo.

—¡Hay que recibirlos con música y fiesta! ¡Ayúdenme, caracho! —gritaba jubilosamente en una explosión eufórica.

—¡Mírelos! ¡Despacito se vienen iegando!

A mil metros de distancia, una tropa avanzaba al tranco de sus andaduras. Ya era cosa indudable, para el cura, que el arrepentido bandolero bajaba de las sierras llamado por Dios a la Casa de Ejercicios.

Muchos querían individualizar al legendario caudillo.

—¡Ha'i ser el que monta el overo!

—Pa' mí, que es el del zaino.

Erguido y vibrante, el párroco se ahogaba de emoción. Su gran golpe estaba a punto de hacerse realidad.

—¡A ver! ¡Corten ramas y les ponemos un arco de triunfo! ¡Los postes están en el fondo de la iglesia! ¡Volando!

Todo se hacía con nerviosa celeridad. Llovían ramas de los árboles mientras la cabalgata movíase lentamente, llegando a unos cien metros de la plaza y desde allí, en forma sorpresiva, desapareció al galope dejando a los testigos llenos de incertidumbre.

El cura había contenido el aliento y su rostro se congestionaba. Desconcertados todos, no sabían qué hacer ni qué pensar y mucho menos explicarse aquella maniobra.

—¡El del overo era Chacho Míguez! —denunció uno.

—¡Es obra de ese trompeta! —reforzó Roldán—. ¡Él puntiaba la tropa pa' dirse riendo después!

Abochornado y abatido, el sacerdote se cubrió con una máscara de cera, dando, al mismo tiempo, la impresión de que se le caían los hombros restándole estatura. Como un tizón ardiente le quemaba el alma aquella burla de un bandido que así despedazaba uno de sus más acendrados sueños, el más grande quizás.

—¡Usté se equivocó, señor! ¡El Judas no tenía barba! —gritó Roldán poniéndose en acción.

Saltando sobre su caballo en pelo, el Zorro corrió, furioso, en busca de los bromistas, mientras silenciosamente el párroco cruzó la calle para hundirse en la iglesia.

Dicen que lloraba. Todo puede ser, porque la desgarradura fué bárbara. La fidelidad llevó a Poste por el mismo rumbo.

Mientras urdían y desataban comentarios, los asistentes a la fiesta vieron regresar a Roldán taloneando su montado con ahinco. Ya en la plaza, se orientó un momento y fué al lugar en que el curita teniente hacía aspavientos, dolido por la burla.

—¡Al otro le puse en la jeta una tarja[120] a cuchíio, como recuerdo, pero a vos te libra esa ropa que te vo'a tundir a azotes, bandido! —gritaba exasperadamente el Zorro.

Mucho costó salvar al ayudante de aquella paliza.

Después los paisanos condujeron al heridor a la iglesia para que el comisario no lo detuviera.

Una hora llevaba don Tobías esperando ser atendido por el párroco. Cuando éste abrió la puerta, sus párpados edematosos y los ojos enrojecidos dijeron su dolor.

—¿Está aquí Gervasio Roldán, padre?

—Todavía no lo vi, pero Poste me ha dicho que le dió amparo en la casa de Dios.

—Pues tengo que ievarlo preso.

—No se lo entregaré, don Tobías.

—¡Ió soy la autoridá, señor Gabriel!

—Y este es un recinto sagrado que usted me va a respetar. —El cura se recobraba.

—¡Es que el Zorro le puso un barbijo al estanciero Míguez!

—Ese ateo me puso uno más grande en el alma. —Y agregó lastimosamente—: Dígame, comisario: ¿usted acepta que yo merecía la burla salvaje que me hicieron? —Accionaba con desesperación—. ¿Fué justo el bochorno a que me han sometido?

[120] Un corte, una señal.

La emoción lo estrangulaba, impidiéndole hablar. Condolido, don Tobías le dió tiempo a serenarse un poco y concedió luego:

—Por usté, padre... Iá no se lo pido al Zorro.

—Sí; deme el barato[121], que yo lo he de castigar a mi modo para que no vuelva a las andadas. Usted ya sabe que Roldán es un poco obra mía.

—Tampoco daré parte al jefe que, gracias a Dios, no 'tá en la fiesta.

—El cielo, se lo pagará.

El policía se cruzó con Moyano al salir.

—Su señora madre y Alba quieren verlo y hay muchos otros que...

—No estoy para recibir visitas, Moyano, ni quiero condolencias. Es verdad que me humillaron, pero ya perdoné. Disculpame y que me perdonen si no voy a la plaza. Atendé la fiesta diciendo que yo tengo muy mucho que hacer. Procurá que no dejen de divertirse y contales que el chirlo ni me hizo cimbrar. —Hablaba en tono de circunstancias y. taponando resquicios a la respuesta, reclamó en seguida—: ¡Sacristán!

A un costado del altar se asomó el nido estudiando la situación; después se hizo presente el Poste denunciando el lugar en que se ocultaba el Zorro.

—Mande, señor.

—Tomá la llave; acompañalo al señor Moyano a la plaza y divertite con tu mujer. Cerrá al salir y le decís a Trinidad Gómez que me vea luego.

—¿Cargo la iave, entonces? —preguntó al sacristán disponiéndose a salir con Moyano.

—Echala adentro por abajo de la puerta.

Ya solo, paseábase el cura para recobrar la serenidad, pues tenía que reprender muy severamente al Zorro. Estaba obligado a reprocharle un hecho brutal..., ¿pero cómo condenarlo si ese acto, aunque horrible, lo abrochaba a su vida? Roldán obró bajo la reacción que a él lo llenara de angustias. Antes se sentía cerca del rebelde

[121] Ocasión, alternativa.

rezongón y en aquel momento mucho más. De cualquier modo tendría que sacudirlo, ayudándole a que pusiera un freno a sus impulsos. Además: era indispensable que le impusiera un castigo para dar satisfacción a la autoridad.

—¡Salí, Roldán! —ordenó secamente.

El asilado dejaba su escondite.

—¿Sabés a qué vino don Tobías?

—Sí, señor.

—Bueno... —dijo con mansedumbre—. Arrodillate y rezá en silencio a mi vera. A ver si nos serenamos un poco y Cristo nos aclara las entendederas.

Mucho estuvieron allí, orando de rodillas, en la soledosa nave que frecuentemente se llenaba con el bullicio de la plaza llegado como eco del refocilo popular en desbordante goce de vivir.

—Levantate y vamos a la sacristía, Roldán. —El incurso lo siguió—. Acomodate en ese banco.

Caminó de pared a pared varias veces. Luego se detuvo frente al Zorro.

—¿Por qué hiciste eso?

—Pa' cobrar una ofensa que le hicieron a usté.

—¿Yo te pedí que la cobraras?

—Aunque no lo pida: si la hacen, se la cobro.

—¿Después de esto también?

—¡Ni pienso dejar que lo ofiendan!

—¿Vos te crees que soy incapaz de defenderme?

—Le sobra cuero, pero la sotana lo manea y ió ando sin sotana.

La ciega adhesión de aquel hombre lo emocionaba más, pero creyó necesario reaccionar con alguna violencia.

—¡Nunca te di vela para tanto! Debés saber que apenitas fuí ofendido, desde la cruz me mandaron que perdonara. ¿Y quién sos vos para borrar una orden divina? —De nuevo anduvo de pared en pared—. Ahora tendré que castigarte, Roldán.

—Sí, señor.

—Pues... —Era duro condenarlo, pero no tenía otra solución—. Hay media legua del camino a Panaholma

que está en malas condiciones. Vos lo arreglarás sin yuda de nadie.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana.

—Cumpliré.

—Gracias, compañero... —La incontenible angustia lo desbordaba otra vez.

Y no pudo evitar el desgarrador sollozo que puso de pie a Roldán, protestando desesperadamente en la blasfemia que, por hábito, siempre fué su válvula de desahogo:

—¡No me iore, carajo! —De lo más hondo le salió el grito, trayendo el llanto a la rastra.

Apoyado en el pequeño altar, el cura se cubrió la cara con las manos, mientras el Zorro veía un paisaje cada vez más deforme y desdibujado a través del ventanal.

Luego de cubrir él solo las obligaciones eclesiásticas, porque el amedrentado teniente abandonó la villa la noche anterior, fué a despedir a su señora madre, pues Alba se radicaría con su esposo en Tránsito.

A su regreso a la casa parroquial lo esperaba el mulo ensillado y con una pala y un pico atados a las grupas.

El suplente de Poste, en tanto durara el permiso "de miel", le entregó un sobre cuyo marbete decía de un Congreso Nacional de Católicos y él, sin darle mucho valor lo puso en el bolsillo de la sotana, para irse rumbo al norte a ver si Roldán cumplía su penitencia.

Desmontó cerca del pecador, preguntando:

—¿A qué hora empezaste?

—Amaneciendo.

—Sólo vine para saber si trabajabas... pero ya que estoy, me quedo un par de horas de centinela... —Ataba el macho a la sombra después de aflojarle la cincha—. Dos horas no más, porque tengo que atender el último encierro de ejercitantes. —Hablaba levantándose la sotana que ceñía el pañuelo rojo con el breviario en sus pliegues.

Sacerdote, pala y pico entraron en acción.

—Cumplí tu penitencia, Roldán y dejá de mirarme —ordenó mientras rellenaba un bache.

El otro comprendió el significado de su gesto, pero nada le dijo. Trabajaron sin hablarse, cada uno en su lugar, y de pronto se oyó la voz estrangulada del castigado:

—¡'ta que lo . . . ! *¡Viendo un hombre tan güeno, dan ganas de iorar!*

—¿Llorar, dijiste? —preguntóle volviéndose bruscamente.

—¿Iorar? ¡Ni pa' cuándo!

El Zorro quiso recuperarse en vano, pues tuvo que volverle la espalda. Y metiendo la herramienta en la tierra floja, mostró un minúsculo pedacito de la serranía condecorado con la lágrima del hombre.

27

HASTA el anochecer se ha multiplicado el cura en el comienzo de la tanda y, al retirarse a su vivienda, lo reclamaron intempestivamente:

—¡Oiga, padre Gabriel! Hay un tal Olmos, muy nervioso el hombre, que pide ser confesado por usted ahora mismo.

—¿Olmos? Ah, sí; debe ser Venancio, que como por obra de un milagro lo he visto entrar a la Casa. Es bastante ateo, o se hace el ateo, porque pertenece a una casta muy creyente, pero salió rebruto, ignorante como un animal.

Aquellos ojos de ángel o de fiera reflejaban la última condición citada al sentenciar, visiblemente alterado:

—¡No puedo absolverte! —Y replicó luego de escuchar una llorosa oferta bisbiseada—: No es cuestión de dinero, sino de conciencia. Antes de que yo te absuelva, Dios oirá que tus víctimas te perdonaron. —Luego se puso de

pie, ordenando en forma recia, terminante—: ¡Tenés que irte de este techo! ¡Liá tus cacharpas[122], que te aguardo en la salida.

Cuando Olmos llegaba con su bagaje al hombro, el sacerdote abrió la puerta y, ya en la vereda ambos, díjole, furioso:

—Adentro te habló el cura confesor, pero ahora vas a escuchar al hombre. ¡Sos un miserable, Venancio Olmos! ¡Sos un miserable, caracho!

—Les quemé el monte porque me ventajearon vendiendo la leña...

—Y vos, que tenés fortuna, por unos cochinos reales has dejado sin techo a dos familias cristianas con muchos hijos, tirando a la manchancha[123] la riqueza de la zona, que se hizo ceniza y humo para darle placer al demonio, y además nos diste cuatro jornadas de tareas brutas en la quemazón y como si eso fuera escaso, mataste a un hombre como don Segundo, que se cortó por las quemaduras, y dejás otro vecino nuestro desfigurado para toda la vida. ¡Repito que sos un miserable, Venancio Olmos! Y agradecé que el secreto de confesión no me deja entregarte a la justicia. ¡Salí de acá! ¡Andate y viví tu arrepentimiento pensando en el lugar que el demonio te reserva en sus fogones bárbaros!

Cerró la puerta bruscamente y atravesó el patio, para salir por los fondos, aprovechando una puerta que daba a la calle lateral, frente a su vivienda, donde le aguardaba otra novedad.

—¡Hola, señor casado! ¿Sólo un día te tomaste? —El nido del poste humano reflejaba tan radiante felicidad que hizo agregar al cura—: Por lo visto supiste qué ibas a hacer con ella, ah?

La intencionada pregunta sonrojó al flamante esposo, cuya actitud dió a entender que lo sabía todo y sobradamente.

[122] Bártulos, enseres.
[123] A voleo, al aire.

Si vas a quedarte hacé unos matecitos mientras preparamos la manduca.

—Dorotea la está haciendo... Ya nos alojamos en *el* galpón.

—Te vamos a hacer otra comodidad.

Agradeciendo a la Providencia aquella compañía, llegada como una compensación de momentos dolorosos vividos durante las últimas cuarenta y ocho horas, luego de cerrar la ventana porque había refrescado mucho, comenzó a vaciar las árganas, como típicamente llamaba a sus atiborrados bolsillos, y dió con el sobre *que le enviara el congreso católico con el nobilísimo propósito de impulsar las obras religiosas.*

La privanza en que la mayoría de esas instituciones desarrollaba sus actividades permite seguir orientaciones precisas sin llegar, siquiera en proporción apreciable, a una solución práctica.

Una de las tantas prédicas estériles debía ser la de dicha asamblea, instalada en uno de los más prestigiosos locales de que se enorgullece la Capital.

Entre los números del programa, el congreso se proponía estudiar el desarrollo de la catequesis en nuestro país, mediante una información verídica de los señores párrocos, los más fidedignos y los más capacitados para asesorar en la materia y aportar luz al estudio del tema.

Y como a todos, allá le cayó al cura, en su mismísimo apartado rincón serrano, una larga y atildada circular redundante en hermosos conceptos y de eufemismos elegantes.

Me lo imagino en ese avispamiento, entre suspicaz y despectivo del gaucho serrano, no habituado a las pulcritudes ciudadanas y menos a los requiebros refinados, ni siquiera en las palabras de halago. Más de una interjección pintoresca, de aquellas que le eran tan familiares, debió brotar de sus labios rústicos, como era todo él, pero leales en su expresión como su alma toda, clara y abierta, siempre incondicionalmente al servicio de la verdad. "¡A buen monte vienen por leña!" diría él.

Inquieto, frunciendo el ceño ante aquel maremagnun

de términos elevados y cultos, crisparía sus toscas manos haciendo trizas el fino petitorio del congreso.

Después de la cena, con ayuda del farol se dispuso a responderles, haciendo que hasta muy tarde se viera luz en la casa parroquial.

Vean: —releía lo ya escrito— ustedes me preguntan cómo anda por acá eso de la doctrina cristiana; qué es lo que se ha hecho y qué es lo que podría hacerse para mejor difundir la enseñanza en mi parroquia. Seguro de no mentir puedo decirles que en El Tránsito, en Villa Dolores y en todos los departamentos serranos no hay nada que hacer, como no sea seguir haciendo lo mismo que se hace y conservar lo ya hecho. Si no lo quieren creer pregúntenselo al padre Villarubia, jesuíta misionero que, habiendo venido una vez aquí, pudo comprobarlo.

Y más adelante releyó:

Ya lo ven ustedes, pero lo que ustedes no ven es cómo he llegado a conseguir ésto en mi parroquia y en todos los departamentos.

Yo creo, salvo la opinión de ustedes, aunque la experiencia me aconseja dar más fe a la mía, que eso es lo que conviene hacer en todas partes.

Eso de los congresos... ¡Hum!... No creo que sean ellos los que van a reformar el mundo. Por lo general siembran a manos llenas las mejores ideas y las más lindas palabras, y total: nada entre dos platos; porque cuando llega el momento de recoger los proyectos, votos y resoluciones, la obra práctica de hacer de las palabras hechos, el globo de las intenciones se desinfla y de su bulto no queda ni la sombra. Así les sucedió una vez a los cangrejos, que llegaron cierto día a percatarse de lo desairado y ridículo que resulta el que, mientras todos los animales marchan hacia adelante, sólo ellos caminan para atrás. Resolvieron reunirse como ustedes, en congreso, para imponer a todos los de la especie un cambio inmediato de actitud. Se discutió largamente el punto, se sancionaron severísimas leyes penales para los cangrejos jóvenes que desde aquel mismo día, el de la promulga-

ción, no caminaran para adelante. Con los viejos se adoptó un temperamento de tolerancia. Pero como todo acá abajo tiene que terminar, terminó también el congreso y los cangrejos, empezando por los más ancianos, emprendieron la retirada caminando como sabían, esto es, para atrás. Y, o influenciados por el ejemplo, o porque tampoco sabían hacerlo de otra manera, los cangrejos chicos hicieron otro tanto: caminaron para atrás. Y así no más siguen caminando.

Golpes en la ventana y una voz llena de desesperación, lo sobresaltaron.

—¿Quién va? —preguntó luego de abrir.

Buscaba delante suyo, pero del suelo le llegó el ruego de un hombre humillado.

—¡Piedá, señor Grabiel!

—¡Sos vos, Venancio Olmos? ¿Qué querés ahora?

—Me volvía a las casas y... ¡ió nunca tuve miedo!; nunca fuí vil caminando de noche por la sierra... ¡Y ahora el finao don Segundo se me apareció en la cuesta como un fantasma! ¡Dos veces, señor! ¡Él me hizo regresar!

—¿No sería el diablo, que vino a alzarte para el infierno? —contestó con crueldad.

—¡Quise degoiarme, pero no pude porque él me agarraba!

—Ibas a cometer un pecado más terrible. Pero andá sabiendo que quien te paró la daga fué un ángel, porque seguirás sufriendo tupido en la tierra, hasta que saldes tu crimen.

—Pero, ¿cómo podré pagarlo?

—Te será costosa la salvación.

—¡Ió pago, señor!

—Salvate haciendo que te absuelvan tus paisanos. Después lo hago yo en nombre del cielo.

—¡Enséñeme, padre! Usté los salvó al zorro Roldán y al Gaucho. Luego lo salvará a Guaiama

—A ellos los han perseguido, obligándolos a seguir siendo pecadores por necesidad de comer y defenderse. Vos, en cambio, lo hiciste por maldad.

—¡Le ofrezco cualisquier cosa si me sálva!

—Tenés plata hasta de vicio y siempre me negaste tu limosna.

—¡Ahora le doy! —ofrecía, sollozando—. ¡Salvemé del finao, por caridá!

—Te dije que cuesta mucho ese favor.

—¡Pago lo que pida!

—¿Lo que te pida? . . . —Meditó un instante—. Vení entonces. Entrá.

Apabullado fué el hombre, con atisbos de paranoya en los ojos que se le salían de las cuencas, haciendo que el cura se ablandara un poco.

—En este lugar bendito nada te pasará. Tranquilízate y platiquemos. Ponete hincado. Bien . . . Ahora oíme: sos dueño de tierras y de muy muchos patacones enterrados que te hicieron perder el rumbo. Una parte de esa plata la gastarás si querés salvarte. Pero, para que no digas que te saqué ventaja como el que vendió la leña, no te tomaré un solo real para mis obras. Usarás lo que sea, de lo tuyo, reponiendo los dos ranchitos de gente pobre que la quemazón se ha llevado. Darás al tuerto Leiva, ese pobre quemado que va a quedar más fiero que un leporino, un poco de tierra en calidad de mediero. Hiciste un gran desbarajuste y lo tendrás que reajustar con un bien más grande. Sólo así te salvarás.

—Sí, señor . . .

—Pero hay algo, todavía: en tus tierras hace falta un canal de riego. A una legua tenés una gran vertiente que se va al Panaholma sin ser útil a nadie. Tendrás que llevarla por las cuestas hasta tu finca, dejando un ramal grande para que se mojen los tablones sembrados en los ranchitos que vas a construir y devolver y al del chuico[124] Leiva y también a los que pueblen después aquel lugar de suelo rico, pero seco. Para el trabajo tomá los hombres que quieras, pero vos has de cinchar más que ninguno, hasta que tu daño tope el remedio y no haya

[124] Tuerto. Le falta un ojo.

peligro de que el alma del finado se te vuelva a aparecer.

—Sí, padre.

—Yo iré a indicarte cómo se hace el canal y las acequias y todo lo demás.

—Juro que cumpliré, padre.

—Andá y poné manos a la obra sin perder tiempo. El hombre mostraba terror al mirar hacia afuera—. Si tenés miedo tendé el recado aquí y mañana será otro día, Olmos.

El cura le desensilló el caballo y, luego de ponerlo en los fondos, le dió el arnés de montar al pecador para que tendiera la cama en su habitación.

28

Dorotea, la mujer del sacristán, dejó un plato con sabrosas tabletas serranas y los vasitos en que el cura estaba sirviendo anisado a los asistentes a la reunión: sus más eficaces colaboradores entre la gente de pro de la zona. Allí estaban el Jefe Político, el doctor Maya a punto de regresar a la ciudad, doña Aída, Moyano, el arquitecto don Fidel, el comisario don Tobías y algunos pudientes de Mina Clavero y las sierras, hallándose entre éstos don Egisto Murúa, el rústico que, según decía el padre Gabriel, "por un cachorro se iba decenteando".

Deseaba el cura ver allí a Roldán y otros humildes que trabajaron mucho con él, pero ya sabía con qué bueyes araba . . .

—Sí, pues, mis amigos. Nos juntamos para platicar de lo hecho y lo por hacer. La Casa, aunque le falten algunas cositas, galopa con el fruto que ustedes ya conocen. Nuestro administrador presentará sus cuentas visadas en Córdoba y van a ver que con poca plata hicimos lo que hicimos. Y es verdad que pegamos el gran golpe, pero ahora no es cuestión de cruzarse de brazos.

A renglón seguido habló de la necesidad de tener en

Tránsito una gran escuela, con alojamiento para internadas.

—Nuestras niñas viven en atraso, señores, y es preciso hacerlas más dulces y modositas por medio de la educación. Es un deber ofrecerles el mejoramiento, no sólo a las nuestras, sino también a las de San Luis y La Rioja. Yo platiqué con muchos jefes de hogar de aquellos sitios y todos apañaron la idea prometiéndome traer a sus hijas, como internadas. Si nos ponemos, la cosa será más fácil que pelar rabos podridos. Contamos con gente fogueada y no es momento de dejarla enfriar. ¿No les parece que, para seguir fregando al diablo tenemos que hacer la escuela?

Se votó el asunto afirmativamente y con calor. Después dedicáronse a comentarios sobre distintos tópicos y a gustar el resto de las tabletas.

—¡Caracho! Estas golosinas me recuerdan que mi hermana vive ahora entre nosotros y que debo visitarla. Es que ando con tanta tarea . . .

—A propósito de tarea: ¿cómo va el asunto del tren?

—Amenaza ir de ligero como piojo en el barro. Por ahora nos conformaremos con dos caminos que nos comuniquen con Córdoba, porque los que hay son peor que malos. Los tendremos, uno vía San Roque y Los Gigantes y el otro por la Pampa de Achala.

Al día siguiente comenzaron los preparativos iniciales de la nueva obra y los ¡Hay que pechar otra pelota! de Roldán, quien lamentaba secretamente la penitencia que no le permitía ser el primero en presentarse al trabajo.

El malacara movía las orejas echándolas adelante, primero una, después la otra, o las dos a un tiempo. El viaje sería duro, pues le cargaron las alforjas bien abastecidas. Apresuradamente montó el cura para tomar rumbo al sur hasta la altura de Nono y de allí hacia la izquierda, llamado por una familia muy amiga, cuya señora mayor se hallaba muy enferma. Pese a su buen empeño, ya estaban velando a la anciana cuando él llegó. Detúvose allí

unas horas para dar ánimo a los deudos, sobre todo a una moza profundamente dolida por la desaparición de su señora madre. El cura acercó su ternura a la llorosa muchacha para infundirle resignación y al fin, aprovechando que él hacía un cigarro, tal vez para entretenerla, le enseñó a picar y hacer el chaludo a su manera, es decir, excesivamente largos.

—*Vea, hijita. Ésto la acompañará. Piteló despacito y tomelé ese churo sabor gaucho que tiene. Más luego, como al atardecer, use otro y mañana el tercero, pues aquí le dejo tres.*

La muchacha comenzó a fumar con los consiguientes accesos de tos. Los otros cigarros no le produjeron tantas reacciones. Así se aficionó a echar humo, como muchas mujeres de la sierra. Tiempo después, ya viejita, habría de recordar con emoción al gran apóstol que le enseñara a pitar.

Después el párroco se echó al camino, rumbo al oeste, internándose en las provincias de San Luis y La Rioja. En dichos lugares había hecho época la inauguración de la Casa de Ejercicios y aprovechando aquel fervor obtuvo buen acopio de limosnas, muchas promesas de enviarle elementos para la nueva construcción y no pocas internadas para el futuro colegio. Al regresar buscó una derecera el incansable párroco para ver a Olmos; halló a éste cubierto de barro, en una de las viviendas que levantaba para las víctimas de la quemazón, haciendo grandes chorizos de paja y adobe para forrar los horcones del nuevo rancho.

—¡Io cumplo, padre! —díjole jubilosamente.

—Empezás a reconciliarte con Dios y con los hombres, Venancio. Y del canalcito que traerá el agua, ¿qué hay?

—Se hace como usté lo mandó y camina que da gusto. Dejé a los peones trabajando, pues un día vengo acá, otro al poblao[125] de los Díaz y el otro al canal.

Por temor a que el finado don Segundo volviera a

[125] Edificación.

aparecérsele en forma de aparecido, Venancio Olmos procuraba recuperar urgentemente su alma.

En su habitación parroquial el cura fué sorprendido por una jocosa novedad: Dorotea padecía náuseas y mareos. Poste dejaba en aquel momento la correspondencia recién llegada, al alcance del párroco, mostrándose nervioso y preocupado por el sufrimiento de su mujer.

—¡Poco te costó aprender!, ¿ah? —díjole el cura, disponiéndose a insistir bromeando.

Pero fué interrumpido por un joven jinete que clavó los garrones de su andadura en la calle, echando luego pie a tierra con mucha prisa.

—¿Ande se halla el señor Gabriel? —gritó el recién llegado.

—Aquí estoy, muchacho. ¿De dónde sos?

—De San Juan vengo con un chasque de Guaiama —respondió el emisario entregándole un papel escrito con perfiles torpes, pero de contenido patético:

—"Venga, me matan, Guayama" —leyó con voz insegura.

Aunque habían transcurrido tres años desde la célebre entrevista en la selva riojana, el montonero no había olvidado a quien fué a él con tanto calor fraterno en sus intenciones.

Aquel mensaje produjo un íntimo remezón que hizo "apretar las verijas" al cura. Pensó salir inmediatamente para San Juan, pero el desenlace del drama estaba allí, en el titular de un diario que Poste tomó de la mesa: *El montonero Guayama fué asesinado por los policías de San Juan en una fraguada sublevación de presos.*

—Llegaremos tarde, muchacho... La justicia humana hizo de las suyas, pero Dios será piadoso con tu jefe.

El chasque dilataba los ojos en forma terrible. Lívido estaba cuando gritó:

—¡Lo mataron!

Después saltó como un puma sobre el caballo.

—¡Ju'e putas! —Temblábale el puño en alto y todo él se hizo una llamarada en la injuria a la sociedad.

Picó espuelas y se fué.

—Como tu jefe, pudiste ser bueno y no te dejaron, muchacho. Dios te perdone todo el mal que harás para vengarte . . .

Aplastado por el dolor permanecía el cura.

—*Me lo mataron* . . . —dijo en un sollozo—. *Afirman que Guayama fué muy malo. Para mí era un buen amigo y un manso cordero.*

Se había apagado una estrella en la gran esperanza del padre Gabriel.

Antes de lo previsto se presentó Roldán a servir en la edificación del Colegio de Niñas.

—¿Qué hacés aquí? —preguntóle el cura.

—Mientras usté se jué a pasear en su malacara, ió terminé solo el trabajo.

—Bien, Zorro. Andá ahora a decirle a don Tobías que ya diste fin al castigo.

—¡A ése no lo trato! ¡Que venga él, si quiere!

Para alivio del padre Gabriel destinaron un nuevo teniente cura, que ocuparía el lugar del que abandonó Tránsito por temor a Roldán. Pronto congeniaron el cura y su teniente.

La contracción al trabajo y el respeto a su sacerdocio agradaban al párroco, que tuvo en él un eficaz ayudante y alguien a quien confiar la feligresía, en las salidas a la sierra que él realizaba.

Atendían ambos las confesiones, ocurriendo que dábanse en mermar los que confesaban con el cura. Cierta vez, había muchos esperando turno ante el teniente cuando él ya había despachado el último de su sector. Impaciente, les ofreció entonces, medio en broma, medio en serio:

—*¡A ver! Le doy veinte al que se confiese conmigo!*

—Pues sí, mi querido padre Gabriel. Sabe usted que

estaba decidido a radicarme temporariamente en esta serranía con mi gente.

—Lo siento en el alma, doctor... Pero los hijos son los que ordenan, porque de ellos es el futuro y hay que educarlos hasta donde alcancen los posibles.

—No obstante, vendremos a pasar las vacaciones y yo me presentaré solo, alguna vez.

—Eso es agradable para quien ha llegado a quererlo de verdad, doctor Maya.

—Puedo afirmar que le retribuyo su afecto con toda amplitud. Pero también otro lío me trajo a verle hoy. Tengo en la finca peones en los que no confío mucho y he de rogarle que me recomiende usted una familia de confianza que yo pueda dejar de casera. Aquí le traigo las llaves y usted mismo les dará ubicación.

—Pues sí que conozco una. Un matrimonio que tiene hijos grandes. Ellos le defenderán su finca. Pero dígame otra cosa: usted tiene, además de la chacrita que me prestó para Gaucho, varios tablones de tierra desmontada.

—No trabajándolas el propio amo, de poco sirven.

—Yo tuve siempre fe en los hombres, doctor. Le voy a confiar la finca al Gaucho en las condiciones que usted mande.

—Pues... que sea con un tercio para mí.

—No; como mediero será. Deme las llaves.

Estaba en noviembre de 1879 casi totalmente concluído el edificio destinado a Colegio de Niñas, acercándose así el cura a la culminación de otro de sus estupendos proyectos. Dos meses más tarde, en enero de 1880, hubo fiesta al inaugurarse el mismo que, con la Casa de Ejercicios y la iglesia taparon cerca de una hectárea de tierra. *La Casa y el Colegio quedaron a cargo de quince Esclavas del Sagrado Corazón, entidad ésta, que el propio párroco había elegido para guardar las expresiones más altas de su monumental obra.*

Siempre tenía en sus labios la broma o el donaire a lo criollo y con ello restaba importancia a lo abnegado de sus actos.

Sin tomar cosa alguna en toda la mañana, estuvo atendiendo a los que iban llegando, preparándolos en la iglesia para las confesiones que estarían a cargo del Señor Obispo, visitante del curato, y del suyo propio. Después del almuerzo, muy tarde ya, pudo tomar tiempo para dormir la siesta, pero volvió al templo y después de preparar todo pidió a un seminarista que le ayudaba:

—Andá al Señor Obispo y decile que digo yo que las herramientas están listas; que cuando guste puede venir a operar.

Acudió el Obispo y los serranos se sentían cohibidos, pero el padre Gabriel se levantó para decirles campechanamente:

—Miren: a mí me pueden tener miedo porque les conozco las mataduras. Pero a este señor de rojo no le teman a los colorines. Es mansísimo y bonachón, como para subírsele por los garrones.

El párroco estaba al tanto de pecados y pecadillos de su feligresía, y como hombre de acción, enemigo de andarse por los gajos, despachaba prontamente a sus confesantes. En cambio, el Obispo, tenía que detenerse para conocer al sujeto y obrar conscientemente en consecuencia.

El jerarca oía las frecuentes palmadas y el repetido ¡otro! con que el cura anunciaba la terminación del acto y el comienzo del siguiente. Tan acelerada le pareció al prelado aquella manera de obrar, que no pudo resistir al deseo de hacerle saber, al cura, que era mucha prisa y que se detuviera y meditara, para ser justo en nombre de Dios.

El padre Gabriel guardó respetuosamente silencio, dando así la seguridad de que su superior sería obedecido.

Pero qué le podrían enseñar, en la conducción de aquellas vidas simples, al hombre de talento y viveza criolla que, cuando el obispo volvía a su puesto, echó a rutilar en sus ojos pardo clarito una lucecilla movediza. Y su

alma también brincaba por la travesura que planeó mientras oía al amable del prelado.

Prosiguiendo en función de confesor volvió a batir las manos y dijo con voz destacada:

—*¡Otro!*

Con igual ritmo que antes despachó a éste, pero sin palmadas y en silencio, asomándose luego para llamar por señas al siguiente. También el segundo fué despedido en la misma forma. Y al terminar con el tercer confesante, recién entonces golpeó las manos, reclamando con voz que pudiera ser oída por el Obispo:

—*¡Otro!*

El jerarca, los confesantes y él quedaron ampliamente complacidos.

29

PASARON los años; el Colegio de Niñas marchaba, eficientemente atendido por las monjas que el cura buscó para el cuidado de sus dos obras fundamentales y queridas.

El doctor David Luque, director espiritual de dichas religiosas, impuso una severa disciplina de encierro y meditación a sus dirigidas. En cambio, el padre Gabriel usaba un sistema de carácter externo y personalísimo; él necesitaba una actividad permanente, más exterior que interior y por eso lograba realizaciones estupendas, hijas de su extraordinario dinamismo.

El cura cumplía como nadie su labor espiritual, pero al mismo tiempo era esencialmente realista: se daba íntegro a hacer, a construir y no aceptaba el renunciamiento a la lucha. Los frutos tangibles, de contenido humano, reforzaban su tesis.

Luego de atender el colegio, a las monjas les quedaba un saldo de energías vírgenes que, sumadas a las suyas, les hubiera dado la oportunidad de ser más útiles a su fe y al medio que los sustentaba.

Tan distintas apreciaciones dieron origen a un tira y afloja entre el doctor Luque y el párroco.

Pese a todo, el cura adquirió predios y con sus frutos y otras ayudas, dotaba a las monjas. Y continuó construyendo.

Tirando y aflojando transcurrió un tiempo, hasta que reventó la cuerda tensa y el cimbrón[126] fué a castigar al ardiente cura, pues desde el reducto edificado por él, otro sacerdote, el doctor Luque, mandó "no hacer", *decidiendo que el párroco no tuviera el menor influjo en la dirección de aquellas religiosas, dado que habría de mirarse por el acuerdo y conformidad en el proceder. Por eso ordenaron, por carta a la Superiora, que no se confesaran ni dirigieran por el señor cura, como lo habían hecho hasta entonces, sino por el sacerdote ayudante.*

Fué un recio golpe, y aun cierta humillación, por cuanto parecía que se llegaba a dudar de la prudencia y ecuanimidad de espíritu del párroco. Quedaba herido en el corazón, por tratarse de quienes él mismo había llevado para sus obras y a quienes tanto amaba. Recibió con serenidad esa determinación y supo apartarse, procurando, con el mismo afán, los bienes de dotación para la Casa y el Colegio.

Sufría, mas siguió en su lema de "hacer, siempre hacer", obligando a decir:
"Es como el buen tomillo serrano que aun pisado da el buen olor y aroma".

No dejaba de trabajar pese al quebranto de su salud, pues tenía ya las piernas edematosas y ulceradas y se fatigaba con mucha facilidad.

En los churcales del Panaholma se oyeron pájaros saludando al amanecer y en la casa del cura una pareja de caseritas[127] repicó luego a dúo agitando las alas. También el montoncito de oro simulado por el jilguero y la

[126] Violento retroceso, muy peligroso, del lazo roto.
[127] Hornero.

gacela alada que es la calandria, cantaron en el patio, aquél posado en la chimenea y la alondra en la guía superior de un árbol.

El chirriante buje de una carreta coincidió con la salida del cura, ya listo para cruzar, a la iglesia.

—¡Buen día, Gaucho! —Expresó gran satisfacción al saludar.

—Lao sea Dios, padre.

—Por siempre, hijos.

El plural se debía a que la mujer y dos mozas hijas del matrimonio se veían sobre algunas bolsas de granos. Los hijos varones y el jefe de familia llegaban a caballo.

—Ahora que veo esos costales: ¿cómo le fué en la cosecha, mi amigo?

—Anduvimos con suerte. La Providencia sigue cuarteándonos[128], señor. Le traje esas bolsitas de máiz y trigo pa' que usté aiude al que necesita.

—Gracias, en nombre de Dios, Gaucho. Acomódelas adentro, que hoy mismo tendrán donde ir. A ustedes los veré en la misa —dijo, y cruzó la calle, para desaparecer en la puerta lateral del templo.

—Sí, queridos hijos míos... —decía el cura desde el púlpito—, fué una fiestita modesta, como para nosotros, los serranos. Hubo bendición de obras, tupida felicidad subiendo a los ojos y un churrasco al final. Pero allá se repitió el disgustoso plato de que yo soy quien hace las cosas aquí y eso no es verdá. Puede que en algún momento se me ocurrió pensar en lo que nos hacía falta y que hasta eché la idea de ese ferrocarril que va a terminar sacándonos canas verdes, si es que las hay verdes, pues nunca las he visto. Que se me haya ocurrido algo es posible. Pero no basta la ocurrencia que, como el soñar de poco sirve; es como el humo y el estruendo del cohete. Lo que hace falta es quien se arremangue para que el sueño sea realidad. ¿Y quiénes se arremangaron? ¿Quiénes se dispusieron al trabajo hasta con olvido de las pro-

[128] Ayuda, caballería de refuerzo.

pias necesidades? Ustedes, sólo ustedes, mis aparceros en esta bendita feligresía con que la Providencia me agració. Sin ustedes nada se hubiera hecho. —Detúvose sonriendo, con los ojos fijos en la puerta y agregó, señalando aquel sitio—: Me lo veo a Roldán mosqueando y con ganas de preguntarme, ahora, si platico preparándolos para que pechen otra pelota . . . —Un risueño murmullo coronó sus palabras—. No, querido Zorro; hablo de cosas hechas, de pelotas pechadas ya. Y platico de este asunto porque quiero decirles la razón de la fiesta que traje a la rastra al principio. Conocen que hace tiempo se quemaron las faldas y valles de este lado del Altautina y que las llamas consumieron dos ranchos de gente humilde. Tampoco ignoran quién levantaba de nuevo esos ranchos y hacía también un canal de una legua que llevara riego a la zona del estropicio y agua fresca para los gargueros de hombres y animales. Pues las obras habían terminado y fuí a bendecirlas. Vieran ustedes qué canal rechuro han hecho, casi todo pircado y con alcantarillas que lo cruzan y hasta con un acueducto para saltar un hondón. Ahora hay agua hasta de vicio allá. Vayan a ver aquello los que tienen poca tierra. Les garantizo que pronto se poblará y ha de rendir sobrados frutos. Y en esa obra yo no hice más que darle una ojeada alguna vez. Ese trabajo lo hizo por su cuenta nuestro paisano Venancio Olmos, aquí presente —señaló con firmeza al sujeto, dando lugar a que lo observaran todos— Venancio había vivido un poco lejos de nosotros; pero ahora está en nuestro seno y ya ven ustedes que es muy capaz de hacer tanto bien como el que hizo sin charlas, por su idea y con sus pesos contantes y sonantes. Muchos meses estuvo trabajando. Es cierto que pagó unos peones, pero reservándose todos los días el peor sitio en la labor. Olmos cumplió como buen cristiano y eso hay que decirlo bien fuerte y con voz clara.

Venancio había oído aquella laudatoria plática acumulando emociones en el corazón, ahogándose, o tal vez atorado por la necesidad de gritar allí que todo era obra del párroco, que por él la había hecho, para salvar su

alma. Púsose de pie mostrando su angustia, pero sólo alcanzó a emitir un alarido, desplomándose luego, víctima de la inhibición.

El padre Gabriel abandonó el púlpito y lo hizo conducir a la sacristía; luego pidió que lo dejaran a solas con él. Y cuando el desvanecido se recobró, mientras la concurrencia hilaba conjeturas en la nave, valiéndose de razones heroicas para curarlo, dijo el sacerdote:

—Llorá, Venancio, que sos un hombre feliz. ¿Sabés por qué te ahogaste? Porque en ese momento echabas al caracho al demonio, que no volverá a fregarte nunca más.

Para aquella mentalidad primaria fué suficiente. El motivo fundamental de la obra era conocido sólo por el cura y el bruto Venancio. Pero el sacerdote lo presentó desde el púlpito sin revelarlo, ni siquiera sugerirlo, para que sin taras de resquemores, sin cicatrices en la conciencia, ocupara Venancio Olmos el lugar que le abrían sus paisanos.

—Oí, Venancio —aconsejaba en momentos de volver a la nave¡—, la verdad sólo Dios la conoce y nosotros, por supuesto. Y nadie más debe saberla; nunca, ¿me entendés?

Descargado, dichoso ya porque el diablo no lo volvería a fregar, Venancio Olmos reocupaba su banco sintiendo, por primera vez en sú vida, el suave regusto que proporciona el bien en las relaciones humanas.

—Hijos míos: ya que pasó el alboroto yo seguiré dándoles música. Tengo listas las alforjas para viajar a Córdoba llamado por el Señor Obispo, no sé porqué razón. ¡Vaya a saber qué me va a decir Su Ilustrísima! Pero antes de irme les doy una buena noticia:: *seré testigo, en la Capital, de la firma del contrato para hacer el gran camino a La Cienaguita, pasando por Tanti y Los Gigantes. De La Cienaguita saldrán dos ramales, uno hacia el norte por Salsacate, hasta San Carlos, y el otro para estos lados, hasta San Pedro y Villa Dolores, pasando por La Ciénaga, Ambul, Panaholma, Tránsito y Nono.* Pero estense tranquilos, que esta pelota sí, será pechada por el gobierno... —terminó así su plática, riendo mientras

observaba al Zorro, que había meneado la cabeza prometiendo otra de sus intervenciones.

Los periódicos de la ciudad de Córdoba dieron cuenta de la llegada del cura *y cumplían el deber de saludarlo. Su personalidad se había difundido tanto que ya estaba convertido en personaje cuyas gestiones veíanse obligados los periodistas a reflejarlas en las columnas de los diarios. El establecimiento de escuelas, los caminos que eran trazados, la elevación moral de los vecinos y el espoleo siempre presente del cura para que siguieran trabajando por la región, todo su anhelo iba tomando visos de realidad.*

Con los ojos bajos ante el imponente jerarca vestido de rojo, dentro de su sotana miserable veíase nervioso, pero contenido hasta el sufrimiento. Tras las razones del Obispo intuía algo más que aquella acusación de *proferir malas palabras en su forma de hablar*. En repetidas ocasiones quisieron enmendarlo, sobre todo en la primera etapa de su sacerdocio montañés, pero luego lo han dejado tranquilo, rindiéndose, tal vez, a la magnitud de su militancia sin par.

Procuró serenarse porque el Obispo aguardaba su respuesta. Pensando en sus feligreses y en todo lo vivido en la entrañable parroquia, se recompuso. Él no sabía, ni sospechaba siquiera, qué rumbo tomaría la situación, pero lo inmediato surgía en la necesidad de salir de ella con el menor número de contusiones. Como no podía asentir, y mucho menos negar, se escurrió hábilmente:

—*Que alguna vez se me haya escapado la mala palabra, no diré que no, aunque no recuerdo cuando. Pues llegan a cargarlo a uno tanto aquellos paisanos, que todo pudiera ser. Pero que yo usé de esa palabra, no tengo conciencia . . .*

No supo si satisfizo a su superior, o si éste aparentó aceptar la respuesta, pues era asombrosa la inmutabili-

dad de sus facciones, educadas en la ciencia de enfriar la emoción formando una máscara monoexpresiva.

Después de tamborilear suavemente con sus digitales en el tapete de la mesa de trabajo, el prelado lo interrogó acerca de si se hallaba a gusto en aquella parroquia serrana.

—¡Muy mucho, señor Obispo!

Y en seguida formulóle una pregunta desconcertante, pues jamás podría suponerse que aquel cura y Tránsito dejaran de ser una sola cosa.

—¿Nunca pensaste en la conveniencia de tu traslado?

—Nunca, Ilustrísima.

Ahí se cortó la audiencia.

"¿Qué saldrá de este lío? —se preguntaba el cura al retirarse—. Me miró como a chico chivatero y cargoso...

Y agregó, cuando ganaba la calle:

"Sospecho que me quieren poner el morral..."

Deseando descifrar aquel enigma meditaba sentado en la plaza San Martín; una sensación amarga quería dominarlo, presintiendo que la adversidad se cernía sobre él pintando, como el cuervo sobre la carroña, un halo negro en torno a su cabeza.

La gente pasaba y se volvía para admirar al cura gaucho y alguien, un desconocido, levantando ceremoniosamente su galera, en forma desconcertante le espetó:

—Buenos días, señor Obispo.

Miró a su alrededor para saber si se dirigía a otro, pero allí estaba él.

—Ese chupó, o está loco como una cabra... —dijo para sí, riendo.

Al día siguiente de regresar a la parroquia se puso a leer los periódicos que Poste le alcanzó. Confirmábase la noticia sobre los grandes caminos serranos de Pampa de Achala y Los Gigantes que ya serían un hecho, gracias a su tenacidad.

Después dió con una nota sensacional que le ha recordado el saludo del loco de la galera en la plaza San Mar-

tín. Decía la nota: *No sólo se sentiría sofocado en el claustro. Busca el espacio, el aire libre, la montaña, la llanura, el frío, la intemperie, el sol que abrasa, las largas travesías, los furores y las inclemencias de la naturaleza; todo lo doblega, nada lo detiene.*

Y más adelante:

Cuyas obras de caridad y cuyas virtudes debieran esculpirse, para edificación del viajero, en esas moles graníticas de las sierras que él tantas veces atravesó, para llevar por todas partes el pan a los necesitados, las luces de la civilización a los ignorantes y los dulces consuelos de la religión a los afligidos.

Le cantaban loas, haciéndole saber que su humilde nombre figuraba en la terna de candidatos a Obispo de Córdoba. ¿Sería ése el traslado que le insinuó su jerarca?

En aquel momento se llenaba de tal confusión que no le fué posible discernir.

Los amigos del cura se sentían felices y le enviaban plácemes que él recibió con disgusto, contestando a uno de ellos que era personaje muy influyente: *Agradezco voluntad suya, no felicitaciones; es deshonor para Córdoba figure yo en la terna. Soy idiota, sin tino, sin virtudes. Influya no aparezca en terna.*

30

El teniente cura fué enviado a la serranía, motivando que el padre Gabriel se viera solo ante una cantidad de confesantes. El ambiente era sofocador en el templo y la sabandija volátil, y también la saltona, molestaban con mucha persistencia. Además, él tenía los pies muy hinchados y, presumiblemente, un poco de temperatura. *Optó por sacar una silla y una alfombrita a la vereda para confesar al aire libre.*

El escenario no cambiaba el contenido de la confesión; al contrario, pues en esas condiciones podría actuar con

mayor soltura, sin los apuros inevitables en la caldeada iglesia.

Había despachado muchos confesantes cuando Poste *apareció con un mate servido.*

—Dámelo, hijo, que éstos me están secando el garguero.

Con la unción y la responsabilidad de siempre cumplía con su deber; y porque antes de las confesiones le llegaban noticias de algunos pecados cometidos, miró con severidad a quien se arrodillaba ante él con los ojos entornados.

—¿Venís haciendo contrición? La hubieras hecho sin ofender a Dios.

Cumplido el acto, llegó la penitencia que ya tenía preparada:

—La acequia que nos trae el agua anda mal. Revisala y aporcale tierra y piedra en las roturas. Además, en las zonas de los escapes poné varas de álamo cada medio metro.

—Se las comerán los bichos.

—Tengo otros dos candidatos a cortar churqui espinoso para cercarlas.

Una mujer de San Lorenzo descargó su alma y al punto oyó decir al cura:

—Supe que el león les ha hecho un estropicio.

—Sí, padre; nos mató al pastor.

—*Justo; me contaron que lo fregó al perro cabrero*[129] *y de tal quería hablarte yo. La perra de doña Aída tuvo una punta de cachorros. Da buenos pastores que sabe nutrir con sus tetas. Pedile uno, que te lo va a dar.*

Le tocó el turno a otro; un viejito ladino y simpático.

—¡Caíste vos, otra vez!

—Arrepentido, padre...

—¿Cuánto volviste a chupar?

—Hasta vaciar la boteia.

—Pues hoy te niego la absolución. Muchas veces faltaste a tu promesa y te perdoné. Pero basta ya. Andate —ordenó, sin que el anciano se pusiera de pie.

[129] Perro criado con las cabras que él pastorea y defiende.

—Déame cualisquier penitencia y se la cumplo.

—Por última vez, ¿ah? Oí: a vos te gusta el vino y yo me pirrio por los dulces. Te propongo un trato: *prometo no probar ni pizca de dulce durante un año, pero vos harás promesa, ante Éste que está en la cruz, de que no vas a tomar ni gota de vino.* —El hombre se angustiaba mirando el crucificado en la diestra del sacerdote—. Pensá que Él sufrió tupido por nosotros y que lo ha hecho sin quejarse.

—Aceto el trato, señor. Déame su bendición.

—¡Ah, no, qué caray! Con vos hay que ser desconfiado como bolichero curtido. ¡Al toma y daca es la cosa! Y si volvés a las andadas ni te acerqués más a este cura.

Cuando anochecía despidió al último confesante, yendo entonces a la casa parroquial, con sus pesados pies edematosos y muchos problemas en la mente.

Después de cenar se sentó en la vereda y allí se estuvo en reposo mientras Dorotea ordenaba la habitación con un chico en brazos y otros dos prendidos a su falda, en tanto que los tres mayores acompañaban a Poste en la cocina.

Tuvo que pensar en el Creced y Multiplicáos que le dió una caterva de ahijados.

Y en la paz de aquella noche dorada, tan silenciosa que permitía oír las aguas del río brincando en el lecho de piedra, todo lo que lo rodeaba hizo propicio un nostálgico calidoscopio íntimo.

Tuvo un buen recuerdo para los finados, pensó en las etapas cumplidas y sonreía reviviendo sus célebres maniobras para convencer a los reacios; se detuvo con emoción en el terrible bandido que los políticos no le dejaron recuperar. —La broma que por eso le hiciera Chacho Míguez pasó de largo por su mente—. "¿En qué lugar sufrirá la pena de que los encumbrados le impidieron volver a ser bueno?" Le llegó el turno al gran vasco doctor Maya, "un hombre parejito, si los hay".

Después pensó en el ejemplar Gaucho, en la amistad y la colaboración firme del Jefe Político, en la fidelidad de Moyano, en Alba, su señora madre, Egisto Murúa con

Trini Gómez y una seguidilla de hijos. Estuvieron con él Venancio Olmos, Ceferino Castro, Poste ignorando qué iba a hacer con una esposa, Misia Mercedes la dama alta y seca del impertinente, el doctor Ramón, el Zorro Roldán convertido en nota amena y entrañable. Aparecíéronsele sus accidentados viajes cuando se quebró y luego de ser intervenidos sus callos, gente de San Luis y La Rioja, doña Petrona, el hombre que fuera a ofrecerle mucho dinero para la Casa y Andrés y doña María Eduarda.

Miró a su frente. Allí estaban la iglesia, el retiro y el colegio de las hermanas. Era cierto que en cada poblado dejó las huellas de su espíritu de progreso y de amor a los humildes. Todo le era muy querido, pero en la manzana que veía ante sí se aglutinaron sus más grandes realizaciones. Y lo habían desplazado de ellas . . .

Después acudió a su mente la desconcertante reprimenda del Obispo, quien al mismo tiempo le insinuó su traslado.

Presentía que deseaban quitarlo de Tránsito y comenzó a sufrir la pena de verse lejos de todo su amor y su patria, porque ya no sabría vivir en otro suelo que en aquel que con tanta intensidad amó religiosa y humanamente.

El cura quería encarar en forma efectiva y eficaz la construcción del ferrocarril que uniera Villa Dolores y Soto pasando por Mina Clavero y El Tránsito. Era su ansia mayor entonces ver los rieles tendidos, oír el pito de la locomotora, contemplar la gigantesca oruga fingida por un convoy en aquellos lugares. Los vecinos lo acompañaban en la gran ansiedad, pues dicha obra sería un imponderable factor de progreso para los pueblos olvidados tras las Sierras Grandes.

Aunque se sentía físicamente inferiorizado organizó una breve caravana a fin de estudiar el trazado de la obra en ciernes. Un joven ingeniero que pasaba el verano en la región sería el asesor y también iban el arquitecto, Roldán, Eulogio Polanco y el tropero Andrés.

Recorrieron leguas sin encontrar mayores inconvenien-

tes. Todo era factible hasta entonces. Sólo las nalgas del joven profesional se resentían.

—*Se ve que las carnes porteñas son más blandas que las criollas amigo ingeniero...* —comentó amablemente el cura.

Dispusieron un alto para reposar y nutrirse. Polanco, Roldán y Andrés dedicáronse a cocer la manduca.

—¿Será cierto que haga venir el tren, don Roldán? —preguntó el de San Lorenzo.

—Si se le pone, es capaz —copó Polanco.

—Si ese cura se encapricha con una cosa, hay que hacerle cancha. *Él solito puede sacar la carreta del pantano aunque éstea metida hasta el eje y cargada hasta el tope.*

Siguieron andando y más adelante se vieron detenidos por una profunda hondonada producida por el río. Los profesionales la observaron con gravedad.

—Hay que hacer la pasada de cerro a cerro —argumentó el párroco.

Indudablemente, era un gran obstáculo natural que insumiría muchos miles de pesos.

Regresaban ya y se detuvieron en una pulpería, donde el cura halló a cuatro paisanos un poco alegres, que no habían hecho acto de presencia en las tandas de ejercicios y él estaba empeñado en convencerlos, pues no era la primera vez que los encaraba.

—¡Cuándo no! Los cuatro se juntan para pecar.

—Somos cuatro aparceros, señor. En las buenas y en las malas somos cuatro.

—Me parece que son uno más: los cuatro y el aguardiente.

Al fin le prometieron ir a Ejercicios, pero a condición de llevar sus chifles cargados. Nada de rezos, ni de castigos. Bastaba que Dios los viera en la Casa.

El cura sospechó que los desaprensivos serranos concedían para divertirse y les dijo:

—Se ríen de una cosa seria demás, muchachos. Pero

acepto, seguro de que Dios les dará el contra moquillo[130] haciéndoles aparecer la viuda[131].

Días después se llevó a efecto una tanda y los hombres acudieron a ella con los chifles de alcohol bien provistos, siendo alojados en una pieza que daba a la calle, con reja de hierro en la ventana cuyas maderas habían sido fijadas con clavos.

Antes de la plática nocturna, el padre Gabriel le pidió al sacerdote encargado del sermón, que hablara mucho de los tormentos del infierno.

—Métale duro y parejo y retuerza las almas en las hogueras. *¡Cáigales fuerte, que traje cuatro mostrencos de esos que ni el diablo los caza!* Vienen a farrear[132], pero vamos a ver quién ríe último.

La plática del clérigo fué realmente impresionante. Los cuatro paisanos estaban abrumados y sintieron alivio al regresar a su habitación. Pero allí les esperaba algo más. Durante toda la noche oían tropel de animales y patadas en la pared, del lado de la calle. El cura mandó colgar ramas de sauce en la ventana y han ido a comerlas todos los caballos y burros sueltos del pueblo. La noche transfiguraba los ruidos, como una prolongación de la patética plática del sacerdote *y aquellos simples paisanos creyeron estar en las mismas antesalas del infierno,* más aún porque el cuarteto de primitivos cantores, enterados del asunto, repetidamente les dedicaron saetas terroríficas con voz cavernosa.

El párroco obró con ellos, ojo por ojo y diente por diente. El resultado estaba previsto: el terror pudo más que los divertidos jóvenes.

Aquellos días fué sorprendido por el superior de la Compañía, quien *le aconsejó, por indicación del Obispo, que delegara el mando del curato para tomar el puesto de canónigo en la Catedral de Córdoba.*

[130] Remedio, castigo.
[131] Aparición fantasmal.
[132] Divertirse.

Sería entonces la ocasión de quedarse en Tránsito y descansar, gozando los frutos de su labor, inmensa en tiempo y sacrificio, pero los superiores le ordenaban otra cosa.

Nuevamente lo dominó la confusión, como en un caos en que aparecían y desaparecían el que aguardaba su respuesta, el Obispo, la Casa, el Colegio, las Esclavas del Sagrado Corazón, el doctor Luque y el presentido morral que le querían poner.

Sumiso y respetuoso aceptó la propuesta de su prelado.

Corría entonces el año mil ochocientos noventa y ocho y era palpable que *la salud, u otros adjuntos de la feligresía, hicieron de la presencia del párroco un estorbo o rémora en Tránsito . . .*

31

En *la Canongía de la Catedral ha sido el primero en piedad,* pero se le notaba retraído y, con frecuencia, sin su famoso buen humor pintoresco. Indudablemente extrañaba mucho su nueva actividad, aunque tampoco sería ajena a aquel estado anímico su salud muy desmejorada.

No obstante ello continuó luchando en bien de sus feligreses, sobre todo, y con enardecido interés, por la línea ferroviaria, a cuyo proyecto introdujo algunas modificaciones para que fuera más factible. Con tal finalidad la trasladó un poco más al oeste, pero siempre cercana a los pueblos necesitados de sus servicios.

Su empecinamiento le había llevado alguna vez a Buenos Aires *para aplicar otra lonjeada a los legisladores que se la pasaban escupiendo a los costados.*

En unión de viejos amigos de la capital de Córdoba, recordó entonces que años atrás lo tuvieron a mal traer

[128] Susto.

en el Cabildo, donde lo sorprendiera un movimiento revolucionario con mucho olor a pólvora y el consiguiente pánico. Uno de los presentes, que lo acompañara el día del tiroteo, le preguntó por qué había buscado una silla desesperadamente cuando fueron silenciados los fusiles.

—*¡Como para no buscarla, pues! —respondióle—. ¡Si con el julepe*[133] *creí que me había... ido! ¡Caray, que son trabajosos estos cordobeses! Bien digo que es mejor andar con los serranos y mis animalitos. Allá siquiera todo lo arreglamos a patadas, pero esto de largar plomo es peligroso...*

Se trasladó a su pueblo natal Santa Rosa del Río Primero, donde oró por su madre fallecida al año mil ochocientos noventa. Pero el motivo fundamental de aquel viaje fué la preparación del recibimiento que se dispensó a Monseñor Toro.

El visitante asistió a un banquete realizado en su homenaje el día de su arribo. Luego dispuso gozar de una reparadora siesta y durante el reposo fué sorprendido por un ataque de hemiplejía.

El padre Gabriel, víctima en esos momentos de un fuerte dolor molar, se sintió aflijidísimo y dispuso hacer un telegrama, redactándolo a la manera tan suya, que hacía sonreír, pero también inducía a la acción inmediata: "*Toro empastado*[134]*, media res muerta. Manden médico. Yo loco muelas.*

Posteriormente él y otros señores trasladaron el paciente a la capital de la provincia. Entonces el cura hizo el viaje con un gran queso ranchero que pensaba regalar a un amigo.

Días después *tomó dicho presente para ir a la casa del obsequiado, pero al llegar al extremo de la calle Colón vió que por el Bajo de Galán iba una procesión y echóse barranca abajo incorporándose a los fieles con el queso bajo el brazo y el rosario en la mano. Sorpresivamente sonó una bomba de estruendo tomándolo descuidado y*

[134] Indigestión de pasto, generalmente nocivo.

tuvo una exclamación graciosa haciendo reír a los devotos que luego siguieron los rezos y los cantos que él iniciaba, tal vez porque sus palabras tenían voz y latido de pueblo.

Cuando dió fin el acto ha visto al señor Pardales, viejo conocido veraneante de Mina Clavero, que también frecuentaba Tránsito. Este hombre le dijo que sabiéndolo en la Catedral había ido a oírle su última prédica.

—Se me quedó grabada porque era muy a su modo. Recuerdo que comenzó así: *A ustedes les gusta el saboreo de dulces y arropes, pero yo les voy a servir ahora un buen puchero a la criolla que si no es de tan rico gusto les va a ser más provechoso.*

Pardales sacó del bolsillo una bolsita de alfeñiques cuando bajaban por la calle Colón a paso lento.

—Los compré para mis nietitos, pero como soy goloso me los voy comiendo. ¿Gusta, padre?

—No, señor. Hice promesa de no probar dulces a un paisano viejo que chupa mucho vino.

—Si está en las sierras, ¿qué sabe él si usted cumple o no?

—Quien debe saberlo es mi conciencia. Si agarro el caramelo hago trampa y yo no soy tramposo, amigo.

Cortado por la réplica, dijo Pardales para dar otro curso a la conversación:

—He visto que pasaba a pie hacia arriba. ¿Es que sigue haciendo limosna a los pobres hasta quedarse sin chirola?

—*Más necesidad de comer tienen ellos que yo de vehículo.* —Así replicó, sin atender que sus piernas no estaban en condiciones de andar mucho.

Iban ya cerca de la Catedral, y como aquel hombre tenía necesidad de descanso en el sedante clima de la sierra, entraron a la casa parroquial, donde el cura escribió al Jefe Político en procura de buena comodidad para el enfermo. Puso unas líneas, muy gráficas, que el propio interesado llevaría: *"El portador de la presente es aquel que nos ayudaba a cinchar palos de quebracho para la obra paseándose, dando vueltas a la plaza. Va mal el*

hombre; lleva varias enfermedades, pero todo lo que lleva más jodido es el alma. Haga cuanto pueda por él.

Comentaron risueñamente el contenido de la recomendación y después, al retirarse, el futuro viajero aludió al tiempo caluroso que prometía lluvia.

—¿Lloverá? —preguntó el hombre.

—Si yo tuviera las orejas del macho malacara le podría contestar, amigo. ¡Él sí que sabía!

—¿Por qué no lo mandó al Observatorio de Astronomía?

—No es mala idea. Porque oiga este caso: Pasaba yo por el observatorio con mi malacara para ir a Tránsito. El día era como éste y le pregunté a un técnico gringo que vi en la puerta si llovería. Él me dijo que no. Como era hombre de ciencia creí más en él que en mi andadura.

—¿Qué tiene que ver su mulo con el sabio, padre?

—Tiene que ver, porque confiado en su palabra seguí viaje sin atender *la inquietud del malacara parando las orejas hacia el lado de la tormenta. ¡Caray que fué cosa de minutos! Con la pedrea que cayó, si no nos hubiéramos metido en un rancho, no la contábamos el macho y yo. Entonces pensé que, con su saber, aquel gringo podría mostrar orejas como las del malacara.*

Volvía de Buenos Aires, donde fuera a bregar denodadamente por el proyectado ferrocarril, y confiando sus impresiones a un canónigo, dijo:

—*Esto me va oliendo a lana quemada. Allá escriben pliegos y más pliegos y los años pasan, y aquí, en Córdoba, me pidieron que no hable más del ferrocarril. Bien dije yo que estos señores políticos no están para servir las necesidades del pueblo. Sólo buscan contentarnos de boca*[135] *para conseguir votos.*

De aquel viaje volvió muy indispuesto. Entonces hizo abandono del hogar amigo que lo hospedaba generosamente, y pasó a vivir con el capellán del Hospital San Roque.

[135] De palabra.

Le habían recetado vida de reposo. Imposible. Era hombre de acción continuada, hasta morir. Sentíase incómodo en su puesto de la Catedral y pese a ello, a fuerza de voluntad cumplía sus obligaciones, firme en su plinto de luchador inquebrantable y fiel a su lema: *Hay que ir siempre adelante, porque el que se para se fregó.*

Como a Monseñor Toro quería al doctor Castellano, ya ungido arzobispo de Buenos Aires. *El amor al terruño llevaba las vacaciones de este prelado a sus sierras natales, y en aquella ocasión esperaba al cura otro golpe profundamente doloroso, pues Monseñor Castellano moría en San Javier, víctima de una insolación.*

Y no dejaba de preocuparse de su parroquia, acariciando la idea de volver allá, no en cumplimiento de gestiones, sino en forma definitiva, para no alejarse nunca más de ella. En Tránsito se cobijó la misma esperanza en todos los pechos, ansiosos por la vuelta del cura gaucho.

La feligresía tuvo serias dificultades con el nuevo párroco que se ha visto en la necesidad de presentar su renuncia. Pero no repusieron al deseado. Fué otro en su lugar; pronto le fueron a éste las cosas de mal en peor. Parece ser que los feligreses hicieron denuncias formales que motivaron la drástica destitución de aquel sacerdote, que ya había dado lugar al retiro de Poste, quien se fué, con su familia, a Santa María de Catamarca.

Aquella vacancia hizo posible otra súplica del cura que deseaba volver al escenario de sus sacrificios y sus triunfos.

Decíase que el Obispo de Córdoba le dió la canongía, como premio al trabajo tremendamente agotador cumplido en las sierras y no quería que tan generoso sacerdote se sometiera a nuevos sacrificios, pues no ignoraba que contra sus años de incansable hacer y pese a sus trastornos físicos, él seguiría trabajando como si nada hubiera hecho aún.

Con frecuencia fué a Tránsito el cura para ayudar y orientar a sus feligreses y éstos, allá y en la capital cor-

dobesa, durante los tres años que llevaba de canongía, estuvieron firmes en el deseo de recuperarlo.

Quería retomar la parroquia, pero hacia quien deseaba ir con mayor deseo era al contradictorio Roldán. Se había habituado mucho a él, a sus rezongos ásperos, a sus mandobles al aire, sus salidas al cruce[136] y las reacciones violentas que alguna vez pudieron costarle muy caras.

Una presencia familiar en la casa cordobesa lo sacó de aquel estado meditativo. Frente a él tuvo a Moyano con las puntiagudas guías del bigote chuceando el cielo. Feliz llegaba el hombre.

—¡Hola, cuñado!

—¡Albricias, señor!

Y ahí la novedad alborozadora. Venía de la casa del Obispo, donde le comunicaron que decidieron reponer en el curato a quien todos deseaban.

Y tras las expresiones jubilosas, comenzaron a hilar noticias, hasta que los interrumpió la campana llamando a los canónigos al coro.

—*¿Oíste, Moyano? El cencerro de la madrina llama a los fletes*[137] *de la tropilla. Voy a ensillarme con los aparejos. Después se despidió de los señores canónigos, desvistióse rápido la muceta y dijo: "Este apero no es para mi lomo, ni la mula para este corral".*

32

Había cumplido con todos ya y dispuso abandonar Córdoba sin dar tiempo a que los feligreses serranos fueran por él, limitándose a anticiparles su salida de la capital provinciana.

Vacilante estuvo con respecto al camino a seguir. Acostumbraba viajar por Pampa de Achala, pero en aquel retorno quiso conocer, sierras adentro, el estado de la ruta que pasa por San Roque, Tanti y Los Gigantes, vía

[136] Salir del paso.
[137] Caballo ligero, estimable.

que, como la de Achala en el valle de Calamuchita, fué realizada merced a sus pugnaces gestiones.

Acortando distancias salió por Alto Alberdi para ir directamente al encuentro del Río Primero en La Calera.

El aire serrano, anticipo de las Sierras Chicas, fué a recibirle, haciéndole respirar profundamente a la vista de las lejanas primeras estribaciones cerreras del oeste que ensanchaban su ansiedad.

El sol era bravo en aquella serie de lomas, pero al llegar al fondo de una de éstas, en el llamado Bajo Frío, una agradable frescura se le presentaba como raro fenómeno de la senda.

Pasó luego ante una gran nopalera, erizado tunal que le recordaba los arropes gustados en la parroquia. Después alcanzó una loma de tierra colorada, desde cuya cima pudo gustar un paisaje maravilloso al aparecérsele Villa La Calera, la injustamente despojada de su eufónico nombre aborigen: Lostopocaya.

El río descendía en forma impetuosa del oeste, estrellándose en la doble pirca que alzaran defendiendo una vivienda orgullosamente puesta como un mangrullo[138] en la barranca. El río dobla allí hacia el norte, acodándose como si intentara abrazar un arcádico pueblito ornado por grandes arboledas, donde abundaban acequias y pájaros, todo rodeado por la cerrería, lo que hizo de La Calera uno de los más agradables rincones de la serranía cordobesa.

Desde el bajo lo llamaban la capilla y el casco de una vieja estancia frecuentada por los sacerdotes, y allí se dió un reposo breve, para seguir luego, costeando el río hasta San Roque. Más adelante pernoctó en Tanti, a donde llegara pisando aquel camino "suyo'.

Azotado en algunos lugares por los fuertes vientos, siguió adelante, serpeando siempre hacia arriba, hasta dar con la primera pampa de piedra; después comenzó a hollar El Matadero y la apretada y sorpresiva niebla le hizo desmontar y cubrir el camino casi al tacto, para no ex-

[138] Elevado puesto de vigía.

traviarse peligrosamente en aquel paraje desolado y de escasísima vegetación. Por fortuna se cruzó con él un Pedernera, quien lo reconoció porque alguna vez había asistido a la Casa de Ejercicios de Tránsito, invitándole a descansar en su vivienda.

Retomó el camino, en compañía del dueño de casa, hasta pasar las Sierras Grandes. Desde ahí el cura buscó rumbos poco trillados que le acortaran la senda.

Marchaba por un suelo familiar rumiando dudas. Volvía al pueblo que amó a su párroco, pero él estaba "fatigoso". ¿Podría ser entonces como antes era? Sus feligreses le admiraron hazañas memorables que no estaba en condiciones de ofrecerles. ¿Lo estimarían como cuando tuvo que abandonarlos? Y sus preocupaciones se agrandaban porque su fiel sacristán ya no residía en Tránsito.

De aquella rumia honda y entristecida pudo salir impulsado por el corazón súbitamente levantado a las pupilas.

Lejos aún, vió las casas de Roldán y a éste, que con su vista de águila lo había reconocido. Poco después, toda la familia del Zorro estaba afuera, a la espectativa. Familia numerosa porque el matrimonio gaucho había dado doce multiplicos a sus pagos montañeses.

Los Roldán desaparecieron, justamente cuando él tuvo que detenerse para vencer la emoción y la fatiga.

Ató el cabestro y al acercarse él a tan familiar rancho, comenzó a salir de la vivienda la gente con ponchos, chuces[139], cubrecamas, caronas, rebozos y otras prendas, dándose a alfombrar febrilmente la senda que cubriría el cura.

Ya conocía escenas patéticas, de criollos que salían a a recibirlo en los guardapatios de pirca; tirándole al suelo caronillas y colchas fabricadas en el telar de la familia, para que pasara por ese alfombrado a honrar sus ranchos. Y también recordaba que él había llorado como un niño, en tales circunstancias.

Volvía de Córdoba con una emoción intensa madurada

[139] Tejido ranchero.

en el largo camino. Y aquel espectáculo, aunque repetido, fué superior a su deseo de contenerse. Comenzó a gritarles para detenerlos, suplicándoles, con desesperación, que no le tributaran aquel homenaje.

Pero era demasiado arrolladora la alegría de los Roldán al ver de nuevo allí a quien tanto bien les dispensó. El cura estaba detenido como con una manea y el sendero alfombrado avanzaba, hasta llegar a sus pies. El poncho puyo de Roldán fué tendido por su dueño para cubrir el último tramo. Aquel detalle era suficiente para provocar un reventón de llanto convulsivo.

Fué tan impresionante verlo llorar, que la familia se sintió fascinada. Rodillas y llanto se rindieron entonces ante la inmensa proporción de un santo terrenal. El Zorro y el cura permanecieron de pie.

—Basta ya, hijos míos... —decía, secándose las lágrimas—. Ale, arriba, que ya basta... —y dirigiéndose a Roldán—: Querido Zorro: me diste el llorar más lindo de mi vida.

—Ió no fuí —le contestó, procurando hablar toscamente—. Cosas de éstos...

—¡Vos me tendiste tu poncho, Roldán!

—¿Quién le dice que no se me cayó?

—¡Estás lagrimeando, Zorro! —insistió el cura.

—¡Oh! Ni que juera mujer...

Y se fué, levantando el puño para menear la supuesta daga atrás del rancho.

El padre Gabriel en silencio lo veía alejarse.

—Aquél no tiene remedio...

—Mi Grevasio es porfiao, pero regüeno, señor... —dijo la mujer.

—¡Si lo sabré yo! Y ha de ser porfiado hasta después de morirse —agregando, sonriente, ya— pues si a tu marido no le atan los brazos en la fosa, *es capaz de sacar el puño de la tierra para seguir porfiando.*

33

MOYANO preparó la fiesta, seguro de que el homenajeado arribaría por el camino de Achala. Arcos de triunfo, banderas, gallardetes, flores, bombas de estruendo, banda de música, todo estaba listo; tan listo como la gente de la villa y sus alrededores, todos desbordantes de alegría.

Una cabalgata fué al encuentro del cura, pero al comprobar que éste no parecía, regresaron los jinetes luego de recorrer un buen trecho del alto camino.

Recién al amanecer supieron que el sacerdote había regresado por Los Gigantes, cortando camino para detenerse en las casas de Roldán.

Con el nuevo sol salió otra comitiva en su busca y vieron que él se dirigía al pueblo con el rezongón paisano. Al reventar algunas bombas, los jinetes picaron espuelas.

—¡Vienen los indios! —previno el acompañante.

Inmediatamente se han visto envueltos por la amistosa montonera. Clamor de gritos y una densa nube de polvo levantado por los cuadrúpedos los envolvió. El Zorro hizo por borrarse voluntariamente de aquel entrevero.

—¡Tengan mano! —gritaba el cura—. ¿O se andan creyendo que soy el presidente?

Avanzaron hasta la población, donde el alborozo era incontenible. Muchos hicieron lágrimas de su felicidad. Los músicos ponían toda la fuerza de sus bofes soplando sus instrumentos hasta congestionarse, el cieguito Romero rascaba con furia el destemplado violín y los guitarreros competían con el bombo a quien le daba más fuerte, hasta reventar las bordonas o el parche.

Llegaron a la plaza en que habían puesto el palco oficial, refugio de la "víctima" para no recibir más estrujones y recobrar el ritmo de la respiración alterada por sus males y el ajetreo a que fuera sometido.

Allí conoció al capellán de las monjas y a su futuro ayudante en la iglesia, presentados ambos por las religiosas.

Hubo discursos en la rimbombante bienvenida, pues todos se repitieron, como una resonancia. También se hizo oír el Jefe Político, quien afirmó que *en treinta años de relación no le había conocido ni un solo punto negro.*

Finalmente el homenajeado se dirigió a la muchedumbre que progresivamente recibía nuevos aportes.

—Hijos míos: soy un humilde cura; la humildad tiene que ser mi tesoro. Y porque me siento profundamente humilde, ustedes me están fregando, ¡qué carachol ¡A ver si al final salgo siendo un rey que ni yo mismo conocía!

Su natural don comunicativo hizo punta en el arreo sonriente.

Disponíase a reanudar el discurso, pero quedó en suspenso al oír la trompeta del conductor de la mensajería.

Años atrás logró él que pusieran un hombre para repartir la correspondencia en toda aquella línea dos veces por semana. Después pudo crear la mensajería que ya circulaba normalmente con pasajeros y servicio postal.

El vehículo llegó atestado de gente deseosa de saludar al párroco repuesto. Pero aquel trasporte público era, como el ferrocarril en las alejadas poblaciones, sólo punto de contacto con el resto del país, y respetando la típica nota pueblerina, ordenó el cura:

—Atiendan al mensajero los que algo esperan y los que no también. Después seguimos platicando.

Al retomar el discurso, brevemente se refirió a la nostálgica vida catedralicia. Tuvo palabras de recordación para los amigos muertos en su ausencia, destacando dos: doña Aída y Gaucho.

—¡Pero qué caray! Basta de tristezas y hablemos de nosotros, los que estamos vivitos y todavía nos abunda rabo para aventar moscas.

La transición hizo efecto evadiéndose él y sacando a la rastra del círculo vicioso a sus oyentes.

Tenía necesidad de mostrar, y adquirir al mismo tiempo, la certeza de que retornaba animoso y decidido a hacer, siempre hacer porque *el que se para se fregó*, repe-

tíase. Desde ya les rogaba que se dispusieran a reanudar la labor cuando los llamara una necesidad en bien de la parroquia, que era el pueblo mismo.

—Hay que ir adelante sin descayecer[140], hijos. Hay que demostrar a los que no nos creían, que seguimos siendo muy capaces de cualisquier empresa honrada. ¡Hay que luchar! ¡Hay que . . .!

Hizo una breve pausa observando al zorro Roldán, tiempo suficiente para que se levantara la protestadora voz del paisano:

—¡Hay que pechar otra pelota, cabaieros!

—¡Ya me fregó saliéndome al cruce ese Zorro cascarudo!

Una explosión de risas festejó las ocurrencias, tanto la oportuna y tan conocida de Roldán, como la réplica del sacerdote que en seguida pasó a comentar:

—¡El querido Zorro me dió una alegría con su pechada de la pelota! Porque vean . . . Ayer anduve el camino para venir y pensé que mi vuelta podría resultar sólo un sueño. Y hasta luego de llegar lo seguí pensando. Pero ahora ya sé que no es así. La protesta de Roldán me ha confirmado que estoy entre ustedes y que ya no me iré jamás de estos pagos.

Y obedeciendo al íntimo arrebato o, tal vez para cerrar a su manera táctica la reunión, rogóles:

—Hijos míos: ¡ayúdenme a gritar con todo el corazón, con toda el alma y todos los bofes: ¡Viva el fregao zorro Roldán!

Carcajadas, vítores y aplausos se apretaron en una ola de estrépitos, que se achicó en el jocundo comentario subsiguiente, mientras los pulposos labios del cura se alargaban hacia las pantalludas orejas y sus ojos pardo clarito requerían allá, como siempre en el fondo, la estampa inconfudible de su pseudo enemigo.

En los días siguientes se comentó con insistencia aquel suceso; en cada boca florecía una sonrisa de felicidad, pues el incidente gracioso les probaba que, pese a su

[140] Descaecer.

alejamiento, el ídolo regresaba de la ciudad intacto, como era antes, como querían verlo siempre, hasta el fin de sus horas.

Aplacada la enervación del regreso, se sintió muy abatido. Su salud reclamaba reposo, pero durmió mal aquella noche, como él dijo, "a puchos" y dando trabajo a la mente entre sueño y sueño.

Conviviendo con sus amigos en la reciente estadía en la capital provinciana, había revivido la etapa de estudios en el Seminario de Loreto y su posterior actitud, cuando se vió en la vorágine de espanto producida por el cólera morbo. Tal vez en aquellos días terribles se consolidó su amor a los desvalidos, los que no pudieron huir por carecer de medios. Tuvo presente asimismo que cuando le fué posible pasó a Santa Rosa de Río Primero para descansar junto a sus familiares. Pero el morbo hizo estragos también allá, obligándolo a asistir apestados, dentro y fuera de la población, hasta que el horroroso mal desapareciera totalmente.

A altas horas de la noche fué a la casa parroquial un paisano pidiéndole confesión para una enferma grave. Llamó a Poste para que le preparara la cabalgadura olvidando que el buen sacristán no estaba allí. Sin ayuda quiso ensillar para satisfacer aquella solicitud urgente, y las fuerzas le flaquearon. Tuvo que recurrir a su ayudante, creándose el primer renuncio y con él la confirmación del complejo de inferioridad que lo preocupara al volver de Córdoba. Era indudable que necesitaba reposo absoluto.

Esperó el regreso del teniente para impartirle órdenes y dejarle a cargo de la parroquia, pues él decidió irse a descansar en la finca del doctor Maya.

Repartiendo medallitas, limosnas y saludos a los vecinos, recorrió la calle central, dilatada en unas pocas casas de cal y ladrillo y muchos ranchos de adobe *con arboledas frondosas, pequeños jardines, tapias de pirca o de*

tierra apisonada y huertas de suelo fértil regado por inagotables acequias.

Allí residían sus grandes amigos, todos pobres, como los de Jesús.

El sofocante calor lo llevó a una mesita rústica, fijada en la quinta, para escribirle a un amigo influyente, que le había pedido hospedaje para una prima suya necesitada de clima serrano. De sobra conocía el lugar y sus posibilidades de confort y como tampoco le eran desconocidas las exigencias de los porteños, anticipándose a posibles inconvenientes, escribió:

Decile a esa muchacha, ya que tanto se preocupa por venir, que todo lo tengo listo. Sólo falta una cosa muy común que nosotros no usamos por la noche. Si se las tira de niña delicada que se quede en Buenos Aires, porque aquí tenemos que hacer afuera y abundan los tunales...

Releyó la carta; al final sonreía, saboreando con antelación el efecto que iba a producir en el famoso amigo.

Al cerrar el sobre vió que el sur se tapaba con un cielo oscuro y de amenazantes estratos blanquecinos. Apresuradamente, hasta donde sus piernas y su fácil disnea se lo permitían, regresó a las casas, donde los hijos del difunto Gaucho, criollos, como él, habían tomado medidas con toda premura.

Y llegó la granizada brutal y aturdidora, con desgajamiento de árboles, muerte de ganado menor y ruina de sementeras. Después llovió tanto que el agua ponía una temblorosa mampara ante el paisaje. *Más de dos horas ha llovido con aquella intensidad* incubando la gran amenaza posterior: los reciales bajarían por las quebradas a la cuenca del río, para hacerse todos una ola de proporciones gigantescas, cuyo ímpetu era capaz de sembrar muerte y destrucción.

Fué tal la potencia y duración del fenómeno que *los ancianos juraban no tener memoria de otro igual.*

El cura recordó que en anteriores inundaciones el agua llegó cerca de la Casa y el Colegio. Lógico era esperar que

la presente superaría las anteriores marcas, invadiendo obras realizadas con ingentes sacrificios.

Hizo que apresuradamente le ensillaran un caballo y con la misma premura salió al camino, pudiendo presenciar entonces, desde lejos, el paso de la rugiente ola de agua.

La inundación fué tremenda, tanto, que al llegar al pueblo *encontró a las afligidas hermanas con el agua hasta las rodillas. El capellán, él y algunos parroquianos anduvieron metidos hasta la cintura* en un estanque en que boyaban sillas y muebles.

Después de poner a salvo las educandas, sacaron las cosas de más valor a la calle, dedicándose a renglón seguido a la casa parroquial que estaba en peores condiciones.

Luego el río comenzó a descender dejando una capa de lodo sobre los pisos y los muebles. Los colchones y las ropas quedaron viscosos y color castaña.

El desastre hizo que no abandonara su puesto de lucha en la villa. *Olvidándose por entero de sí mismo, pensó en los demás. Por eso conquistó la gloria.*

Deseaba ardientemente el ferrocarril tendido, según su nuevo proyecto, cerca de las poblaciones *para que sus habitantes, en sí un poco indolentes, se ocuparan con interés de las minas, la labranza y los montes frutales y de leña. Sin contar con medios de transporte no podían vender los productos en otros lugares, quedando privados de todo incentivo para tomar lo que la tierra exuberante les ofrecía a cambio de poco esfuerzo. Procuraba el mejoramiento moral de los paisanos, pero también los estimulaba en el trabajo* poniéndolos de proa al futuro.

Aprovechó el cura un momento propicio de sus energías, para viajar a Buenos Aires dispuesto a proseguir las difíciles tramitaciones ferrocarrileras.

En la Capital anduvo media semana en busca del diputado influyente que él creía más apto para mover su proyecto y luego de conversar con él visitó a su íntimo amigo, hombre de cumbres en la política. Llegaba muy fatigado y nervioso el sacerdote.

—¿Cómo van esos trabajos, Gabriel?

—*¡Callate, caracho! Iban ya tres días de correr, ir y venir en busca de ese doctor que considero un diputadazo y capaz de cinchar él solo ese asunto del tren. Lo he hablado y lo dejé comprometido. Has de saber que los diputados son como las mulas y siguen a la madrina que se les pone delante con el cencerro. No tengo dudas de que, si él hace la punta, los otros lo van a seguir. Yo me imaginaba que iba a hacer un hoyo de tanto esperar, pero seguiré la pelea, pues no quiero morirme sin haber tocado un riel allá.*

—Opino que vas a proporcionarte ese gusto, pues con tu proyecto *les estás dando una breva pelada.*

—Pero vamos a lo que vine: Te invito a visitar mis pagos para dar mayor fuerza a los proyectos, y te hago saber que irás, por buenas o por malas —agregó iluminando la rudeza de sus facciones con los ojos claritos, chispeantes en aquel momento.

—¿Vas a llevarme a la fuerza?

—*Aunque te tenga que enlazar como a los mulos reculadores.*

Mientras estuvo allá, diariamente visitaba al doctor Maya que a la sazón se sentía achacoso. El hispano empecinábase en juzgar y enaltecer la obra del sacerdote que, para él, desbordaba los límites de su función específica, en una pujante acción que lo llevara a actuar como hombre entre los hombres.

—No siga macaneando[141], vasco cabeza dura, que lo vo'a sentar de... mala manera —amenazó sonriendo, el sacerdote.

—Sé que se empeña usted en negar lo evidente. Pero si yo respeto su interés y el fervor espiritual que derrocha, permita que admire la grandeza de su postura humana y heroica, escalofriante en el sacrificio.

—Hace muchos años que me consagré y desde entonces la sotana es mi distintivo y razón de ser y obrar sirviendo a Dios, doctor Maya. Reconozca, siquiera que,

[141] Diciendo incongruencias, falsedades.

para lograr el encuentro de lo humano, usted apartó lo convencional que le impedía ir a la realidad del hombre.

—Vea, doctor: tiene cerca de cuarenta años mi sacerdocio. —Hablaba en tono apretado, ya—. Encarecidamente le pido que no insista.

La firme réplica del tonsurado hizo recapacitar al hombre y, aunque insistidor de raza, guardó silencio.

Pero su necesidad de decir lo que sentía quedó en él como un dolor de tripas. Y Maya era vasco . . .

Volvió el cura Gabriel con renuevos de ilusiones, que se agrandaban porque su gran amigo Ramón sería ungido gobernador de la provincia y desde tan encumbrado puesto podría hacer mucho bien a su feligresía.

A poco andar resintiéronse otra vez sus fuerzas y debió aceptar que el reposo era indispensable. Volveríase al campo con fe en su segundo y muy feliz porque los trastornos y perjuicios ocasionados por la inundación en el Colegio ya habían sido remediados, buena parte con bienes que sus admiradores le habían regalado en forma de algunas quintas y un campito en La Gloria, cuya explotación ofreciera en vano a Roldán.

Ya estaba con todo listo para la partida cuando llegó a su vera el teniente cura pesaroso y cariacontecido, *pues tenía que decir dos misas y al cumplir la primera, olvidado tomó las abluciones, cosa que le impedía realizar la segunda.*

—No importa. Yo he de predicar. Lo que vas a hacer es revestirte y sentarte junto al altar.

En el instante del sermón el párroco subió al púlpito para justificar la suspensión de la segunda misa.

—Mis queridos hijos: no va a haber la misa que habíamos prometido para San Roque. Ha ocurrido que a este muchacho —dijo, señalando al teniente—, le ha pasado como a los terneros: por olvido se salió del corral y se ha tomado todos los apoyos . . .

Su graciosa manera de decir, apuntalada en una sonrisa grande y sincera, restó gravedad a la falta del joven cura.

—Fíjese cuánta cosa linda me trajo el correo de hoy. Ramón gobierna la Provincia ya y nuestro querido doctor Maya me escribió tupido. El gran vasco confirma lo que me dijo hace poco en Buneos Aires, que este año no vendrá a las sierras, pues anda cachuzo, como yo. Escuche esto:

"Para conformarme, dicen que me siento descaecido por causa de esta racha de tiempo inestable que venimos aguantando, pero, en realidad, el tiempo que me tiene a mal traer es el otro, el transcurrido desde que nací . . ."

Varias veces leyó las cuartillas que trasuntaban un alma noble y consecuente. La rectitud y el voluntarioso equilibrio de aquel hombre de bien lo conquistaron cuando lo trató en su finca, a raíz de la construcción del camino.

El cura esperaba que, de acuerdo a sus aspiraciones, el español habitara en las sierras gran parte del año, pero las exigencias familiares frustraron aquellos deseos y también los suyos propios.

"Uno se siente cuesta abajo ya y los hijos van hacia arriba con su glorioso cargamento de ilusiones. Hoy me resigno a ablandarles la ruta a ellos, aunque la mía se endurezca un poco más. Y menos mal que tengo un aliciente muy grato en mi runfla de nitecillos, maravillosos bochincheros con algo de pájaro, cabrito y cascadita de vertiente serrana" —decía el vasco.

El párroco no olvidó que la religiosidad de Maya se había desleído y que sólo como homenaje a su persona asistió a varios actos religiosos, pero no reparaba en eso quien aceptó *la decencia como virtud muy digna*. Maya era culto y decente y tales condiciones hicieron que lo entronizara en calidad de vida señera.

El hispano extendía su comunicación diciendo que él, médico, no ignoraba que muy poco más podría vivir y se negaba a cargar en las alforjas postreras lo que debió decir en este mundo: "Porque si un vasco no habla . . ."

"Es un íntimo desahogo, padre Gabriel. Tolérelo con

generosidad porque seguramente ha de ser el último —afirmaba—. Cuando me visitó usted en su viaje a ésta, no me ha permitido hacerle oír qué pensaba yo de usted. Confieso que le di el gusto a costa de un atorón. Discúlpeme que ahora, a distancia, me desquite dándome el más inmenso placer, aunque con algo de pertinacia vascuence, lo reconozco."

"Tengo que abrirle las puertas del alma, amigo mío, con la misma urgencia que pone el creyente en la póstuma confesión."

"Yo afirmé, y lo sostengo, que su gestión en las sierras es tan extraordinaria que... Pero vamos a ordenar esto hablando un poco de mí, que luego entraré al tema. Ya le dije antes que el rigor sistematizado en la educación me ha resentido para siempre, aunque también admito que, a su lado, otra pudo ser mi decisión. Pero creo en sus virtudes y repito las palabras de don Tránsito Guzmán: *"¡Es un santo, el señor Gabriel! ¡Como él no hubo, ni hay, ni habrá! ¿No ve que nunca hace sufrir?"* Este "nunca hace sufrir", sumado al fervor con que fué dicho por Guzmán, es cosa terminante."

Indudablemente, dejé de creer, es verdad, pero sin convertirme en come frailes, como me tildaba usted graciosamente. Era incrédulo sin odios, ya que procuré limpiarme de pasiones que nos subalternizan.

"Al llegar a sus pagos oí cómo ensalzaban a un cura. "Son leyendas", me dije. Luego nos conocimos. A poco andar de nuestra entrevista ganaba ya mi admiración, y cuando me agradeció emocionadamente de rodillas un bien que se hacía a los humildes, confieso que me sentí alucinado. Tan ardoroso era su deseo de equilibrar los bienes terrenos que en aquel minuto me sentí adinerado vergonzante. Luego, trabajando un poco en el camino comprobé, por la firme voluntad de sus colaboradores honorarios, que emana de usted una fuerza mandona sin mandar, tal vez estimulada por la emulación que ordena a la manera de un envite inexcusable."

"Alguna oportunidad supuse que si el hombre tuviera

el don de hurgar el alma propia con las manos, pocos las retirarían sin mácula; pues bien: ahora pienso que usted puede hacerlo así y presentar luego sus manos limpias, puras como una patena."

"Se dice que aquí, más al sur, hay un religioso de gran prestigio entre los humildes, popularísimo y pintoresco. Él ayuda a los pobres y aconseja y defiende la humildad . . . , pero secretamente es comerciante acopiador de frutos que vende en la Capital Federal valiéndose de testaferros. Es hombre de apetencias privadas y forma su fortuna. Y es *desconfiado hasta el punto de salir al camino al paso de las carretas para simular bendecir los frutos de la tierra, cuando en verdad hace el inventario de lo que carga cada vehículo.* A usted sólo le he visto acumular necesidades y sacrificios.

"Usted lucha tanto por el progreso del hombre que, para mí, esa parroquia avanzó un siglo en sólo tres décadas de actuación suya. Puedo atestiguarlo y también decir que su triunfo es tan grande en lo humano, que de no haberlo visto parecería increíble. Piense que en un misérrimo villorrio construyó audazmente la iglesia, el retiro, el colegio, la capilla y otras dependencias, con un total de cerca de diez mil metros de mampostería valuada en medio millón de pesos fuertes, pero que en verdad hizo con sólo cincuenta y dos mil."

"Usted fomentó el comercio, la minería, la labranza y la industria para que los pobres gozaran de mejor vida; gracias a usted hay un ferrocarril en vías de hacerse realidad y hay también alrededor de quinientos kilómetros de caminos de comunicación interdepartamental trazados, reparados o ensanchados por su envergadura progresiva. Tenemos ahí muchas leguas de canales y acequias nutridos por agua que se perdía en la cuesta abajo del pedregal, y hay molino de granos y plantaciones de árboles. Puede decirse que *en los últimos treinta años nada se hizo que no fuera producto de su iniciativa,* constándonos que más del ochenta por ciento se ha logrado sin ayuda oficial. Y cuando buscó apoyo en el gobierno, usted procuró allanar dificultades, como cuando estuvo ahí

una comisión de técnicos para estudiar esa línea ferroviaria que tantos desvelos le cuesta a usted; *el perito Moreno, que la integraba, recibió de sus manos una cantidad de muestras minerales para documentar la riqueza del suelo y que valdrían —éstas son sus palabras— para que los legisladores no arrugaran la cara por lo que iba a gastarse en la construcción del ferrocarril.*"

"Sabemos cuánto ha padecido usted en sus comienzos, al verse solo e incomprendido. Poco después la feligresía fué toda suya, y lo fué, precisamente, cuando dispuso usted hablarla y tratarla de igual a igual, como otro nativo más. A este respecto *le retacearon valor combatiéndole el uso de la fabla lugareña,* sin parar mientes en que ha sido el vehículo mágico que le llevó a ser amo del alma popular. Es que usted armonizó su sacerdocio con el ordenamiento telúrico y así los feligreses captaron el contenido de sus célebres pláticas, maravillosos *sermones de los que ha dicho el canónico don Julián Pío Cuestas, repitiendo lo que de usted comentaba al padre Eugenio Ciprián, francés religioso de los padres blancos, que fué su compañero muchas veces y que por lo tanto escuchó sus homilías: "No comprendo —ha dicho— cómo no se escriben sus sermones, que son más meritorios y escogidos que los del famoso cura de Ars."*

"Usted, clarividente y tolerante, apañó los sueños, los dolores, los vicios, las virtudes y las miserias humanas. Así pudo hallar a Dios en el hombre que vive en la tierra; ese hombre enfervorizado por un sacerdocio transparente, apoyado en el talento personal de usted y en las expresiones más familiares de la parroquia, expresiones que, para muchos, fueron aberrativas, pintorescas o jocosas solamente, pero que en realidad eran producto de un modo común de expresarse ahí con lógica y naturalidad. Por ejemplo: el caso de la Gracia Divina, donde la cabra, el horno y el cumplimiento de una función fisiológica forman un cuadro integral que a diario se ve en la serranía. Para los "delicados", sólo hipócritas alguna vez, pudo ser una irreverencia, porque ellos no reparan que el sermón era para quienes sólo expresándose así le entendían.

Igual cosa sucede recordando el caso de los predicadores; usted pidió sitio para pasar ellos, en el templo, en forma directa, en un chispazo genial, diría, solucionando en unos segundos lo que de otra manera sería engorroso. El fin justifica los medios."

"Debe aceptarse que su gran comprensión humana le permitió manejar lo abstracto de la religión como cosa corporizada, táctil, diría; tal la naturalidad con que los feligreses creen en usted; los feligreses y yo, que también le dí mi afecto, aunque remedando a San Agustín al referirse a San Ambrosio: *Yo comencé a amarlo, no como maestro de la verdad, sino como hombre de bondad.*"

"Su famosa carta, dirigida al congreso católico con la oportunísima y tan gráfica fábula de los cangrejos, fué otro modo de marginar trillos comunes, que también eludió deseando más nutritivo el menú terrenal de los humildes antes de que se "cortaran" para sentarse a la mesa del Señor, o cuando dió usted unas monedas destinadas a quien *necesita más de ayuda que de confesión*, o al exclamar: *¡Hay que recibir la plata aunque la traiga el diablo!*, o cuando fustigó a los ricos afirmando que *la riqueza estaba distribuída anticristianamente.*"

"También ha roto formulismos *confesando en la vereda, sin atosigar con penitencias basadas en rezos, que se cumplirían o no, imponiendo, en cambio, castigos ejemplares que actuaban en función social, pues arreglando caminos o acequias, plantando árboles o en otras tareas públicas, el pecador saldó su débito moral en presencia y beneficio de su hermano el hombre.* Sobre este punto debemos creer algo que parecería milagroso: únicamente el reconocimiento de su grandeza logró que sus castigos se cumplieran sin resentimientos y en clima de meditación propicia. Yo conozco un penitenciado suyo *que arregló, él solo, dos leguas de camino.*"

"Por amor al ser humano fué usted, asimismo, un poco precursor en la enseñanza primaria de su parroquia procurando, en la huella de Sarmiento, que el niño no fuera instruído a golpes, como las bestias. Y luchó por abolir

el monstruoso error clásico: *La letra con sangre entra,* concepto que produjo mi resentimiento."

"Humildísimo e inmenso, valga la paradoja, cavó usted en el tiempo formidables moldes de justicia social. El Zorro, el incendiario Venancio y Gaucho lo certifican. Los tres eran muy estimados, sobre todo el último (cuyo deceso he sentido de verdad), que se había convertido en excelente padre de familia y figura honorosa en esos lugares. Mucho más sensacional hubiera sido la reducción de Guayama, a quien tenía catequizado; pero los políticos no toleraron que nos diera, con la reconquista civil del célebre montonero, la más grande, la más milagrosa enseñanza de cordura, bondad y amor. Sobre este tópico todo nos hace suponer que usted, sacerdote y hombre, sólo juzgaba el delito primero de cada malhechor, cargando a códigos parciales y policías rudimentarias y enconadas, los posteriores pecados. De hecho, usted acepta que sólo por cobardía el perseguido por la injusticia deja de ser pecador y que, algunas veces, en defensa de la libertad es preferible pecar, y hasta reincidir en el pecado, a ser vil por cobarde."

"Ya ve que casi siempre aflora el hombre en quien, como usted, lleva la sotana con dignidad de apóstol; la facultad humana puede ser potentemente arrolladora y no es posible, ni justo, limitarla con una investidura, ya sea militar, eclesiástica, o de cualquier otra condición y jerarquía. *El hábito no hace al monje,* dicen. Uniforme o sotana llevan un hombre adentro. Y hay hombres de hombres. Su hábito, aunque de aspecto mendicante, está glorificado por el hombre que contiene. Tal vez eso explique porqué aflora tanto la esencia humana en su sacerdocio."

"Lo dicho se refuerza en casos tan ciertos como el que me refirió el señor Pardales comentando lo sucedido a usted en un desfile religioso, donde le bastó una expresión muy suya, y muy cordobesa, para que la gente lo siguiera sin reparar en el exterior humilde de su persona y aunque en aquel momento llevara un queso bajo el brazo."

"Tan formidable poder de sugestión hay en usted que, creo yo, igualmente sería un victorioso avasallante en cualquier otra actividad humana. *Si fuera caudillo político, jamás sería usted vencido*. Sobre esto queda mucho por decir y estudiar. Hay abundantes razones a nuestra mano. Usted aglutinó, mejor dicho: coordinó una sociedad agreste y rústica y muy ingenua, pero netamente humana. Hablé antes de sugestión para que piense usted en los problemas solucionados ahí por medio de esa gran fuerza espiritual suya. ¿Amén de los casos de Gaucho, Guayama y tantos otros, puede negarse que fué producto de sugestión lo sucedido con la viejita mañera, con la alianza que se había perdido y con el tropero que dió con la niña semidevorada? Todo ha sido fruto de la enorme fe puesta en su persona por los creyentes. Los simples pensaron en lo sobrenatural y si fuera usted dado a las supercherías hubieran venido las mentas al presente, agrandadas como la bola de nieve, sobre todo el caso de la ancianita postrada que usted hizo levantar y andar por sus propios medios. También aportaré otro gran argumento tan admirable como contundente: En esa región serrana se habían entronizado los bandoleros. Antes de llegar usted, las depredaciones y los choques con la policía fueron frecuentes. Pero al padre Gabriel le bastó hablar una sola vez con los bandidos para que éstos no cometieran otras tropelías en su zona de influencia. ¡Y eso no lo lograron ni los códigos, ni la violencia en forma de comisiones policiales y piquetes de soldados ahitos de pólvora y rencor de las clases privilegiadas que los usaron coercitivamente!"

"Hay en usted irrefutable carnadura de apóstol en el milagro de su estupenda militancia no contemplativa y ajena a las introversiones, pero siempre bajo el signo religioso. Cité el milagro de su militancia y antes dije que logró hacer de la fe una cosa táctil, valga de nuevo la licencia, y tal comunión se produjo ahí que, más que de entendimiento hablaríamos de soldadura, porque todo forma un solo bloque. Un bloque en cuya masa intervienen factores extraordinarios, que parecen querer esca-

par a nuestro raciocinio. Es como . . . vamos a ver si acierto a decirlo: hay en usted una mística evidente, poderosa, pero parece estar invertida, los ojos fijos en la tierra y en el alma del hombre. Y dicen que en ambas está Dios. Aseguran que otorgaron el don del milagro a alguna sufriente histérica porque un día de cada mes, perdone si incurro en blasfemia, mostró en sus miembros los estigmas de Cristo, tal vez por efecto de una brutal hiperestesia mística. Usted, en cambio, con una fuerza y una calidad desconocidas, refloreció en el corazón de su grey la permanente presencia del soñador muerto en la cruz hace diecinueve siglos. Y lo ha logrado con toda amplitud, como fruto que cae al madurar, sin oscurantismos y, sobre todo, sin sufrimiento. Cabría aquí recordar otra vez las admirables palabras de don Guzmán":

"Es indiscutible que usted descubrió y aró tierras vírgenes y fértiles, y tan fecunda fué la semilla que sus frutos pesarán toneladas sobre los esforzados sacerdotes que ocupen mañana su parroquia."

"Y por creer que existe en su persona un formidable guía social, erguido como un faro en esa familia serrana, muchas veces pensé en su futuro monumento. Tendrán que erigírselo, y vaya de licencias, en fabla, condicionado intrínsecamente a esa feligresía y a su magistral sacerdote gaucho. *Que lo vean cabalgando una mula de bronce, asiendo las riendas con una mano y teniendo el breviario en la otra, pero con su sotana vieja, sus estribos de madera con guardamonte, sus botines gruesos con grandes espuelas, el aludo sombrero un poco echado atrás, el pitillo de chala en los labios y el poncho tendido en los hombros.* Así debería verlo la posteridad, sin mentidas estilizaciones de quienes mañana levanten sus frutos. Para el creyente, tanto su figura personal como la del árbol, fueron dadas por Dios. Recojan el fruto sí, pero dejen el árbol como Dios lo dispuso. De no ser así, desmentirían la condición del conglomerado social que propició su grandeza, negando al mismo tiempo la gloriosa realidad de usted."

"Esto va largo y sólo abarca una parte de lo que pen-

saba recordar. Agregaría mucho todavía, ofrecido por su historial tan caudaloso que, para mí, muy poquitas son las personalidades civiles que le han superado a usted en la construcción progresiva durante toda la gesta de este país. Por esa razón yo estimé necesario divulgar su estupenda obra. ¡Y debe divulgársela, señor!"

"Pero basta. Ya le he fregado a usted demasiado. Reciba blandamente este cariñoso desahogo y si alguna molestia le ha originado, póngala en el débito de un vasco, cabeza dura como todos los vascos, que tenía necesidad de aligerar sus alforjas para que no le pese tanto la retirada..."

—Bueno, bueno... —con expresión feliz, beatífica, plegaba el nutrido mensaje el cura, mientras decía—: Yo lo dejé en Buenos Aires con un entripado, pero él se metió ya los dedos en la garganta para vaciarse el buche. Con esto quedó en paz el inolvidable amigo y, después de todo, yo también, ¡qué caray!, ya que también debo ir pensando en revisar mis árganas...

36

Activaba para ir otra vez a Buenos Aires, de donde le llegaron excelentes noticias sobre sus gestiones.

—Cuando aquellos jineteen mi proyecto del tren, que parece ser bastante potro, tendré que apadrinarlos y darles una pechadita de cuando en cuando, no sea cosa que me los desmonte.

Le molestaba el estado de sus piernas y la ascendente fatiga, pero de cualquier modo iría allá porque *antes de morir necesitaba tocar un riel.*

Dispuesto al viaje lo halló una novedad, que por ser algo favorable al departamento, pudo proporcionarle una alegría: *Se había decretado que del Trasandino saliera un ramal para Villa Dolores, con orden de inmediata realización de los trabajos.*

Comprendía que era una impedimenta más, pues si el

Gobierno creaba una vía en la zona, aunque corriera a muchos kilómetros de las poblaciones más necesitadas, los interesados en otros proyectos tendrían nuevas razones para oponerse al trazado que él presentara.

Poco después recibió otro golpe, como de desahucio. Las autoridades cordobesas dispusieron hacer un camino amplio que iría de Villa Dolores a Soto, por la misma ruta de su trazado inicial de la vía férrea.

Fué muy intensa su amargura, y lo sería mucho mayor si supiera que, a su espalda, se trató de *quimérica la construcción de una línea que exigía un audaz y costoso viaducto. Mirando a su amistad, se dijo entonces, se había querido compensarlo con aquella ruta de las cumbres que acababa de decretarse.*

Sin duda influía en todo la terrible manea que pusieron los políticos al país. Mucho se había quejado en público el párroco, diciendo que por servir intereses políticos los gobernantes no atendían las verdaderas necesidades del pueblo. Y como en la política criolla pesaban el sentido de clase y la delación, los criticados estarían en antecedentes ya del modo de pensar del cura.

Escribió al gobernador con toda la amargura producida por el fracaso, diciéndole en uno de los pasajes: *que aquello de ahorrar el ferrocarril y obsequiarlo con el camino, acaecía como cuando se carnea, que se van repartiendo las partes buenas y lo que no sirve y huele mal se le arroja a los perros.*

Sobreponiéndose a las decepciones y a la decrepitud que avanzaba, insistió con el ferrocarril que él no utilizaría personalmente, aunque lo deseaba para felicidad de su pueblo. Seguía olvidado de su persona.

En aquellos años fué sacudido también por terribles emociones. Morían sus amigos, el gran colaborador Moyano entre ellos. Cada muerte le daba la impresión de sentir su osamenta mordida por la carcoma del tiempo. Asimismo constataba que muchos feligreses eludían su contacto en forma muy incomprensible.

Y cuando menos se esperaba llegó una noticia albo-

rozadora que produjo enorme entusiasmo. *Acababa de ser consagrado por el Gobierno de la Nación el famoso proyecto ferroviario.*

Homenajes, fiestas, medalles de oro, psicosis delirante en todo el departamento, delegaciones de los pueblos que agradecían a su benefactor, arcos de triunfo, esperanzas, infinitas esperanzas. El cura se sentía revivir, gozando como el infante que recibe la caricia y el regalo después del castigo materno. ¡Pronto podría tocar el riel!

Luego la espera larga, interminable, la viscosa telaraña del expedienteo que anula tantas obras buenas. En tanto, él envejecía más.

Y sorpresivamente, lo terrible: para todos había muerto Gervasio Roldán. Para la vieja compañera y sus muchos hijos, fueron lamentaciones por la pérdida. Pero para el señor Gabriel era el crujir total de sus caducas raíces.

Tuvo que guardar cama, privándose de acompañar los despojos del rebelde al camposanto.

Desesperado, viajó a Córdoba, donde los facultativos le dijeron, sin eufemismos ya, que él sufría ese pavoroso mal que se llama lepra.

Comprendió que debía resignar definitivamente el curato y así lo hizo. Y supo entonces porqué algunos le huyeron y comprendió también los motivos que tuvo la Curia, cuando lo invitara a renunciar para acogerse al merecido descanso.

En adelante sus aconteceres fueron canalizados por el tobogán postrero. Perdía la vista y el oído y *la religiosa anciana que le leía en voz alta el Evangelio, dijo que después de estarse el señor Gabriel en la salita de las monjas, se había de lavar el suelo con unos paños, porque lo dejaba manchado con lo que supuraba. Y que se creía que era lepra, pues por orden del doctor se quemaron todos los ornamentos que él usaba para la misa.*

Era una enfermedad terrible adquirida en el ejercicio de su ministerio.

Estuvo en Santa Rosa y en otros sitios, de donde, aunque no lo sospechara, fué veladamente alejado. Y pese a

su tragedia brutal daba aún su atención a los menesterosos.

Había donado la herencia paterna a sus hermanas. Enajenó después lo que tenía en favor de las monjas y los pobres.

—Para mí —advirtió—, la compañía de Cristo y esta sotana me alcanzarán hasta la muerte.

Y así, solo, trágicamente solo, él, pedazo de muerte ya, se cuadró haciéndole la venia a la vida con el optimismo de los años mozos.

Pero no pudo seguir peregrinando y cedió a los ruegos de su hermana Alba, viuda de Moyano, que residía en la villa.

Una pequeña habitación le fué destinada. *Catre con colchoneta, mesita de luz, silla, un clavo en la pared para el rosario y lugar para su libro de oraciones. Nada más.* No necesitaba otra cosa en su celda de recluso, de expulsado, casi, de la sociedad.

Perdido todo, hasta el derecho de recibir algún bien de su obra verdaderamente titánica, empezó a inmolarse.

Viéndose abandonado, asoció su situación presente a la que él había visto cuarenta años atrás, cuando el morbo flageló al país. El miedo motiva en el ser humano un electrizante movimiento de puro instinto animal. La lepra era tan terrible como el cólera y aunque él no huyó de la peste antes, justificaba ahora a los que no iban a verlo.

Muchos feligreses penaban llorando, como lloraba él en momentos de flojera, pero el terror los mantenía alejados. Uno de ellos realizaba una vista fugaz, otro lo saludaba desde el exterior, sin atreverse a hollar aquel piso y respirar aquel aire que para él era como el aliento de la muerte. Alba había tomado muchos compromisos fuera del hogar para ganarse el pan. Sólo una vieja servidora de las Hermanas iba todos los días a cebarle mate.

Uno de los pocos que hubiera estado allí, gruñendo a su vera, agitando el puño amenazante y con un pie adelantado como para pisar la raya, sería el zorro Roldán

empeñado en disimular el afecto, la gratitud y la fidelidad perruna con que lo siguió durante cuarenta años.

—Roldán y Gaucho me ayudarían... Y también el noble doctor Maya, aunque me discutiera sus bolazos...

Dedicó un momento de delirio a juntar emociones viejas para un arreo póstumo.

Y la gran tragedia del padre Gabriel adquirió perfiles pavorosos cuando, por proceso del mal padecido le llegó la insensibilidad de las membranas nasales. Entonces las moscas azules, atraídas por la fetidez carroñera del enfermo, han ido a desovar en su nariz. En seguida fué atacado por el infernal hormigueo de la gusanera *haciéndole sufrir torturantes dolores que casi lo privaban de los sentidos.*

El alucinante espectáculo ahuyentó a los amigos en forma total. El cuadro era más poderoso que la fortaleza humana de los simples, pues la superstición tuvo un rol importante para ellos; todo les sugería presencias del más allá con sus maleficios de la hechicería. Eran convencidos de que un agusanado en vida estaba ya en poder del demonio.

El presbítero Pio Angulo, que regresaba de un viaje a Minas, lo halló en tal estado, quedándose para acompañarlo hasta el inminente fin.

Le hizo aplicar dosis de droga calmante y, aliviado de aquellos dolores agudísimos, el enfermo despejó su mente y se dispuso a recibir el Viático sentado en la cama y de sotana.

—Ahora, puestos los aparejos, estoy como mula lista para el viaje largo[142] —dijo.

Preparábase para ir a los pagos celestes, donde Roldán y Gaucho encabezarían el recibimiento.

—Mis grandes amigos... —murmuraba, exteriorizando el recuerdo— dicen que fueron dos guasos... Pues si me parecí a ellos me corto feliz. —Y agregó sonriendo en un alarde de buen humor que en aquellas circunstancias era escalofriante—: *El demonio me tenía escritos unos reci-*

[142] El hecho de morir.

bos de deudas, pero Cristo acababa de rasgarle los papeles dejándolo sin documentos... y de boca nadie cobra...

Y abrazado al recuerdo de los humildes, en una expresión oral terruñera abandonó su vasija gangrenada, para ir a la inmortalidad intacto, inmenso, puro y olvidado del riel que no le permitieron tocar los poderosos.

Comprobaría entonces que dejando la bosta en la tierra, las almas pueden volar.

PREVIAMENTE *diremos que las remembranzas de ancianos habitantes del oeste montañés de Córdoba, y también la densa documentación pertinente, nos han permitido conocer una ruta jalonada de hechos alucinantes que rebasan, hasta lo increíble, la posibilidad volitiva de un solo hombre, con* episodios que parecen copiados de relatos medievales y páginas que se diría arrancadas de La Leyenda Dorada si no estuviéramos casi tocando la persona misma de su protagonista[1].

El cura de Tránsito modeló arcilla humana agreste, bravía e ingenua, de turbios recelos ancestrales y transparente candor espiritual y lo ha conseguido superándola con la fabla localista manejada con inteligencia y buen humor tan importantes como su personal imitación de Cristo frente a los humildes que él fascinó desgarrando telones litúrgicos, desarrollando célebres sermones (pláticas decía él), dialogando desde el altar y el púlpito con los parroquianos con una sagacidad y una muy fina psicología del corazón humano, haciendo pensar, a quienes le

[1] La letra cursiva destaca, en todo el libro, la cita aproximadamente literal tomada de la documentación libresca y lo escuchado en la serranía sobre el cura gaucho.

oían, que ningún hombre hablaba mejor que él, quizá porque habían escuchado a otros cuyo lenguaje no entendieron.

El padre Gabriel nos legó multitud de anécdotas extraordinariamente despampanantes que no fueron interpretadas en su justo valor intrínseco; aunque nutrido en la jeringoza local, distaba mucho de ser meramente jocoso su lenguaje. Él esgrimió la expresión oral terruñera con gran talento (virtud, ésta, cuyo grado insigne no se le ha reconocido aún) para abrir picadas cordiales que le permitieran llegar placenteramente al alma del lugareño. Y lo ha logrado sonriendo, porque, como afirmó fervorosamente don Tránsito Guzmán, anciano de 94 años que atestiguó todo lo actuado por Brochero: Hombre más bueno no hubo, ni hay, ni habrá. ¡Si él nunca hacía sufrir!

Débese tener en cuenta que quienes desconocían el mandato etnogénico se limitaron a divertirse con las "cosas de un cura rico tipo", tildándolas al mismo tiempo de irreverentes. Grave error pretender ajustar fabla y lógica de montañeses a una manera idiomática de ciudad que en las sierras es, para los nativos, evidentemente foránea. Lo más atinado actuando entre natales (no olvidemos que este cura lo fué) era dar latido telúrico a la voz. Y por darlo con tanta agudeza y profundidad lo comprendieron y lo amaron.

Será tan respetado aquí el perfil religioso como el humorismo en que arrebozó su militancia para ir al encuentro del hombre, y procuraremos también traducir y conjugar hechos que evidencian doloroso sacrificio, voluntad sin quebrantos, sueños de convivencia feliz y gran comprensión de las flaquezas humanas.

Él nos donó un asombroso total de obras hechas, otras en germen y algunas, como el gigantesco dique de la Viña, anticipadas por su visión. Asimismo nos ha dejado una serranía resaturada de su personalidad inolvidable.

Libres de toda atadura e interés subalterno tratamos al protagonista, sin trabas ni preobligaciones apologéticas: No tendremos que mordiscar a uno para favorecer a

otro u a otros. Obramos así, no por constarnos que quien intente morder su recuerdo perderá la dentadura en una gloria que tiene ya su base de granito, sino como expresión de sinceridad hecha inquietud que busca autonomía para la propia andanza.

Téngase muy en cuenta, y esto es muy importante, que para urdir la novelación soslayamos la estrictez cronológica en bien de la amplitud requerida por la grandeza del montañés, sacerdote y gaucho que algún día, cuando se divulgue el contenido de su obra titánica, figurará entre los civiles más grandes, más progresivos y más felices constructores del pasado.

Asimismo hacemos saber que nos pareció juicioso disimular el fácil lenguaje agreste del sacerdote y también omitir algunos nombres propios en la trama; en cambio servimos situaciones y personajes con léxico, realidad y alma terruñeros adosándoles, para reforzar documentalmente el espíritu de estas páginas, muchos sucesos encarnados por otros que convivieron con el sacerdote que se llamó José Gabriel Brochero, Cura Párroco desde 1870 a 1908, fallecido en 1914, que fué, es y será figura cumbre en las villas tramontanas de las Sierras Grandes de Córdoba; aquél que ha sido tan importante como para que dijeran de él a fines del siglo pasado: después de 19 siglos, un sacerdote desconocido supo hallar una forma más de aquel apostolado irresistible cuyo secreto revelara San Pablo: "Me he hecho todo para todos, para ganarlos a todos".

En suma, se recordará al hombre como se recuerda al buen tomillo serrano que aun pisado da el buen olor y aroma.

Julio 1956.

A MODO DE POSDATA

Cuando dimos fin a este libro nos llegaron versiones que pretenden negar uno de los sucesos que más destaca la personalidad del señor Brochero: su valiente y generosa actuación ante el montonero Guayama.

Muchas son las referencias orales oídas en la serranía afirmando aquel hecho como indiscutible; pero hagámoslas a un lado para dar paso a lo escrito sobre el tema. Veamos:

1. — El ilustre doctor Ramón Cárcano, contemporáneo, íntimo amigo y profundo conocedor de Brochero desde la mocedad, habla admirativamente de la gestión del cura frente al bandido Guayama, enlazando, además, a ese recuerdo, los empinados nombres de Miguel Juárez Celman y el general Roca, según puede apreciarse en las páginas 54 y 55 del libro del sucesor de Brochero Pbro. Acevedo.

2. — Mons. Dr. Pablo Cabrera, grande y muy serio historiador cordobés, confirma *la transfiguración de aquel jefe de bandoleros que se apellidó Guayama.* (Acevedo, pág. 121).

3. — El Pbro. Gregorio Rodríguez asegura la veracidad del suceso diciendo que *Brochero obtuvo de Guayama la solemne promesa de entrar a ejercicios y vivir la vida de la civilización.* (Acevedo, pág. 137/8).

4. — El Pbro. Audenio Rodríguez y Olmos refiere: *ignoro las palabras. Sólo sé que Guayama cayó de rodillas ante el sacerdote. El puñal aquél manchado de sangre de*

tantas víctimas no sería ya jamás instrumento del crimen. (Acevedo, pág. 450).

5. — Existe un documento terminante que, según afirma el Pbro. Acevedo (págs. 153/6) está en el Archivo de las Esclavas del C. de Jesús, en Villa Cura Brochero. El glorioso párroco declara espontáneamente en él: *Sepan los que esto leyeren quienes fueron los que, cuando fuí cura, eficazmente me ayudaron.* Cita los nombres de Altamirano, Aguirre, Coria, Miranda y Gallardo como más destacados colaboradores y en seguida agrega, textualmente: *Al señor Rafael Ahumada no lo pongo entre estos últimos, aunque anduvo ochenta leguas de ida y otras tantas de vuelta cuando, desde la provincia de La Rioja lo mandé a Córdoba para finalizar los arreglos con el gaucho Guayama, quien debía estrenar la Casa de Ejercicios junto con los amigos que tenía en el gran desierto, comprendido entre San Luis, San Juan, Mendoza y La Rioja, De Guayama se dice que era muy malo, pero para mí era un manso cordero y un buen amigo.*

6. — El Pbro. Pío Angulo que actuó durante nueve años en la zona, siendo él quien atendió a Brochero en la pavorosa agonía, cita terminantemente *el hecho histórico Brochero-Guayama.* (Acevedo, pág. 453).

Sabiendo que estas afirmaciones vienen a nos en letra de imprenta, con el Vº Bº de las autoridades eclesiásticas, en libros que nos traen las respetables voces del doctor Cárcano y de religiosos ilustres y teniendo en cuenta que en el citado testimonio de Brochero se nombra al *muy cristiano caballero don Rafael Ahumada* (ver pág. 107 del libro de Aznar) creemos que el asunto no da para nuevos comentarios. De no ser así sospecharíamos que el cura de Tránsito fraguó un documento con nombres de vecinos bien conceptuados que, por otra parte lo hubieran desmentido en su oportunidad.

Tampoco nos es posible creer que haya interesados en achicar el prestigio del apóstol porque su permanencia espiritual se proyecta marcando rumbos a través del tiempo.

BIBLIOGRAFIA

"El Cura Brochero", por D. J. Acevedo, Pbro., 1928.
"El Cura Brochero", por Antonio Aznas S. J., 1951.
"El Cura Brochero", por E. U. Bischoff, 1953.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 15 DE ABRIL DE 1957
EN CASA DE
D. FRANCISCO A. COLOMBO
HORTIGUERA 552
BUENOS AIRES